PLACER

Poesía / Literatura / Arte / Conocimiento / Erotismo / Rarezas

Nº 16, INVIERNO 2021

PLACER ES

Placer es poesía, literatura, arte, conocimiento, erotismo y rarezas. Placer es la revista de la Asociación La Mordida Literaria. Placer es el resurgimiento de los necios que nunca se conjuraron, la resurrección de los poetas rumiantes, el regurgitado de la juventud perdida. Placer es el tiempo entre tiempos, el intersticio cuántico donde las partículas se toman un descanso y dejan de darse golpes a causa del movimiento aleatorio que guía el curso brutal del universo. Placer es un par de electrones que dejaron de orbitar y cuya fuerza centrípeta los lanzó más allá de lo conocido, más allá, incluso, de los dominios de los dioses arquetípicos y de los vendedores de seguros de vida. Placer es la radiación que todo lo consume, una pequeña central nuclear en mitad de la ciudad. Placer es un escuadrón de agentes rurales que rocían alegremente con plutonio-239 las flores del jardín botánico. Placer es la semilla dormida del árbol que se quemó en un incendio. Placer es el gorrión que se traga la semilla que estaba a punto de brotar. Placer es el halcón que cae desde el cielo como una flecha y destruye a la pequeña familia de dulces pajarillos cantarines. Placer es el hilo eléctrico que, invisible, atrapa y achicharra al pájaro asesino. Placer es el huracán que derriba los tendidos eléctrictos. Placer es la estación seca, un planeta que apenas gira en un universo cada vez más frío. Placer es el canto triste de Blancanieves cuando recuerda un tiempo ya pasado. Placer es la semilla que regresa ajena a la tierra. Placer es la última hora de la última tarde de agosto. Placer es la primera jornada de una liga burdamente amañada. Placer es el corolario que concluye lo obvio: las malas hierbas nunca mueren.

PRÓLOGO

Un solsticio más. El noveno. El Tiempo Placer avanza de forma inexorable, a pesar de que la frecuencia y el número de autores por estación ha variado a lo largo del tiempo. En cualquier caso, el fin último está próximo (vean los «Viajes de gozo y placer» para más información), así que no queda otra opción que apretar los dientes y avanzar hacia adelante. Siempre adelante, sin mirar atrás. Descendimos a los abismos (más de una vez, aunque ahora queramos referirnos únicamente a Lovecraft) y somos conscientes de que jamás seremos capaces de volver a la superficie, que nunca escaparemos, que seremos consumidos por la oscuridad. Mientras que Dédalo o la reina de Corazones sí idearon una salida, una escapatoria cuántica, al menos, las mentes que han construido este laberinto que es Placer no han dejado hueco a la esperanza. Estamos encerrados para siempre. Y nuestra imaginación vaga desnuda y trastornada por la espesa negrura, de un lado al otro sin ningún sentido, olfateando en pos de una nueva víctima inocente, acechando en cada esquina, anhelando la aparición de una nueva alma a la que consumir. Y, sin embargo, ya no hay nadie en el laberinto, más que nosotros mismos. ¿Alguna vez lo ha habido? ¿Alguna vez hubo alguien más que nosotros mismos? Somos títeres (¿un poco parecidos, quizás, a los *muppets* de Jim Henson, a las marionetas que bailaban al ritmo de Bowie?) sin cabeza, cuyos hilos son movidos, probablemente, por una incierta criatura astral que, escondida en algún nodo invisible de la esfera celeste, juega de forma indolente con nuestra miserable existencia. ¡Y qué existencia! Poetas desconcertados, poetas fracasados, poetas arrinconados, poetas encerrados. Pero, sobre todo, poetas perturbados. Esta última condición, irrefutable, es la base de Todo. El tejido del espacio-tiempo en Placer es regido, de forma incuestionable, por la pérdida de unas mentes que se extraviaron sin remedio en el laberinto. Sublimación (en su acepción más física posible, es decir, el paso de lo sólido a lo volátil) espiritual absoluta. Evaporación del alma. Un sinsentido absoluto, que, por otra parte, no deja de ser una bendición, una dádiva celestial que nos fue dada para llevar a cabo una Misión. Sí, no cabe duda que el Consejo Editorial fue Elegido. Placer, ya lo dijimos, es universal, es decir, de un solo verso. Placer es un proyecto megalómano. Placer es la más bella de las derrotas del anarquismo. Placer es sol de invierno, zanahoria, el ruido de una rueda de molino cuando no hay nada que moler. Placer es atroz y entrañable. Placer parece ser, y así lo hemos pretendido durante muchos números, pero, en verdad, Placer sigue no siendo. He ahí la cuestión de una revista que es y no es al mismo tiempo. Una escapatoria cuántica, decíamos. ¡Ja! Reduccionismo absurdo, hay mucho más en nuestro laberinto que unos pocos fractales infinitos. Nuestras muñecas rusas se contonean lascivas y se burlan de una visión tan simple de nuestra demencia. En nuestro laberinto, donde el óxido y el moho corroen e invaden todas las superficies, los pasadizos se entrecruzan en todas las direcciones posibles e imposibles. No solo no hay salida. No hay nada, solo nosotros. Siempre hemos sido solo nosotros. Ya hace unos cuantos solsticios que tomamos plena conciencia de este hecho. Y, a pesar de todo, no hemos podido evitar aferrarnos a una tímida ilusión. A pesar de la conciencia de estar condenados, a pesar de la conciencia que el daño es irreparable, no hemos podido evitar construir un artificio para sobrellevar el martirio. Decidimos seguir viajando por el globo terrestre, por los senderos punteados (pudieron ser baldosas amarillas, pero temíamos la aparición de molestos compañeros de viaje) que unen el nacimiento y la muerte, que sitúan el inicio y el final de una existencia. Decidimos continuar, un poco más, hasta completar el círculo perfecto, hasta llegar al Duodécimo Solsticio, momento en el cual esperamos que ocurra un milagro. Y es que sería un milagro que...

A ver, si han leído todo lo anterior (y, quizás, algún número anterior), estamos seguros que deben observar con pesar la deriva que ha tomado el Consejo Editorial en los últimos tiempos (disculpen la licencia, aquí, de fijar unos límites). Así, a pesar de que no dudamos que puedan sentir cierta simpatía (¿incluso ternura?) hacia nuestra causa, no esperamos que opinen favorablemente acerca de la posibilidad que se obre un milagro, a estas alturas. En fin, aún es pronto (y ya es demasiado tarde), como decíamos antes. De momento, aquí tienen el número dedicado a Irène Némirovsky. El 13 de julio de 1942, Irène Némirovsky fue detenida. Y, poco más tarde, asesinada en el campo de exterminio de Birkenau. Además de invalidar todo lo escrito anteriormente, estos hechos muestran, sin lugar a dudas, que nuestro delirio es la única opción posible para afrontar la realidad. Acompáñenos, se arrepentirá.

IRÈNE NÉMIROVSKY

VIVIR EN LA HUIDA (Y ESCRIBIRLO)

PARTE I

Como bien saben los pocos, pero confiamos que fieles, lectores de *Placer* (si usted no es uno de ellos y ha dado con nosotros por una de esas inesperadas casualidades que se dan en la red, reciba, desde ya mismo, nuestra más sincera y agradecida bienvenida), la última página de nuestra revista se caracteriza por su capacidad de, tras una apariencia de engañosa inmutabilidad, estar sometida a una permanente evolución: con cada solsticio, y la publicación de un nuevo número, surge en ella un nuevo diagrama que enlaza la ciudad de nacimiento del autor tratado con la de su fallecimiento. Como vimos en nuestra última publicación, en casos como el de H. P. Lovecraft puede suceder que, a pesar de que en sus escritos «viajase» hasta los extremos más recónditos de nuestro planeta, o de que algunos de sus personajes proviniesen de otros universos, la casa en la que falleció el autor apenas distase unos cientos de metros de la mansión familiar en la que había nacido. En contraposición, tendríamos casos como el del cada vez más añorado Manuel Vázquez Montalbán, a quien la muerte sorprendió en Bangkok a pesar de que, haciendo bueno el dicho aquel de «pocas cosas más universales que lo local», en sus escritos hubiese optado por explicarnos el mundo sin que, salvo en contadas excepciones, sus personajes se trasladasen mucho más allá del Llobregat o el Besós. Si en *Placer* hubiésemos optado por ser más ambiciosos, y pretendido incluir en el gráfico las ciudades más significativas en el periplo vital de cada autor, probablemente, en pocos casos el resultado final hubiese acabado siendo tan alambicado como en el de la autora que en este número nos ocupa, Irène Némirovsky. Sin embargo, como no es cuestión de cargar al grafista de nuestra revista con más trabajo, trataremos de ser nosotros quienes, en las siguientes páginas, tracemos la crónica de las idas y venidas de la escritora, y su entorno familiar, a lo largo y ancho de la convulsa Europa de la primera mitad del siglo xx. Tal vez, el hecho de hallarnos en tiempos de pandemia y de que hayamos dejado de considerar como norma el visitar una capital europea un fin de semana sí, y el siguiente también, nos ayude un poco más a hacernos una idea de la trascendencia que cada uno de estos traslados debió suponer para la familia de la escritora; máxime cuando la mayoría de ellos respondió, no tanto a una motivación hedonista, sino a una vicisitud histórica y social sobrevenidas, por lo que, en cada nueva ocasión, la decisión de emprender o no la partida hubo de ser adoptada con una celeridad e incertidumbre que solo podemos calificar como desasosegantes —y ello, en el mejor de los casos.

Antes de continuar, sin embargo, si está usted leyendo estas líneas en su *tablet* o en su teléfono, permítanos sugerirle la posibilidad de hacerse con la preceptiva copa de su licor favorito, pero, sobre todo, con aquel globo terráqueo con el que tanto fantaseó de pequeñito y que hoy debe estar acumulando polvo en el cuarto de los trastos (otra opción es que se lo pida prestado a sus hijos, si es que a los niños de hoy en día aún se les regala estos cachivaches). La alternativa —menos romántica, eso sí— consiste en abrir otra pestañita más en su dispositivo y que acceda a Google Maps u otra aplicación similar... *O tempora, o mores*. Así, si la copa puede resultar imprescindible para sobrellevar la exposición de algunas de las peores vilezas que, en determinadas circunstancias históricas, pueden llegar a darse en el seno de nuestras sociedades, el mapamundi puede devenir indispensable si no queremos perdernos tratando de seguir los pasos de la familia Némirovsky en su huida permanente.

La primera ciudad hacia la que debemos dirigir la mirada es Kiev; «la ciudad tobogán», como la recordaría siempre Irène, en razón de su particular disposición en sucesivas terrazas. Ahí nació la escritora en 1903, cuando la ciudad, a diferencia de lo que sucede en nuestros días, solo ocupaba la ladera situada en el margen derecho del río Dniéper y sus habitantes, con solo alzar ligeramente la vista, podían divisar la estepa ucraniana extendiéndose en toda su inmensidad, del otro lado del río. Como suele suceder, en cada barrio de la ciudad predominaba una clase social, pero en este caso, la distribución topográfica aún hacía la división social más patente: a orillas del río se hacinaban los más desfavorecidos —especialmente en el barrio judío, el Podol—, mientras que la parte alta de la colina, más salubre, acogía a las clases sociales más privilegiadas. La familia de Irène, aunque de origen judío, en esa época no pertenecía todavía a un estrato ni a otro; aun así, la pequeña, en los años de infancia allá vividos, estableció contacto con ambas realidades y, si bien, en razón del rápido ascenso profesional de su padre, joven empleado de banca, mantuvo mayor contacto con las clases acomodadas que habitaban el Pétchersk —el barrio chic de la ciudad donde residía la familia, no lejos de los palacios imperiales— con el pasar de los años, también se adentró en los barrios de la parte baja.

Esta exploración de la ciudad, Irène la realizó de la mano de *Mlle*. Rose, su institutriz de francés. Su padre la había conocido en casa de unos clientes suyos en un viaje a Crimea realizado en 1907, y la relación con la familia se mantuvo hasta 1919. Durante todos esos años, la institutriz acompañó fielmente a Irène y su familia en todos sus vaivenes. Sin perjuicio de su labor docente (a la que cabe, sin duda, atribuir buena parte del mérito del dominio que Irène adquirió del idioma de su admirado Maupassant), no cabe sino preguntarse por el papel que también ejerció en el bienestar emocional de la pequeña. En efecto, si el padre, a pesar de sus constantes viajes laborales, nunca dejó de velar por el bienestar y el futuro de la escritora, en el caso de la madre sucedió todo lo contrario: no resulta demasiado atrevido afirmar que jamás llegó a albergar algo que se asemejase mínimamente a lo que hoy solemos considerar como instinto maternal (como ejemplo de ello, baste reseñar cómo, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, y cuando se hallaba cómodamente residiendo en Niza, la mujer rehusó reconocer y ofrecer auxilio a sus dos nietas, las hijas de Irène y Michel Epstein, abandonándolas a su suerte aún a sabiendas del trágico final que habían sufrido sus padres). Así, la pequeña Irène y *Mlle*. Rose que, hasta entonces, solo conocían Moscú y la zona opulenta de Odessa, fueron estrechando vínculos a lo largo de los años, a medida que compartían horas de estudio y largos paseos por la ciudad en los que no solo descubrieron los palacios, iglesias y jardines de Kiev, sino también —ante la insistencia de la niña y a pesar de los temores de la institutriz— el Podol y los demás barrios humildes.

El conocimiento que Irène adquirió en esos años de infancia de la realidad de Ucrania no se limitó a la capital. Con todas las limitaciones propias de su edad, gracias a la influencia de su padre, la pequeña no permaneció ajena a las circunstancias del resto del país. Así, uno de los episodios de niñez que Irène recordaría con más cariño es el viaje realizado con su padre y *Mlle*. Rose en el verano de 1910. Tras una de sus cada vez más frecuentes crisis asmáticas, el médico de la familia había aconsejado que la pequeña pasase un tiempo fuera de la ciudad. Si bien la opción más lógica era enviar a Irène a orillas del mar Negro, junto a sus abuelos maternos que residían en Odessa, esta tuvo que descartarse ante las reticencias de la madre a regresar, aunque solo fuese brevemente, a sus humildes orígenes en Crimea (lo cual suponía, además, postergar las citas que tenía concertadas con los principales modistas de Kiev para ajustar los vestidos que debían llegar de París por esos días, y con los que pensaba deslumbrar en las recepciones previstas para el siguiente invierno). La opción de pedir a *Mlle*. Rose que cruzase todo el país en tren con la pequeña también se descartó rápidamente. Hombre resuelto, el padre, a quien su banco había encargado que contactase con los terratenientes del interior del país para negociar el precio de una madera que Rusia, inmersa en pleno proceso de industrialización, precisaba en cantidades crecientes, decidió llevarse consigo a su hija y a la institutriz. Al tiempo que una aventura, esas semanas constituyeron una oportunidad de aprendizaje para la futura escritora. Por las noches, tanto podía darse el caso que se codease con los miembros de las clases sociales más pudientes de la sociedad ucraniana y que pululaban en los salones del barco a bordo del cual realizaron el viaje siguiendo el curso del Dniéper, como que saliese a cubierta y descubriese los rostros famélicos, muchos de ellos enfermizos, de aquellos compatriotas suyos que solo podían permitirse la opción de pagarse el billete que autorizaba a pernoctar ahí. De igual forma, durante el día, el trío formado por Irène, su padre y *Mlle*. Rose descubría, a bordo de alguna destartalada calesa alquilada en el puerto de turno, tanto las condiciones precarias en que vivían los habitantes de los pequeños burgos dispersos en el interior del país, como el cierto bienestar que, a duras penas, y solo a costa de someter a sus mujiks a unas condiciones de trabajo y vida que rozaban lo inhumano, conseguían mantener los terratenientes (en su mayoría, tristes y desengañados individuos que, como última opción de subsistencia tras haber fracasado en sus intentos de prosperar y hacerse un hueco en Moscú o San Petersburgo, habían vuelto, resignados, a sus tierras).

→

Para el padre de Irène, y a pesar de lo beneficiosas que, a título individual, esta y otras operaciones similares pudiesen resultarle, lo observado en estos viajes, no hacía sino revelarle la fragilidad de la aparente modernización del país: el lastre que suponían las desigualdades sociales y la evidente mala gestión de los recursos naturales por parte de las administraciones, la hacían difícilmente sostenible. De todo ello, se hablaba en los encuentros que, casi a diario, los padres de Irène mantenían con su círculo de amistades y de negocios en su domicilio. La pequeña, a pesar de contar con solo siete años, solía estar presente en estas recepciones, por lo menos durante un primer rato, y, observadora y curiosa como era, prestaba atención tanto a las conversaciones más mundanas que mantenían las mujeres como a aquellas, más politizadas, que sostenían sus maridos.

Con todo ello, Irène, poco a poco, fue tomando conciencia de cómo, desde 1905, la autocracia rusa, con el objetivo de asegurarse su permanencia en el poder, había ido endureciendo las medidas restrictivas —cuando no punitivas, en forma, por ejemplo, de expeditivas deportaciones a Siberia— ante cada nueva huelga o acción de protesta por parte de las clases populares. En paralelo, también se habían acentuado las limitaciones impuestas a una comunidad judía, por la que Irène, ante la nula predisposición de sus padres a seguir los principales ritos, apenas albergaba sentimiento alguno de pertenencia (de hecho, atraídas como se sentían, por su belleza arquitectónica y el espacio de quietud que suponía en medio del bullicio de la ciudad, no era infrecuente encontrar a *Mlle*. Rose e Irène sentadas en un banco en el interior de la catedral ortodoxa de Santa Sofía). Incluso para familias como la suya, de origen judío, pero que ya habían obtenido el derecho de residencia desde hacía varias generaciones y la consiguiente autorización a residir en según qué ciudades y barrios (en Moscú y San Petersburgo, por ejemplo, era excepcional que dicho derecho fuese concedido, con la salvedad de algún eminente abogado, médico o banquero) era evidente que, en el futuro, solo se adivinaban mayores dificultades: aumentos en las cuantías de los impuestos a pagar, cuotas de admisión en las universidades cada vez más restringidas o trabas crecientes a viajar eran solo algunas de las últimas medidas impuestas por las autoridades.

Ese mismo año de 1910 aún tenía reservadas diferentes sorpresas y aventuras a Irène, la mayoría, de la mano de Assia, su tía, quien se instaló en casa de los Némirovsky a finales de verano. Bastante más joven que la madre de Irène y de carácter totalmente opuesto a ella, ante la imposibilidad de iniciar sus estudios de medicina en Moscú (precisamente, a causa de las cuotas impuestas a la comunidad israelí), Assia, a sus 17 años, estaba a punto de mudarse, desde su Odessa natal, a París. Antes de ello, sus padres habían convenido con los de Irène que pasase unas semanas en Kiev con el fin de perfeccionar su dominio del francés con la ayuda de *Mlle*. Rose e Irène. Sobrina y tía enseguida congeniaron y, siendo Assia menos temerosa que *Mlle*. Rose, y conociendo la ciudad por alguna visita realizada anteriormente, no dudaron en adentrarse en los barrios más populares de la ciudad, en especial el Podol, donde Irène reconoció las mismas expresiones de indigencia e insalubridad que había percibido pocas semanas antes, en la cubierta del barco en que había realizado el viaje con su padre.

En una de estas excursiones, la futura escritora tomó conciencia —de primera mano— de la convulsa realidad social y política de su país y, en especial, de la arbitrariedad de las acciones de las fuerzas del orden. Una tarde de noviembre, en que Assia e Irène paseaban por la ciudad al encuentro de un antiguo amigo de la primera, tuvieron que detener su marcha ante una multitud de estudiantes agrupada a la salida de un instituto y que impedía el paso a vehículos y viandantes. Todos portaban un crespón negro en una de sus mangas y se disponían a iniciar una marcha, más o menos improvisada, para manifestar su pesar al conocer la noticia, tras varios días de incertidumbre y conjeturas, de la muerte en una lejana estación de tren, de aquel anciano y venerado escritor que —véase (con cariño) el segundo número de nuestra revista— hacía ya tiempo que había traspasado el ámbito de la literatura para convertirse en un referente moral, no solo en Rusia sino en el mundo entero: León Tolstoi. Sin que nadie pudiese anticipar nada, ni supiese *a posteriori* entender las posibles motivaciones, se produjo una súbita carga a caballo por parte de la policía, y Assia e Irène, aun sin recibir ninguna lesión grave, no pudieron evitar verse inmersas en la trifulca.

Con el susto aún en el cuerpo, las dos chicas decidieron no regresar a casa y proseguir camino hasta dar con Kostik, el amigo de Assia. Este, tras la agitada explicación de lo sucedido por parte de Assia, no pudo disimular una expresión de preocupación en su rostro, y no dudó en advertir a su amiga que lo mejor que podía hacer era partir, como tenía previsto, hacia París, planteándose, incluso, no volver: «lo que pasó en 1905, más tarde o más temprano, seguro que se repite. Igual o peor», le advirtió. Irène, obviamente, no dejó de atosigar a los dos jóvenes hasta que estos le explicaron a qué se referían: cinco años antes, cuando su tía tenía solo doce años y Kostik trece, la familia del chico tuvo que resguardar en su casa a Assia cuando, igual que les había sucedido a las dos chicas poco rato antes, las fuerzas del orden habían cargado —en esa ocasión con mayor violencia— contra unos jóvenes que se manifestaban al canto de *La Marsellesa*, para expresar su júbilo por la libertad de culto —entre otras medidas aperturistas— promulgada por el zar, pocos días antes. La pequeña Assia, en medio de la refriega, había perdido el contacto con la institutriz que la acompañaba, por lo que, cuando el azar quiso que los dos niños se encontraron, Assia se hallaba entre llantos. A pesar de su corta edad, Kostik tuvo los reflejos y la capacidad de reacción como para, en medio del tumulto, tranquilizar a su nueva amiga y convencerla para que le acompañase a su casa, donde, finalmente, Assia tuvo que permanecer durante un par de días hasta que los ánimos en la ciudad se calmaron lo suficiente como para que pudiese volver, sin correr peligro, a casa de los Némirovsky (a quienes, por lo menos, los padres de Kostik habían conseguido advertir previamente).

Aunque no en un primer momento, Irène no tardó demasiado tiempo en comprender que, tras el altercado inicial con los estudiantes, lo que en verdad había hecho necesaria la permanencia de su tía en casa del joven —en cuyas puertas y fachada los padres, previsores, se habían apresurado a colocar suficientes cruces ortodoxas y otros símbolos que les garantizasen el no ser asaltados— había sido el estallido de uno más de esos pogromos que, contra la comunidad judía, de forma casi invariable, se sucedían tras cualquier altercado significativo de orden público que pudiese suceder en el país. En esa ocasión, en 1905, el episodio fue especialmente violento y no solo dejó víctimas en el Podol, como solía suceder, sino que, poco a poco, fue ascendiendo a lo largo de la ciudad, obligando a muchos miembros de la comunidad judía a refugiarse en los jardines de los principales consulados extranjeros. En casa de los Némirovsky, situada a no demasiada distancia de estos, la situación se vivió con creciente temor: a la ausencia de la sobrina, se añadía la cada vez más evidente proximidad de los disturbios. Irène, que por entonces solo contaba dos años, obviamente fue mantenida al margen de todo y no guardó el menor recuerdo de lo sucedido, pero, si su familia no llegó a sufrir mayores males tan solo se debió a que, coincidiendo con el momento en que los primeros asaltantes estaban trepando ya por las verjas que daban al jardín de la casa, hicieron su aparición las fuerzas del orden, después de dos días de incomprensible permisividad por parte de las autoridades locales.

Un mes después del altercado en la puerta del instituto, mientras acompañaba a Assia a la estación para despedirla, la familia asistió a un nuevo episodio de violencia. En este caso, eran los empleados de correos quienes, tras semanas de huelgas convocadas como protesta ante los despidos que iban a suponer las últimas medidas gubernamentales, desfilaban, enarbolando banderas rojas, en dirección al Podol donde parecía bastante claro que pensaban dar rienda suelta, una vez más, a su ira. Para desconcierto de Irène, los rostros que componían esa muchedumbre que marchaba hacia el barrio judío, bien podían ser los de los de los cocineros, cocheros y demás empleados de la casa de sus padres, pero en esta ocasión, las expresiones de rabia y las actitudes amenazantes habían venido a sustituir a las sonrisas y carantoñas con que la solían agasajar. A la perturbación que esta constatación produjo en Irène se añadía todo lo vivido y hablado con Assia a lo largo de esas intensas semanas y, como un ave de mal augurio, la advertencia lanzada por Kostik aún resonaba en su cabeza.

La más que probable coincidencia entre el sentimiento de «extranjería» de los manifestantes al alcanzar el barrio judío y el vivido por Irène en sus recientes incursiones (similar, de hecho, al que experimentaría años después cuando descubriese los barrios judíos de París de Le Marais o Belleville), no podía sino provocar, en la futura escritora, el reflejo de plantearse, por primera vez, una serie de dilemas de los cuales, para tormento suyo, probablemente nunca llegaría a obtener respuesta. Así, por mucho que aún fuese una niña, Irène empezó a reflexionar acerca de aquello que vendría a definir la identidad judía para, inevitablemente, cuestionarse a continuación, en qué medida, ella —que pertenecía a una familia laica y que, si en algún lugar se sentía, en mayor o menor medida, integrada era cuando jugaba con los hijos de las amistades paternas, en los jardines de la parte alta de la ciudad— podía o debía experimentar un sentimiento de pertenencia a la comunidad israelí. Por otro lado, y por si ello no fuese suficiente, el episodio vivido en los aledaños de la estación de tren, también venía a dejarle patente la necesidad de realizar una reflexión semejante respecto a la medida en que cabía supeditar la identidad del individuo a su pertenencia a tal o cual clase social. Con el tiempo, llegaría a la conclusión de que la identidad nunca debiera ser algo colectivo sino individual y, aún menos, algo que nos viene dado, sino aquello que cada uno, como buenamente puede, va

→

esculpiendo a lo largo de su vida con las acciones que decide adoptar día a día.

Mientras, la vida proseguía su curso y, en los meses siguientes, la sensación de incerteza política y social fue en aumento, no solo en los barrios de la parte baja, sino en el conjunto de la ciudad. Todo ello culminó con el atentado que se produjo, en septiembre de 1911, en el teatro de la Ópera. El zar, junto a su familia y parte del Gobierno, se hallaba en visita oficial a Kiev y, esa misma mañana, Irène, junto a su familia, había asistido al desfile multitudinario que había tenido lugar en una de las principales arterias de la ciudad. Por la noche, sus padres, ataviados con sus mejores galas, acudieron a un palacio de la Ópera en el que el ambiente y la sucesión de hechos que se produjo no diferían demasiado de los que la escritora describiría, años después, en diferentes pasajes de su obra L'affaire Couriloff: al poco de empezar la representación, y ante el estupor e inmediato pavor de la audiencia, resonaron dos detonaciones de revólver. En un primer momento, todo el mundo dirigió la mirada hacia el palco donde se encontraba el zar y su familia; sin embargo, la figura que a los pocos segundos se irguió, ensangrentada y dirigiendo un gesto —nadie supo si de despedida o de advertencia— hacia la máxima autoridad, fue la de Piotr Stolypin, el primer ministro.

Si pocos meses antes, un joven del barrio judío, Mendel Beliss, había sido injustamente acusado del asesinato, a cuchillazos, de un niño de trece años, y solo la presión de la prensa internacional (en especial, la francesa, a través de los escritos de Anatole France y Jean Jaurès) había conseguido que se reabriese el caso y se esclareciese que el amante de la madre había sido el autor del crimen, atenuando, así, la hostilidad contra los círculos judíos despertada en la ciudad; el asesinato del primer ministro, atribuido, de forma tan inmediata como arbitraria, a las esferas israelíes, supuso el detonante de una nueva oleada de excursiones punitivas en el barrio judío. En esta ocasión, sin embargo, a los habituales pillajes sufridos por los comercios, la violencia se descontroló aún más, dándose casos de mujeres violadas, hombres degollados y bebés martirizados cuyos cadáveres aparecieron en las calles del barrio.

En este clima de violencia creciente —y ante el temor de la madre a permanecer en la ciudad haciéndose cargo de la familia en ausencia de su marido, que debía emprender diferentes viajes a la zona del Cáucaso— se decidió que, al menos de forma provisional, Irène, su madre y *Mlle*. Rose, se trasladaran a París. Para dar tiempo a organizar todo el traslado a la capital francesa, el padre de Irène optó por trasladar primero a la familia a Odessa. Ahí pasarían, junto a los abuelos maternos de Irène, las navidades y la entrada al año de 1912. De esta forma, aunque fuese brevemente, Irène llegó a conocer a la familia de su madre y, en especial, a su abuelo, de quien enseguida se encariñó. Sería de su mano con quien, a pesar del disgusto y la vergüenza experimentados por su madre, la niña paseó tanto por las sórdidas calles donde residían, colindantes al gueto judío, como por aquellos otros rincones de la ciudad en que aún podían distinguirse trazas de la insurrección de 1905 y que, veinte años después, Irène reconocería, al verlos proyectados en una pantalla de cine en París (antes de que la película de Eisenstein fuese rápidamente retirada). Sin embargo, el mejor recuerdo que la pequeña guardó de la ciudad fue el de la zona del puerto, uno de los de mayor tráfico del mundo por aquellos años. Abuelo y nieta pasaron ahí largas horas absortos en la contemplación del frenesí imperante: estibadores, marineros y viajeros llegados de todos los rincones del mundo se afanaban en realizar sus múltiples quehaceres como si las mil lenguas diferentes que podían distinguirse, lejos de suponer una traba, conformasen una armonía que todo lo conseguía orquestar. Finalmente, en los últimos días de enero, el padre partió hacia Bakú y las tres mujeres (Irène, su madre y *Mlle*. Rose), tras alcanzar Bucarest, se desplazaron hasta París. Al júbilo que para Irène suponía la posibilidad de, por fin, hallarse en Francia y hacerlo, además, de la mano de *Mlle*. Rose —feliz de poder descubrir a su pupila los encantos de su país—, se sumaba la alegría de reencontrarse con Assia, ya plenamente integrada en la bulliciosa vida estudiantil parisina.

Ese año supuso para Irène un tiempo de revelaciones y, en cierto modo, un anticipo de lo que viviría años más adelante; en especial, en lo referente a la relación con su madre. Si, ya desde el primer momento, en el trayecto de Bucarest a París a bordo del lujoso Orient Express, la pequeña fue testigo del carácter frívolo y la propensión al flirteo por parte de su progenitora, una vez instaladas las tres mujeres en París —sin la presencia del marido, y ante las facilidades que, involuntariamente, este le había facilitado al haberlo dispuesto todo para que el tiempo que tuviesen que pasar en Francia fuese lo más placentero posible y nada les faltase— la debilidad de carácter de la mujer se hizo todavía más patente. Tanto en la capital como, en especial, en la localidad de Le Touquet, en la costa atlántica del país, donde pasaron el verano, la madre parecía vivir solo para la noche y las fiestas (mientras que Irène y *Mlle*. Rose dedicaban las horas del día al estudio y a visitar la región). De vuelta a París, Irène, preocupada, decidió enviar una carta a su padre tratando, en cierto modo y con su lenguaje aún infantil, de ponerle sobre aviso. Este, sin embargo, nunca llegó a recibir la misiva, al no hallarse ya en Bakú sino en San Petersburgo, desde donde fue él quien les escribió, ya en el mes de diciembre. Sin embargo, para cuando la carta llegó a París, la madre ya había dejado a Irène y la institutriz solas en la capital: en aquellos años (a diferencia de lo que sucedería más adelante) era en los meses de invierno cuando el «todo París» se desplazaba a la Côte d'Azur, mientras que, de mayo a octubre, los hoteles permanecían cerrados y su clientela se refugiaba de la canícula en la costa atlántica o alguna localidad termal de alta montaña. Así las cosas, en una escena que recuperaría años después en *Le bal*, la pequeña Irène no advirtió a su madre de la recepción de la carta paterna por lo que, cuando este llegó a París, se encontró con la ausencia de su mujer, y decidió partir, casi de inmediato, en busca de ella a Niza. Dos semanas después, el matrimonio reapareció en el domicilio parisino donde Irène y *Mlle*. Rose aguardaban impacientemente. Ante la sorpresa de ambas, el señor y la señora Némirovsky, como dos recién casados que regresasen de un viaje nupcial, aparecieron al volante de un lujoso automóvil del que descendieron entre risas y vistiendo a la última. Sin duda, la vida les sonreía y como el padre les anunció poco después, aún lo haría más en el futuro: su banco le había promocionado y la familia ya no iba a regresar a Kiev, sino que se trasladaba directamente a vivir a San Petersburgo.

Nota del Consejo Editorial: En primer lugar, una aclaración (obvia pero necesaria, indispensable de hecho, a tenor de la gravedad de los hechos): la biografía aún no ha terminado, de hecho, solo acaba de empezar. Fíjese el lector qué responsabilidad para un Editor de prestigio, como el que aquí escribe, cuando recibe un texto de tamaña magnitud (o tamaño), y, para mantener la amistad y cordura del escribiente (sin duda uno de los más fieles participantes de la revista, y que, entre otras virtudes, en algún momento perdió la capacidad de síntesis) no ve otra solución que publicar íntegramente el texto. Pero no es el momento de abrumarle a usted con las elucubraciones y cavilaciones (primer guiño, aquí, a la posible secuela de *Placer*, esto es *Clamor*) de su Editor favorito. El hecho es que llega el momento de la Reunión del Consejo Editorial y, después de arduas deliberaciones (aún hay casquillos de una botella de vino rota en el suelo de la cocina de la sede del Consejo), se concluye que la decisión es firme, y que, efectivamente, vamos a publicar la biografía completa (la historia del número anterior con el bueno de H. P. L. se repite). Ahora bien, en dicha reunión también se decide que no cabe otro remedio que dividirla y fraccionarla en el espacio y el tiempo (la ilusión cuántica de la que somos inocentes adeptos). No solo hay que proteger al lector y evitar la más que probable aparición de efectos adversos (in)esperados (véase el prospecto oportuno, pero ya imaginan que lo mínimo van a ser convulsiones y espumarajos por la boca), sino que, siendo la biografía la primera de las secciones de la revista, pensamos que no se puede dilatar tanto (¿para siempre?) el paso a las siguientes. En fin, hasta aquí la primera parte... (y un aviso para navegantes: ¡hay cinco!).

LAS VARIACIONES EPSTEIN

Toda una vida he llevado conmigo la maleta de mamá. Durante los primeros meses, tras su arresto, acarreaba su pesada maleta de piel roja por caminos polvorientos, por estaciones polvorientas, la subía a trompicones por escaleras polvorientas hasta buhardillas polvorientas, como si el polvo se escapara por las rendijas de su cierre. Nunca vi tanto polvo en mi vida como durante esos años que fuimos fugitivas. Una madrugada, ateridas de frío en un andén, me fijé en el polvo que caía y se acumulaba en la cabezota de Babette inmóvil bajo una farola. Si el tren no hubiera llegado pronto hubiera sido imposible encontrar a mi hermana entre la multitud y los bultos. Aunque no solo durante la clandestinidad fuimos la maleta y yo inseparables. En mi madurez, cuando los gendarmes sonreían y se tocaban la gorra para saludarme y a mí todavía se me secaba la boca de puro espanto, lo primero que buscaba cuando nos cambiábamos de casa, lo primero que me aseguraba iba a venir conmigo, era la maleta de mamá, temiendo olvidarla durante la mudanza. Mi marido comprendía y no me discutía que la dejara durante días molestando en el recibidor, esperando el día de acompañarme en el siguiente viaje.

Recuerdo a la perfección el día que se llevaron a mi madre. Entonces no sabíamos que no volveríamos a verla. Su cuerpo cálido y suave, que me cobijaba en la toalla después del baño, acabaría convertido en ceniza, llevado por el viento y difuminado por los bosques de Polonia. Antes de subirse al camión se detuvo, quizá intuyendo lo fútil de llevarse equipaje, se agachó y me alargó el brazo con su vieja maleta amarilla. En ese breve instante en que el asa de piel cambiaba de mano me indicó que debíamos guardarla a la espera de que ella regresara. Al convertirme en custodia de la maleta todos los sermones de mi madre sobre ser una chica responsable cobraron un repentino y nítido sentido. Fue así como durante toda la guerra su muerte estuvo aplazada y la maleta se convirtió en su irrefutable prueba de vida, evidencia de que mamá volvería. Esta idea la reforzaba nuestro padre pidiendo un plato a la mesa para ella en cada comida, incluso la misma mañana de su detención. Era quizá su forma de rebelarse contra una creciente certeza que nunca más se reuniría con su mujer. Pero nosotras conservamos siempre la esperanza de que regresaría, a pesar de sus apresuradas últimas notas desde la cárcel despidiéndose, de las noticias de su traslado, de papá bebiendo cada vez más, prohibiéndonos ser niñas y reír, incapaz de soportar nuestra presencia. La última vez que vi a mi padre nos separaron en la gendarmería cuando el oficial alemán de guardia, inexplicablemente, me dejó ir. Esa noche, en la cena había plato para mamá, pero el sitio de papá permaneció vacío y a mí se me hizo un nudo en la boca del estómago, pues entendí lo definitivo de su ausencia.

Después de lo del convento, tuvimos que movernos más a menudo. Pasamos la mayor parte de aquella temporada en una granja a las afueras de Bordeaux. Aquel primer invierno sin nuestros padres, Babette empezó a hablar en ruso. Todo sucedió de repente, una mañana, cuando en mitad de nuestro frugal desayuno mi hermana le pidió la mantequilla a la Dumont. No le dimos importancia. Una palabra aquí y una palabra allá en su limitado lenguaje de infante. Pero pronto el ruso le empezó a ganar terreno al francés y comenzamos a tener verdaderos problemas para entenderla, sobre todo cuando intentábamos calmar sus repentinas llantinas, que nos hubieran descubierto. Babette no entendía que, de repente, no pudiéramos comprenderla, y eso la enfadaba mucho, pues pensaba que estábamos siendo crueles con ella. Una mañana de febrero, cuando ya nos habíamos mudado a un granero cerca de Agen, Babette me despertó muy temprano dándome tirones del camisón y diciéndome en perfecto francés que necesitaba ir a hacer pis. Y, como si se hubiera recuperado de una fiebre, el ruso desapareció de su boca y volvió a ser la misma Babette de siempre, la que se trababa con las erres. Pocos días después, nos despertamos a la blancura cegadora de unos campos nevados. Había estado cayendo durante toda la noche. Babette miraba con mucha intensidad desde la ventana de la buhardilla y tenía la respiración agitada. Yo sabía por qué. A mamá le encantaba salir a la nieve. En París, siempre que nevaba, nos arrastraba a las dos afuera casi sin darnos tiempo a ponernos el abrigo. La nieve nos traía irremediablemente a mamá alegre, sonriendo, jugando entusiasmada como la niña pequeña que debió ser en Kiev. Yo también me empecé a agitar. Y hubiera querido sacar a empellones a Babette a revolcarnos en la nieve y reír con ella hasta que nos doliera la barriga. Pero mi pena era más fuerte que todo lo demás. Un duelo negro e insatisfecho, como los cuervos que rondaban el granero, me vedaba ese juego, ese abandonarse a la alegría simple que yo, como Babette, también necesitaba. Me sujeté al respaldo de mi silla hasta que me dolieron las manos y conseguí calmarme. Mi hermana se giró a mí con una súplica desesperada y muda, con un gemido impotente muriendo en su garganta. Temblando, incapaz de aguantar su mirada y antes que rompiera a llorar, fui a buscar a la Dumont.

Una de las cosas que más nos gustaba a mí y a Babette de Issy era montar en los carros de heno. En París siempre teníamos que estar perfectamente compuestas. Y por mucho que la Dumont y mamá lo intentaran había un acuerdo tácito de que en Issy podíamos ensuciarnos y vivir la vida de campo, siempre dentro de unos límites. Poco después del arresto de papá viajamos ocultas en un carro de heno, con unos pañuelos anudados a la boca para no ahogarnos. Estábamos echadas para ocupar menos, cogidas de la mano. Teníamos prohibido movernos hasta que la Dumont o alguno de los de la red clandestina que viajaba con nosotros nos lo indicara. Yo pensaba en el mapa de Francia que le había dibujado a mamá para su libro, el mismo mapa que encontramos en su maleta marrón la primera vez que lo abrimos tras su marcha, cuando el carro se paró. Oímos a Jean hablar con unos gendarmes y bromear. Era verano, y hacía muchísimo calor bajo el heno. El tiempo pasaba lentamente. Los gendarmes, aburridos tenían ganas de pegar la hebra. No buscaban nada. Incluso bajo el heno pude percibir la conversación intrascendente y relajada. Empecé a dar cabezadas de somnolencia hasta que noté que Babette me soltaba la mano bruscamente. Me asaltó la idea que nos habían descubierto y que nos separaban y, sin pensarlo, rompí la regla de oro de no movernos y empecé a bracear en el heno, buscando a mi hermana. Al poco, noté que el lecho de heno donde había yacido Babette cedía. Lo palpé con la palma de las manos y noté que, en lugar del suelo de madera de la carreta, un agujero de heno como la madriguera de un animal descendía suavemente. Empecé a arrastrarme por el oscuro túnel. Me detuve a comprobar que afuera del carro todo seguía igual. Nadie nos había descubierto, los gendarmes seguían con su cháchara y yo comencé a arrastrarme echada bocabajo por el túnel. Las voces se iban apagando conforme yo avanzaba y durante lo que pareció una eternidad solo oía el susurro de la paja contra mi cuerpo moviéndose. Pero entonces escuché otras voces que venían de delante. Hablaban francés. Me impacienté y braceé para llegar hasta ellos. La pendiente se suavizó y acabé saliendo a un claro iluminado por una luz que se filtraba por una cúpula diáfana hecha de heno. Allí encontré a Babette, que al parecer había resbalado por el agujero hasta encontrar a un grupo de gente reunida que apuraban unas latas de conserva. Babette hizo las presentaciones cortésmente y todos parecían estar al tanto que yo era su hermana mayor. Resultó que el grupo de personas escondidas en nuestro carro también se ocultaban de la policía. Alguno incluso llevaba todavía la estrella amarilla en el brazo, lo que me provocó escalofríos. En Issy, Babette, en su ingenuidad, miraba con recelo nuestros brazaletes, tomando casi como afrenta ser la única de la familia sin su marca condenatoria. Una señora muy anciana nos contó que pensaban permanecer escondidos en ese carro hasta que terminara la guerra y que, si queríamos, podíamos quedarnos con ellos. Babette le dijo muy seria que nosotras teníamos que volver arriba, para que nuestra madre pudiera encontrarnos. Con una ternura que ya casi habíamos olvidado la anciana besó a mi hermana en la frente y le mesó los cabellos. Tras una conversación agradable, pero breve, nos despedimos del grupo deseándoles suerte y volvimos a trepar por la madriguera. Ocupamos nuestros sitios y noté que Babette dormía cuando el apretón de su mano se relajó. Pronto me dormí yo, hasta que una eternidad después, el ruido del carro atravesando adoquines me despertó. Esa misma noche nos ocultaron en una granja de cerdos, donde a nadie se le ocurriría buscar a dos niñas judías huidas.

→

El París liberado no se parecía en nada al que años más tarde mi marido y yo mirábamos hundidos en los butacones de las salas oscuras del Gaumont Opera. Sin embargo, a fuerza de ir al cine y ver películas sobre la guerra, empecé a confundir mis recuerdos con las imágenes proyectadas y creía, por ejemplo, reconocer a cierto soldado a quien mi padre hacía de intérprete antes que los destinaran a todos al frente ruso. De noche, en la cama, las ficciones contaminaban mi memoria y me veía a mí misma pertrechada bajo los arcos de la Gare de L'Est en la espera interminable de que mis padres volvieran del infierno donde habían estado. Pero en mi recuerdo tenía yo ahora, a mi lado, a Yves Montand, fumándose un cigarrillo, mirando preocupado a ver si escampaba la lluvia. La mayor diferencia entre el París de celuloide y el de entonces es que en el París de 1945 había muchísima más gente, como si al desaparecer los uniformes alemanes un torrente interminable de franceses hubiera abandonado sus escondrijos en sótanos y apartamentos y hubieran asaltado las calles y las plazas. Yo los veía caminar, enloquecidos, durante las semanas que me plantaba ante la fachada de la estación con un cartelón con el nombre de mis padres. Éramos una hilera de muchachos y muchachas todos con la misma cara cenicienta de pasmo y los ojos hambrientos por la orfandad. Llevábamos el cartelón porque, tras tanto tiempo, sería difícil reconocer las caras antes redondas de los hijos ya hechos y derechos, y porque nosotros temíamos no reconocer las de nuestros padres, consumidos tras los años en campos de concentración de los que hacía poco empezábamos a saber. Una tarde me separé de la maleta azul de mamá que, obviamente, yo cargaba cada día hasta la estación. Y estuve a punto de perderla. Estaba yo despistada con mis pensamientos cuando los Michaud, un matrimonio mayor que habían trabajado con mi padre en el banco, me reconocieron. No por la señal, que yo sujetaba hacia otro lado, sino por mi rostro. «Denise... ¿Eres tú?», me llamó una voz de mujer. Y yo me giré sobresaltada, sin saber dónde mirar, hasta que los vi allí de pie, parados, cogidos del brazo. Avancé hacia ellos, sin comprender, pensando en qué viejos se veían mis padres, y en que sus ropas no parecían tan raídas como la de los regresados que cada día vomitaban los trenes del este. Avancé, pues, trastabillando sin soltar la señal, pero dejando la maleta completamente sola en la acera, tras de mí. Fue una auténtica temeridad. Un equipaje desatendido era presa fácil para el ejército de carteristas y rateros que merodeaban por la estación. Cuando me di cuenta que aquellos no eran mis padres, y que la que me había llamado era *Madame* Michaud, me detuve en seco y sin mediar explicación les di la espalda y salvé rápidamente los metros que me separaban de la maleta para arrodillarme y abrazarla como a un niño extraviado. Más tarde, ya recompuesta, sentados en un café les conté a los Michaud cómo mi hermana y yo habíamos sobrevivido escondiéndonos. Yo les hablaba, pero mis ojos no se apartaban de las calles abarrotadas, de la marea incesante de franceses resucitados, de las puertas de la estación que mi madre jamás cruzaría.

De entre todos mis recuerdos hay uno al que vuelvo continuamente. En él, estoy yo sentada en un muro de piedra en la playa, el último verano que pasamos todos juntos en Hendaya. Hace un día espléndido, de luz amable y poco viento, es temprano y la playa no está todavía abarrotada. Babette hace castillos en la arena, mamá está sentada en una tumbona, y escribe o lee, no acierto a ver porque el sol me emborrona la visión. Papá comenta las noticias con un vecino, el ceño fruncido y cabizbajo. Hace tanto calor que me dan unas ganas terribles de bañarme. Bajo de un salto el pequeño murete, camino por la arena y, tomando de la mano a mi hermana, le pregunto si quiere venir conmigo. Ella asiente y le grito a mamá que vamos a bañarnos. Ella responde con un gesto de su mano, dándose por enterada, sin levantar la vista de sus papeles. El vecino, por distraerse de la conversación funesta que tiene con mi padre nos advierte al pasar, muy serio, sobre los hoyos que se abren en los primeros metros de mar. «Id con cuidado niñas», dice. Mi hermana y yo nos damos por avisadas y nos encaminamos a la orilla. Allí me detengo, sintiendo el fresco de las olas en mis tobillos. Aunque la mañana vibra con la energía benévola del verano, a lo lejos, sobre el Cantábrico se cierne una tormenta oscura y amenazante. ¿Por qué atesoro tanto ese recuerdo? Quizá porque es el más claro antes de la urgencia, la angustia y la amargura de todos los recuerdos que vendrán después. Un último fragmento del recuerdo. Me vuelvo a mi madre, ella sigue allí, aparentemente ajena a todo lo que le rodea, inmersa en las palabras. Recuerdos fatigados y palabra escrita es lo único que me quedará de ella cuando todo esto acabe. En los días buenos, cuando siento el agua del mar en mis pies, cierro los ojos con fuerza y me concentro en ser otra vez una niña, fantaseando con que me giraré y allí seguirá ella escribiendo, inmune al tiempo y las guerras. A veces, el truco funciona, y me basta esa presencia tranquila y lejana suya, anclándonos a todos en el pasado, antes de que la Historia nos arrollara y lo destrozara todo irremediablemente.

SUITE FRANCESA VS. EL MUNDO DE AYER VS. EL CUADERNO DORADO

Existen distintos principios de las 3R's. En investigación animal, las 3R's son Reemplazar, Reducir y Refinar. Brevemente, antes de utilizar a un animal de experimentación hay que comprobar que no existe un método alternativo, de forma que, si es posible, hay que reemplazar el uso de animales. Luego, si es imprescindible el empleo de animales de experimentación, hay que reducir su número, y utilizar el menor número posible de animales que garanticen un resultado estadísticamente significativo. Y, finalmente, hay que refinar, es decir, establecer todas las medidas posibles para evitar al máximo el sufrimiento de los animales. Es evidente que el Consejo Editorial de *Placer*, cuando hace uso de animales de experimentación (por cierto, no vamos a explicar a estas alturas los procesos que permiten llevar a buen término esta revista), aplica estos principios. Por otra parte, en el ámbito de la ecología las 3R's son las siguientes: Reducir, Reutilizar y Reciclar. Creo que no es necesaria una explicación tan exhaustiva como en el caso de los animales (al margen de la necesaria puntualización que estos últimos no se pueden reciclar, más allá del posible uso como abono para plantas). Pero, de nuevo, cuando hablamos de tratamiento de residuos y de consumo responsable, *Placer* aplica de forma rigurosa los principios enunciados. Especialmente, reciclamos los envases de vidrio (vacíos) que se acumulan de forma preocupante (no es el caos ni la entropía lo que nos preocupa, sino más bien que la acumulación suele ser inversamente proporcional a la cantidad de envases (llenos) en el frigorífico) debajo del fregadero de nuestras casas. Finalmente, existen otros principios de las 3R's menos conocidos. Por ejemplo, en el seno de *Placer* se suele observar, con cierta frecuencia (cada solsticio, para ser más exactos), el siguiente: Refunfuñar, Recaer, Renacer. Así, por ejemplo, en cada número, el Consejo Editorial refunfuña mientras espera que los distintos participantes envíen sus artículos a última hora. No hablaremos ahora de nuestras recaídas, ni tampoco del renacimiento que se adviene después de cada número. En definitiva, lo que quería apuntar, en primer lugar, en esta «pequeña» introducción del presente artículo, es que el Consejo Editorial de *Placer* se preocupa por el medio ambiente, por el desarrollo científico y por la salud mental de todos y cada uno de los seres más o menos desarrollados que forman parte de la revista (y, en un capítulo aparte, de Esteban). Y, en segundo lugar, quería justificar el reciclaje y/o reutilización de algunos artículos en el presente número. En primer lugar (del segundo lugar, evidentemente (o como dirían Groucho y Chico antes de romper esta parte del documento, de la segunda parte de la parte contratante)), está el caso del artículo «Hay que leer más a Irène», perfectamente razonable, ya que solo unos pocos elegidos lo pudieron leer en la primera edición de *Placer* en papel (decir aquí que, en ese número, y también en el *Placer* en papel nº 2, se habla de numerosos autores (por ejemplo, de J. D. Salinger y Julio Cortázar, y de por qué, se podría pensar que sorprendentemente, no han sido ni serán placerificados), lo que puede interesar al lector más curioso; pero, sobre todo, cabe comentar que el placer que produce el contacto físico de la páginas de la revista física es físicamente tan placentero que no se puede narrar más que apelando a los procesos físicos más básicos, entre ellos la sublimación del alma (ver Prólogo). En segundo lugar (de la segunda parte contratante, de nuevo), está el caso del cuento con el diálogo entre los dos amantes, ahora comentado desde la habitación contigua (y que ya se explica en una nota a pie de página). Y, finalmente, está el caso del presente artículo, que en verdad no es una reproducción (aunque es bien cierto que se reproduce algún fragmento) sino más bien la base sobre la cual se construye un nuevo artículo, probablemente (esa es la intención, al menos) más completo. El artículo original, por cierto, lo pueden encontrar en *Placer* nº 12, dedicado a Stefan Zwieg y se titula «*El mundo de ayer* vs. *Suite francesa*». En resumen, respecto a lo de las 3R's, ya ven que no hemos reemplazado ni reducido (ni mucho menos), y está claro que no hemos pensado en el refinamiento (el sufrimiento del lector no es nuestra preocupación, es más bien un objetivo). En el caso que nos ocupa, como pueden observar, hemos reciclado (algunas ideas), reutilizado (un poquito) y, por supuesto, recaído a la hora de emplear una de las trampas más antiguas de la revista *Placer* (el lector puede indagar en números anteriores y buscar, por ejemplo, la definición de artículo TATA). En fin, ya hemos explicado lo suficiente (como nos gustan los eufemismos), a partir de ahora, pueden leer el resultado (si han conseguido llegar hasta aquí, claro) de la aplicación rigurosamente ratonil de algunas palabras que empiezan por R (aunque si prefieren que acaben por R sugerimos la palabra ahorcar).

PLACER

Tres consideraciones y tres puntualizaciones previas, para empezar (ya... (bueno, acepten, al menos, que empezamos por segunda vez)). Primera consideración. Obvia, aunque necesaria. El artículo se refiere a 3 novelas. *Suite francesa*, de Irène Némirovsky, *El mundo de ayer*, de Stefan Zwieg y, por último, como novedad, *El cuaderno dorado*, de Doris Lessing. Segunda consideración, también obvia y no tan necesaria. En el artículo original el orden de las novelas de Némirovsky y Zwieg era inverso; ahora la primera es *Suite francesa*. Y tercera consideración, ni obvia ni necesaria. Este artículo no es una reseña ni una crítica ni un ensayo comparado; se trata, simplemente, de una relación de percepciones y pensamientos que me han surgido a lo largo de estos días, revisando la novela de Némirovsky, la lectura en marcha de la obra de Lessing y la relectura del artículo que escribí en el número dedicado a Zwieg (el duodécimo *Placer*, por cierto, y por este motivo tan importante). Vamos ahora con las puntualizaciones, de las cuales se podrían obviar al menos dos, pero que, por una cuestión de simetría, son, obviamente, tres. Primera puntualización, obvia y nada necesaria. En lugar de dos novelas, son ahora tres las que se comentan (las tres, eso sí, son novelas que consideramos imprescindibles). Segunda puntualización, también obvia y nada necesaria. El orden de las dos primeras se ha alterado a causa de que ahora la autora del número es Némirovsky, y no Zwieg, como en el número 12. Y tercera puntualización, la única que podría llegar a ser necesaria (y solo obvia para el fiel lector de la revista). Como se puede leer en la contraportada de *El cuaderno dorado*, «Doris Lessing, cuya obra posee una indiscutible calidad literaria, y donde se respira la fina y lúcida crítica a las desigualdades raciales, sociales y de género, recibió, en 2007, el premio Nobel de Literatura». En fin, además de intentar no ser quisquillosos, hay que ceder, a veces, a la evidencia. Así, evidentemente, rompemos muy tangencialmente una de las reglas arbitrarias (entre ellas, no haber recibido el premio Nobel) que impusimos a la hora de seleccionar a los escritores a placerificar, pero, como hicimos en las dos ediciones especiales en papel, consideramos que es válido (además de necesario) incorporar al artículo a una escritora, enorme, como Doris Lessing (por cierto, fue nuestro presidente, el Presidente Vizán, quien se anticipó, ya hace un tiempo, y escribió acerca de Doris Lessing en el *Placer* en papel nº 1 (y, que, por cierto, vuelve a referirse a ella en este número; debo decir, demás, que lo ha hecho sin que habláramos en ningún momento de nuestras respectivas intenciones)).
Escribe Doris Lessing en el prefacio de *El cuaderno dorado*: «... era decir algo acerca de la novela convencional, otra forma de describir el descontento de un escritor cuando algo ha terminado: "Qué poco he logrado de toda esa complejidad, cómo puede una cosa tan pequeña y pulida ser verdadera, cuando lo que experimenté era tan rudo y aparentemente deforme y sin modelar". Pero mi mayor ambición era elaborar un libro que se comentara por sí mismo, que equivaliese a una declaración sin palabras, que diera a entender cómo había sido elaborado». ¡Qué comienzo!, ¿verdad? El prefacio de la novela (y también la novela, claro) contiene reflexiones muy inteligentes acerca de la creación literaria, o acerca de la crítica o del pensamiento individual. Casi que comentándolo sería suficiente... He aquí otro ejemplo: «Puede que no exista otro medio de educar al pueblo. Al menos, no lo creo. Entretanto, sería de gran ayuda describir por lo menos correctamente las cosas, llamarlas por su nombre. [...] Estáis siendo adoctrinados. Todavía no hemos encontrado un sistema educativo que no sea adoctrinación. Lo sentimos mucho, pero es lo mejor que podemos hacer. Lo que aquí se os está enseñando es una amalgama de prejuicios en curso y las selecciones de esta cultura en particular. La más ligera ojeada a la historia os hará ver lo transitorios que pueden ser». ¡Buf! ¡Cuánta verdad! Pero, de nuevo, no queremos perdernos (más) y estos no son los temas que vamos a comentar ahora. Simplemente, se han apuntado para mostrar la profunda mirada, la clarividencia de Doris Lessing a la hora de describir cuestiones tan difíciles de recoger en unas pocas líneas. En verdad, lo que quería destacar es lo que consigue Lessing con su escritura; y esto es lo mismo que, justamente, se puede experimentar al leer *Suite francesa*. La idea es muy sencilla: «verdad». Ahora recuperamos esta idea. Primero, recuperemos algo de lo que escribió Pedro en el *Placer* en papel nº 1: «... lo que ha motivado este artículo, que simplificando sería: la extraña sensación al leerla (a Doris Lessing) de que siempre me explica lo que yo quiero saber. [...] Es una cualidad literaria particularísima, que he encontrado en otras raras ocasiones: por ejemplo, en *Suite francesa* de Némirovsky, en algunas partes de novelas de Hemingway, tal vez en el propio Pavese, aunque apelando más al sentimiento y no tanto a la trama. [...] Mi conclusión es que esa cualidad solo puede emanar de una capacidad de observación sutil: una habilidad para observar el hecho y la reacción al hecho y casi diría que el deseo del hecho. Una observación ya no de la vida, sino de la misma ficción. Al fin y al cabo, una constatación de que la vida no es más que una ficción literaria». Fíjese el lector que, de forma causal/casual (de nuevo, el lector más inquieto, más curioso, puede explorar el curioso mundo de «causalidades» que han gobernado la revista), Pedro ya relacionó a Lessing y Némirovsky (sí, obviamente, yo ya había leído el artículo, en su momento, pero ha sido ahora, cuando lo he buscado para anotar lo que él había escrito acerca de Lessing, cuando, de forma sorprendente, he encontrado esta relación). Al margen de la feliz coincidencia, decir que, de alguna forma, en el artículo de nuestro Presidente también se señala el aspecto fundamental (que se quiere destacar aquí) de la es-

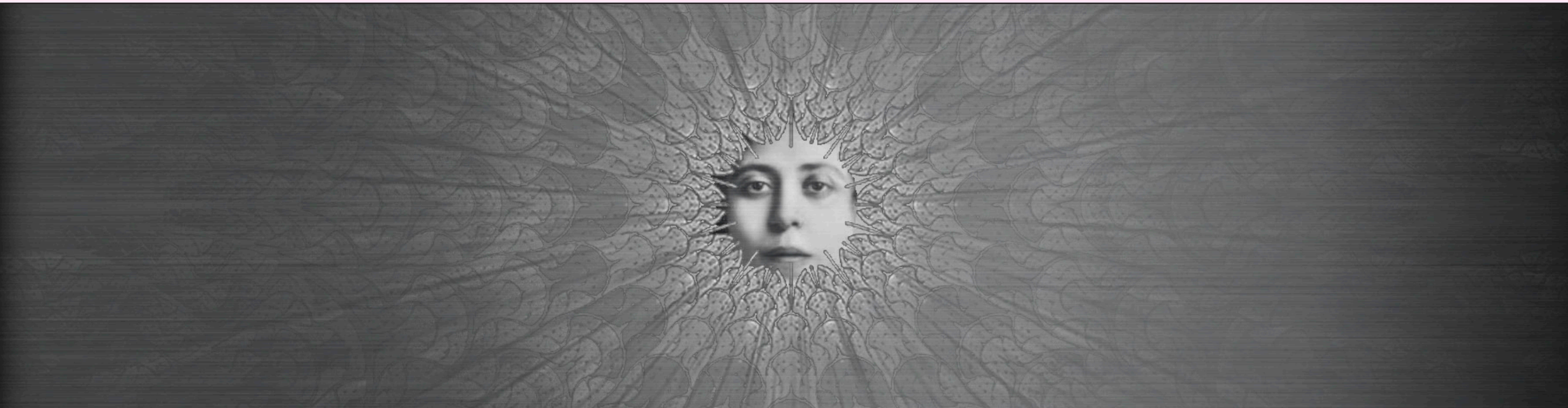
→

PLACER

critura de estas dos autoras, y es la observación sutil de la realidad, que luego se convierte, al ser escrita, en «verdad». Un ejemplo, ya en el texto principal de *El cuaderno dorado*: «De momento, Ella no se movió. Pensaba: Si voy, tendré que planchar algo para ponerme. Estuvo casi a punto de levantarse a examinar su ropa, pero frunció el ceño y pensó: Si me planteo qué me voy a poner, quiere decir que en el fondo deseo ir. ¡Qué raro! Tal vez sí me apetece ir. Al fin y al cabo, siempre lo hago; digo que no a algo, y luego cambio de opinión. Lo importante es que, probablemente, ya lo he decidido. Pero ¿qué? No es que cambie de parecer, sino que, de pronto, me encuentro haciendo algo que he dicho que no haría. Sí. Pero ahora no tengo idea de lo que he decidido».

Lo que ahora (en el presente artículo) estamos llamando «verdad» fue, en su momento (el artículo del *Placer* nº 12), condición humana. Decíamos: «Observen las últimas palabras: condición humana. Ahí radica la potencia de la obra de Irène Némirovsky, escritora judía que, de la misma forma que Stefan Zwieg, tuvo que huir de la persecución nazi a causa de su «raza». Y, durante dicha huida, reflexionando profundamente acerca de lo que ocurría, fue capaz de desnudar de todos los artificios la naturaleza, intrínsecamente «sucia», del ser humano. [...] Es especialmente ilustrativo del proceso de limpieza/desenmascaramiento que acompaña a la descripción minuciosa y pormenorizada de los personajes que componen *Suite francesa*». El punto de conexión que vislumbramos entre *Suite francesa* y *El mundo de ayer* fue la lucidez de los dos autores a la hora de relatar la hecatombe que supuso la Segunda Guerra Mundial. Y el principal punto distintivo consistió en la forma de acercarse a la realidad, desde distintos prismas. Sí, decíamos en el artículo anterior que percibíamos cierta inocencia en Zwieg, cuando afirmaba: «... nunca jamás (y no lo digo con orgullo sino con vergüenza) sufrió una generación tal hecatombe moral, y desde tamaña altura espiritual, como la que ha vivido la nuestra». De forma resumida, lo que discutíamos era que Zwieg, un intelectual con ideas muy modernas para su época, observaba la realidad desde una especie de podio, más allá de los otros mortales. Mientras que Némirovsky, siendo también una persona muy cultivada, era capaz de ofrecer una visión más realista de la condición humana. Las observaciones de Némirovsky en *Suite francesa* incluyen a todas las capas de la sociedad: «Gabriel Porte ya era una persona horrible antes de la guerra, obsesionado con sus porcelanas y esclavizando a su mujer y a su servicio. La señora Péricand vivía instalada en la riqueza, pero su ambición la conducía a vivir obsesionada en complacer a su suegro, con tal de recibir su herencia. Y el Padre Philippe, a pesar de buscar la Gracia con sus acciones pías, seguía condicionado por sus escrúpulos, que él mismo temía no vinieran de Dios, sino de Otro...». Así, no es que no exista la elevación espiritual que proclama Zwieg, es que esta convive con los más íntimos y oscuros deseos, y son, por tanto, indisociables. Némirovsky, en *Suite francesa*, inclina la balanza para contrapesar al bueno de Stefan. Y, por fin, es aquí cuando podemos completar el triángulo que queremos dibujar, tan concienzudamente, en este artículo. Es aquí cuando podemos relacionar las tres novelas. Doris Lessing elabora en *El cuaderno dorado* una suerte de término medio de perfección geométrica. Vean dos ejemplos. El primero: «En total he ido a solicitar el voto tres tardes. Las otras dos no he ido a las casas "dudosas", sino a unas que nadie ha visitado aún. He encontrado dos partidarios del PC, ambos militantes; el resto, laborista. Cinco mujeres solas enloqueciendo en silencio a pesar del marido y de los hijos o, tal vez, a causa de ellos. La característica común a todas ellas: inseguridad. Se sentían culpables de no ser felices. La frase que todas han dicho: Hay algo en mí que no funciona. [...] He reflexionado mucho sobre ello. Lo cierto es que estas mujeres me interesan mucho más que la campaña electoral». Y el segundo: «El año pasado me remitió una carta en la que describía su matrimonio; la había escrito claramente borracho y la había mandado, como si dijéramos, hacia el pasado. Me contaba que durmieron juntos, con poco placer por parte de ella y ninguno por la suya [...]. En suma, un matrimonio inglés nada fuera de lo común. Su esposa, al parecer, no sospecha que sea un hombre anormal, y él depende bastante de ella... Supongo que, si ella muriese, él se suicidaría o se daría a la bebida». En el primer caso, Anna Wulf, la protagonista de la novela, habla de su pertenencia al Partido Comunista, al cual está afiliada a pesar de las dudas que genera tanto el aparato político como lo que sucede en esos momentos en el mundo (la purga de Stalin en los 50), y de cómo cuando va a pedir el voto en unas elecciones se interesa más por la vida de la comunidad del barrio que por la política. Mientras que, en el segundo caso, Anna Wulf resume de forma implacable la vida de un amigo suyo de la juventud, homosexual, casado infelizmente por conveniencia. Como se puede observar, Doris Lessing retrata, como Némirovsky, la verdad de la condición humana en todos los ámbitos de la sociedad. Y, como ocurre con Zwieg, se percibe cierta superioridad intelectual. Sin embargo, esta elevación espiritual no impide que esté observando sutilmente la realidad, que esté captando la condición humana de forma perspicaz, que, al fin, esté escribiendo la «verdad». Simplemente, sitúa su mirada en un lugar concreto (como decíamos que observamos en Zwieg), pero este lugar parece que está en ese punto medio, en esa frontera que parecía separar *El mundo de ayer* y *Suite francesa*. Esta es ahora una frontera difuminada, una barrera que no opone resistencia. En *El cuaderno dorado* se puede fluctuar en ambos sentidos. Seguramente, el hecho que Lessing utilice en muchos momentos la fórmula de un diario ayuda a esta visión más distante, en algunos momentos, pero no entraremos a analizar ninguna cuestión formal. Nunca en *Placer* nos atrevemos a pontificar en nada (bueno, a veces sí lo hacemos, pero hoy toca decir que no). Repito lo que ya comenté anteriormente, este artículo simplemente ha tratado de recoger impresiones, de retratar una sensación concreta en un momento concreto en el tiempo. No sé qué pensaré la próxima vez que lea estas líneas. No sé muchas cosas, de hecho. No sé, por ejemplo, ahora mismo, cómo voy a salir de este embrollo, de este galimatías que es ahora este artículo... «Veo que ya vuelvo a caer en el tono degradante y cínico. No obstante, ¡cuánto consuela ese tono! Es como en emplaste sobre una herida, pues no hay duda de que no se trata de una herida...», dice Anna Wulf, reflexionando acerca de lo que ha escrito. Suscribo totalmente sus palabras.

Y bien, ahora sí, acabamos. Cuando no está claro cómo seguir lo más sensato (aquí hay un cierto disimulo, claro está, porque no ha sido sensatez sino más bien empacho lo que ha llevado al final de estas líneas) es terminar, aunque sea abruptamente. Simplemente decir, para terminar (ahora sí que sí), que, dado que este es el número de Némirovsky, corresponde insistir en el hecho que han de leer *Suite francesa*; pero que harían bien en añadir a la lista *El cuaderno dorado*, y, si no lo hicieron antes, *El mundo de ayer*. En todas estas obras hay «verdad». Es su tarea, luego, componer su visión particular y caleidoscópica de la vida.



IRÈNE SE ATREVE

En mi artículo sobre Doris Lessing aparecido en la primera edición en papel de esta revista, explicaba lo que para mí es una de las grandes cualidades que debe tener un escritor de novela: la capacidad de observación, reflejada en la precisa elección de los detalles de la trama que se ofrecen al lector. Aparte de Lessing, citaba algún otro ejemplo, entre ellos la sensación de *Suite francesa*. Las dotes de observadora social de Némirovsky son incuestionables. No hace falta más que leer las propias notas de la autora sobre cómo iba a desarrollar su magna obra para captar al vuelo su sensibilidad hacia el lector. A su vez, Némirovsky me sirve también para hablar de otra gran cualidad que, unida a esta primera, me generan una extraña admiración: atreverse a romper los moldes. Dicho así suena simplemente a algo vacío, o peor aún, tan lleno y utilizado que ha perdido sentido. Cuando hablo de «romper moldes» no me refiero, en este caso, a aventuras estilísticas o a juegos malabares. También hay maestras y maestros en ese arte, pero soy sincero si confieso que nunca me he considerado capaz de discernir lo realmente rompedor de lo simplemente experimental. Sin ir más lejos, en la primera novela de *Suite francesa*, cuando en medio de la diáspora y la tensión de la huida, se le dedica un capítulo entero al gato de los Péricands. Puede que eso sea una genialidad, en todo caso es verdad que hay que atreverse, pero no es a eso a lo que me refería, sino que se atreve a tratar literariamente asuntos incómodos y complejos.

Irène se atreve, por ejemplo, con algo tan difícil como la maldad dentro de la familia, y lo hace sin paños calientes, en *El baile*. No es solo que escribiera esa novela corta con 27 años, ni que sea capaz de plantear en sus pocas páginas iniciales una situación y a unos personajes tan vívidos que el lector quede inmediatamente inmerso. Todo eso es fruto de la capacidad de observación que comentaba. El giro de tuerca de la obra es su implacabilidad. Cómo la autora asume sin miedo las consecuencias de los actos que cometen los personajes que ha creado, hasta el inevitable final. No lo dulcifica, no lo justifica, no lo matiza[1]. Una obra así de descarnada requiere de una gran dosis de valentía, o si me apuran de seguridad en uno mismo. El lector se va a ver forzado a adaptarse a esa situación incómoda y reflexionar sobre las (sus) relaciones maternofiliales. Lo siento si no querían recapacitar, esto es literatura, no una serie de Netflix.

Un segundo ejemplo de la valentía de Irène a la hora de escribir es la historia de amor entre Lucille Angellier, la señorita francesa de provincias cuyo marido está en la guerra, y Bruno von Falk, el apuesto nazi que ocupa la casa donde vive con su suegra. Sus interacciones en medio de un ambiente hostil y difícil se van desgranando suavemente en la segunda novela que compone *Suite francesa* («Dolce»), junto con los otros episodios que ocurren en el pueblo ocupado. De nuevo la autora sabe lo que contarnos, porque nos conoce, porque nos ha observado, porque de alguna forma nos aprecia y sabe que rellenaremos los espacios de tiempo y significado con nuestro bagaje. Al final, la historia de amor se culmina, pero resulta que no acaba de funcionar del todo. Las circunstancias, ciertos detalles, lo enturbian todo. Aunque se han enamorado y declarado, algo no va bien y, según las propias notas de la autora[2], Bruno va a morir en la lejana Rusia y para entonces Lucille ya habrá conocido otro amor, vivido otras aventuras. Triste, tal vez, pero palpable. He aquí su atrevimiento: durante páginas se dedica a construir un romance que no acabará bien. Porque no está construyendo un romance cuya culminación sea una finalidad, sino construyendo (estudiando) el comportamiento humano bajo unas circunstancias tan especiales. En ese sentido, me recordó a otro gigante: Tolstoi. ¿Acaso el fracasado amor entre el príncipe Andréi y Natasha, una historia construida a golpe de martillo literario, no era necesaria para que se consumara la profunda relación con Pierre?[3] ¿No es esa una manera de que las entendiéramos, a Natasha y a Lucille, de que las hiciéramos nuestras? ¿No fracasan las parejas, incluso las que parecen destinadas a la felicidad suprema? ¿Y no tienen que seguir viviendo luego, cuando se han ido a vivir a otra ciudad, o casado con otra persona, y solo se acuerdan de aquel amor de vez en cuando? Vivimos tiempos relativistas, en los cuales la literatura parece empeñada en limar todas las decisiones de sus personajes hasta que parezcan razonables a la fuerza. La base del problema son los autores/personajes, que no paran de justificarse. Claro, es difícil atreverse con uno mismo, aceptar el fracaso, la inalterable imperfección de la vida, pero es que para eso está la ficción. La otra opción que he apuntado anteriormente es aún peor: pensar que la historia que uno escribe, o la vida que uno lleva, tiene finalidad en sí misma. No hay carteles que pongan «Fin» a períodos de nuestras vidas. Después del esfuerzo de tener a los personajes donde uno quiere, hay que tener las agallas de, si es necesario, tirarlo todo por la borda. Escribir es un oficio de valientes.

PLACER

[1] La novela es muy corta y de una factura impecable, no hay ni sangre ni vísceras, como parece que se ha puesto de moda entre las escritoras actuales que tratan el tema de la infancia/adolescencia. Siempre fue más efectivo sugerir que mostrar. El horror lo llevamos dentro, eso Némirovsky lo sabía.

[2] *Suite francesa* iba a constar de cinco novelas e Irène tenía planteada ya la tercera cuando es apresada.

[3] Sería ridículo que alguien estuviera perdiendo el tiempo leyendo este artículo si no sabe quiénes son los personajes que acabo de citar.

EL DARRER ACTE

Ja fa moltes nits que no faig una altra cosa. Després de sopar, rento els plats i m'estiro al sofà. Aleshores, engego el reproductor i escolto una vegada i una altra la mateixa pista d'àudio. Fragment a fragment, paraula a paraula, n'analitzo tots els detalls. És l'última gravació, el darrer acte d'una opereta molt previsible. Però, a la vegada, és una discussió tan crua, tan trista, tan desagradable que no puc evitar començar de nou, quan acaba. Cada nit dormo una mica menys. I cada matí, em costa una mica més llevar-me.
«Marcel, per què creus que me'n vaig?».
«No ho sé, estimada, perquè ets una histèrica?».
«Ni tan sols ara ets capaç de parlar seriosament?».
«No sé perquè ho dius, això...».
«És igual, Marcel, ara ja no té importància».
«Te'n vas perquè vols».
«Sí, és clar, tu no has fet pas res».
«Què vols que digui, que ho sento molt i que tot tornarà a ser com abans?».
«No, ja sé que no ho diries de veritat...».
«Què vols dir, que sóc un cínic?».
«Marcel, què et penses? Que no trigaré a tornar, oi?».
«La veritat és que és exactament el que penso, estimada».
«Ets insuportable!».
«Però m'estimes, no ho pots evitar».
«Marcel, no em toquis...».
«Vinga va...».
«Que he dit que no!».
«D'acord, d'acord, ja ho he entès!».
«Sempre uns segons massa tard...».
«Estimada, si el que volies era algú més llest t'ho hauries d'haver rumiat abans...».
«Ara es fa l'imbècil, l'home de negocis...».
«No t'equivoquis, ets tu que et fas la despistada. Som amants, collons! El que fem és follar!».
«No és això el que m'has dit sempre a cau d'orella...».
«I tu t'ho creies de la veu d'un cínic?».
«No, en veritat no... Però soc una bleda i preferia continuar la comèdia que...».
«Que què?».
«No ho sé Marcel. Probablement, l'únic que volia era sentir-me estimada. Tot i que... Sempre fas servir aquesta expressió... Estimada... Mai em dius pel nom...».
Vet aquí l'inici de la discussió. Quin cretí el Marcel, oi? Un home execrable, la veritat. Ja quan va venir a instal·lar-se a l'edifici, vaig veure de quin peu calçava. Com un bon veí, vaig anar a saludar-lo mentre feia la mudança. La porta era oberta i els mossos carregaven els mobles amunt i avall. Vaig estar una bona estona al replà observant aquell anar i venir: ara portaven una làmpada de peu, ara unes cortines de vellut, ara un mirall amb motllures daurades. Probablement algú el va avisar, perquè el Marcel va aparèixer al cap d'una estona, amb una pipa a la mà. Duia una bata de setí sobre la camisa i, als peus, unes sabatilles d'estar per casa. Em va observar uns segons per sobre de les ulleres metàl·liques, inclinant el cap, ja que era un home molt alt. Sota unes celles negres i molsudes s'hi emmarcaven uns ulls molt clars, sense cap expressió. Va fer una pipada profunda i, al cap d'uns segons, va exhalar el fum cap al sostre, lentament. A continuació, va tornar endins, tot indicant a un dels mossos que, si us plau, tanqués la porta. No volia cap tafaner a casa seva, va dir.
El que desconeixia el Marcel era que un defecte a la construcció de l'edifici em permet escoltar tot allò que passa al dormitori del pis del costat. Un conducte de ventilació connecta les habitacions de matrimoni dels dos pisos i amplifica qualsevol soroll. Mai he dit res. Jo no faig servir l'habitació de matrimoni. Des de que va morir la mare visc sol, i prefereixo dormir on ho he fet sempre, a un llit més petit i acollidor. Ara, a l'habitació de la mare hi tinc una taula, una cadira i un aparell de gravació. En fi, que em va dir que era un tafaner, pel que vaig fer honor a les seves paraules i vaig començar a gravar allò que passava, a casa seva. A més, tot era molt emocionant, al principi. La casa era en silenci gairebé tota la setmana, i només algunes nits hi escoltava veus, al dormitori. Rialles, copes de xampany, una dona diferent, cada vegada. Ho vaig endevinar de seguida: aquell era un pis on el Marcel hi duia les seves conquestes, per enganyar la seva senyora. Ho vaig confirmar. Una nit el vaig seguir fins a casa seva, als afores de la ciutat. Una casa de rics. Almenys, tenia dos fills i un gos. Quin miserable!
«Estimada... Irène... T'ho dic perquè t'estimo...».
«A la teva manera... potser».
«Sí, és clar, quina altra si no?».
«No ho sé, potser una a la qual em respectis i em consideris com una igual...».
«Ja hi som! Ara vindrà el discurset del patriarcat...».
«Tres segons. Un temps rècord, aquesta vegada...».
«Què t'empatolles, ara?».
«Tres segons és el temps que ha durat la teva representació... T'ho dic perquè t'estimo... Quina barra!».
«És impossible parlar amb tu! Si no ho dic perquè no ho dic, i si ho dic perquè...».
«Prou, prou de tanta eloqüència, que hem dit que només follàvem!».
«Estimada... Irène...».
«No cal que t'hi esforcis que encara t'equivocaràs de nom...».
«Això sí que no!».
«Que no què!».
«Que no!».
«Ara em diràs que soc l'única, oi?».
«No nego que n'hi ha hagut d'altres, abans de tu, però no pas ara. Ara només m'importes tu».
«Això no és el que has dit a la teva dona...».
«Què vols dir?».
«Marcel, t'he escoltat, al telèfon. I has dit que no significo res per a tu, que només soc una aventura. I que ella és l'amor de la teva vida i la dona dels teus fills...».
«I què volies que fes?! Em calia temps per aclarir les idees...».
«Quina hipocresia... Almenys sigues prou valent per dir la veritat...».
Ja ho veieu. Quin bandarra, aquest Marcel! Totes les falses paraules, pronunciades al llarg de gairebé tres anys, descobertes en una trucada de poc més de cinc minuts. La conclusió és ben senzilla, no cal més que una escolta per comprendre que aquest home era un covard, que va abaixar el cap i els pantalons quan va témer perdre la dona i els fills. O, més que la família, la vida aparent, la vida postissa, la vida d'un home d'èxit que ho tenia tot. D'altra banda, per ser just, s'ha de reconèixer que, probablement, no va mentir quan deia que la Irène havia estat l'única amant, els darrers anys. No m'hi jugaria la mà, per a dir que el Marcel no tenia un altre pis clandestí, a la ciutat, però el fet és que aquest ha estat el pis de la Irène, des que hi va venir a viure.
La Irène. Me'n vaig enamorar a primera vista, de la Irène. Quina dona! La Irène no era pas una model d'aquestes d'ara, esquifida i sense formes, si no una dona de les d'abans, amb carn. Com la Marilyn. Amb els cabells tenyits de ros, també. Potser un pèl més baixeta i rabassuda, però igualment irresistible. La primera trobada fou a l'ascensor. Els dos érem davant la porta esperant. Vaig començar a suar, de tant nerviós que estava. Tot el cos tremolava i no m'atrevia a dir res. Ella va ser molt amable. Em va preguntar si em trobava bé. Tenia els ulls petits i dolços, de color marró fluix, com la mel, com els de la mare. Em va ajudar a creuar el llindar de la porta, agafant-me de bracet. I em va preguntar a quin pis anava. Em vaig quedar glaçat quan va dir que ella també anava al tercer. Només hi ha dos pisos a cada planta, pel que era clar que anava a cal Marcel. Quina decepció!
Cada dia de la setmana, esperava al portal de l'edifici a què ella arribés. A vegades només venia un dia, a vegades dos. Però estava decidit a parlar amb ella i a rescatar-la del Marcel. Els escoltava des de l'habitació de la mare. Tancava els punys, i cridava endins, cada vegada que ell deia que l'estimava. Quines penques! Tan-

→

FIVE TRANSISTOR TAPE-RECORDER

mateix, a l'ascensor mai aconseguia dir més de dues o tres paraules a la Irène. Bon dia, o bé quin fred que fa, eren els meus únics comentaris. Ella em mirava amb els ulls de mel, somrient. A vegades, m'explicava alguna cosa que havia vist, aquell dia. Un motorista que havia caigut al Sena, uns coloms morts a la porta del Sacré Coeur, una dona lligada a una farola, al barri llatí, que cantava com els àngels... Probablement, s'ho inventava. La imaginació de la Irène era desbordant. Crec que això era el que més valorava el Marcel, d'ella. Ell sempre havia dut al pis dones més boniques, segons els cànons de la societat, però cap d'elles el feia riure com la Irène. Em moria d'enveja.
«Irène, jo no sé quina és la veritat...».
«No és cert. Sí que ho saps però no te n'amagues. Te'n rius del discurset del patriarcat però no ets capaç de comprendre què significa tot el que ha passat... Als ulls dels demés, jo soc una puta que gairebé trenca una família... I tu... Tu, simplement, ets un home que ha comès un petit error... Un moment de feblesa...».
«No et nego que encara hi ha gent que pensa així, de forma tan retrògrada...».
«Collons Marcel! En quin món vius?!».
«I tu, estimada?! Prou ja d'aquesta dissertació tan victimista...».
«Ah! Ara sí que fem ús del vocabulari del nen ric, no?».
«Estàs boja...».
«Veus? No ho pots evitar. Què fàcil que és denigrar una dona quan no es vol escoltar el que diu...».
«Una dona que no sap el que diu, diràs...».
«Sí, sí, aquest és el camí...».
«Ara t'has descobert tu. En veritat ets tu que ets dominada pels prejudicis. L'home ric que ho té tot i s'aprofita d'una pobra dona innocent... I totes les coses que t'he comprat, me les tornaràs?! I aquest pis on vius, sense treballar, no et sembla prou?!».
«Jo no vull res del que m'has donat! És això, oi?! Compraves el meu amor i, sobretot, el meu silenci...».
«Irène, ja n'hi ha prou...».
«Prou de què, Marcel?».
«Els dos sabem qui som, no ens enganyem...».
«Jo no m'enganyo...».
«Sí que ho fas... Tu ja sabies que mai deixaré la Lucille i els nens...».
La Irène es va quedar a viure al pis del Marcel, al cap d'uns mesos de relació. Des d'aleshores, el Marcel només es presentava al pis els dimecres i els dissabtes. La resta de dies, la Irène anava i venia de la casa amb una activitat incessant. Moltes vegades, trucava per l'intèrfon per a què baixés a ajudar-la. Ara un cavallet i uns llenços per pintar, ara un petit piano, una bicicleta estàtica, una màquina de cosir... Tot a la vida captivava a la Irène, que ho volia fer tot. No tinc temps, no tinc temps, em deia. Sí, m'ho deia! Finalment, al cap d'un any de coincidir a l'ascensor, ens vam fer amics. Osmosi, és el terme químic, crec. Passejàvem gairebé totes les tardes, excepte els dimecres i els dissabtes. M'agafava de bracet, com el primer dia, i anàvem fins al riu, on sèiem a algun cafè. Jo l'escoltava. El tema principal i recurrent era la relació amb el Marcel, amb qui, tot i que era impossible, esperava casar-s'hi, algun dia. Jo l'escoltava tristament, impotent. Mai m'atrevia a confessar que n'era enamorat, i que potser els dos junts podríem ser feliços.
«Per fi dius la veritat...».
«Deixa'm acabar, si us plau... Que no els deixi no vol dir que no t'estimi... A la meva manera, sí... El que m'agrada de la nostra relació és que és diferent, sense compromisos, sense obligacions... Mai t'he exigit que només estiguessis amb mi. Ni tampoc t'he passat comptes. Per mi els diners són només un medi per a què visquem el millor possible, no m'ho pots retreure, això...».
«Marcel, és molt egoista aquesta forma de pensar...».
«Potser sí, però és sincera, no em pots dir que soc un hipòcrita. Igualment, accepto que hem fet molta comèdia, però érem els dos els que representàvem el nostre paper...».
«Ho veus? No m'has respectat mai...».
«Al contrari... És, precisament, perquè respecto la teva intel·ligència que et puc explicar això, la Lucille no ho entendria...».
«Marcel...».
«Digues, estimada...».
«Que ets un manipulador de collons...».

«Per què ho dius ara, això?».
«Dius que respectes la meva intel·ligència, però és justament amb aquesta frase que reveles que em consideres un ésser inferior... I no vull verbalitzar, ja, que és el que penses de la teva dona... Quin desdeny... Quin fàstic! Ets un desgraciat!».
«Per favor!».
«Sí, ara fes-te l'ofès! Ets un miserable...».
«Ja n'hi ha prou! Com t'atreveixes?! Mala puta! No pots callar ni un moment, oi? Enlloc d'agrair tot el que he fet per tu!».
«Quin bon home, sí, tot molt exemplar...».
«Què et costava? Què et costava mamar-la i callar?! Mala puta!».
«...».
«Què?! No dius res, ara?!».
«No, no val la pena...».
«Aleshores què hi fas aquí, encara? Què més vols?!».
«No res».
«...».
«El més greu de tot és que tens raó... Jo ja ho sabia...».
«Irène...».
«...».
«Irène, Irène! No te'n vagis! Va dona, oblida-ho tot, no ho deia seriosament! Torna!».
«Adéu, estimat...».
Per què no vaig sortir al replà, a buscar-la? Aquesta és la pregunta que em faig, contínuament. Jo vaig ser el responsable, que marxés de casa. Jo vaig precipitar la darrera discussió, el darrer acte de l'opereta. Però, després, em vaig quedar paralitzat i la vaig deixar escapar.
Ja feia un temps que es barallaven, la Irène i el Marcel. Cada vegada més intensament. Quan sortíem a passejar, la Irène m'ho explicava, plorant. Malgrat jo ja havia escoltat cada discussió més de deu vegades, m'emocionava quan ho relatava amb la seva veu. I no era capaç d'expressar allò que jo sentia per ella, no era capaç de plantejar una sortida a la qual el futur érem nosaltres dos. Amb prou feines, aconseguia verbalitzar que el millor fóra que marxés d'aquell pis, que deixés el Marcel.
Però la Irène no es decidia, i vaig decidir forçar el final d'aquella relació tan tòxica. Ho vaig preparar a consciència. Vaig enviar una carta a la dona del Marcel, on revelava què feia el seu marit, els dimecres i els dissabtes. I hi vaig afegir una gravació i el telèfon del pis. El pla era ben senzill. La Irène no tindria més remei que marxar de casa, i jo seria allà per consolar-la. Per fi confessaria que ella era el meu amor.
Però, en el moment decisiu, no vaig fer res. La Irène va sortir per la porta i jo no em vaig moure de l'habitació de la mare.
No l'he tornat a veure. La Irène no ha tornat més. Tampoc el Marcel. Al cap d'unes setmanes de la baralla, van venir uns homes i s'ho van endur tot. Vaig observar amb pretesa indiferència com carregaven el piano, la màquina de cosir, o totes les endergues de pintar. El pis del costat és buit, ara. La meva vida és buida, ara. Molt més que abans que morís la mare. I molt més que abans que marxés la Irène. Cada nit dormo una mica menys. I cada matí, em costa una mica més llevar-me.

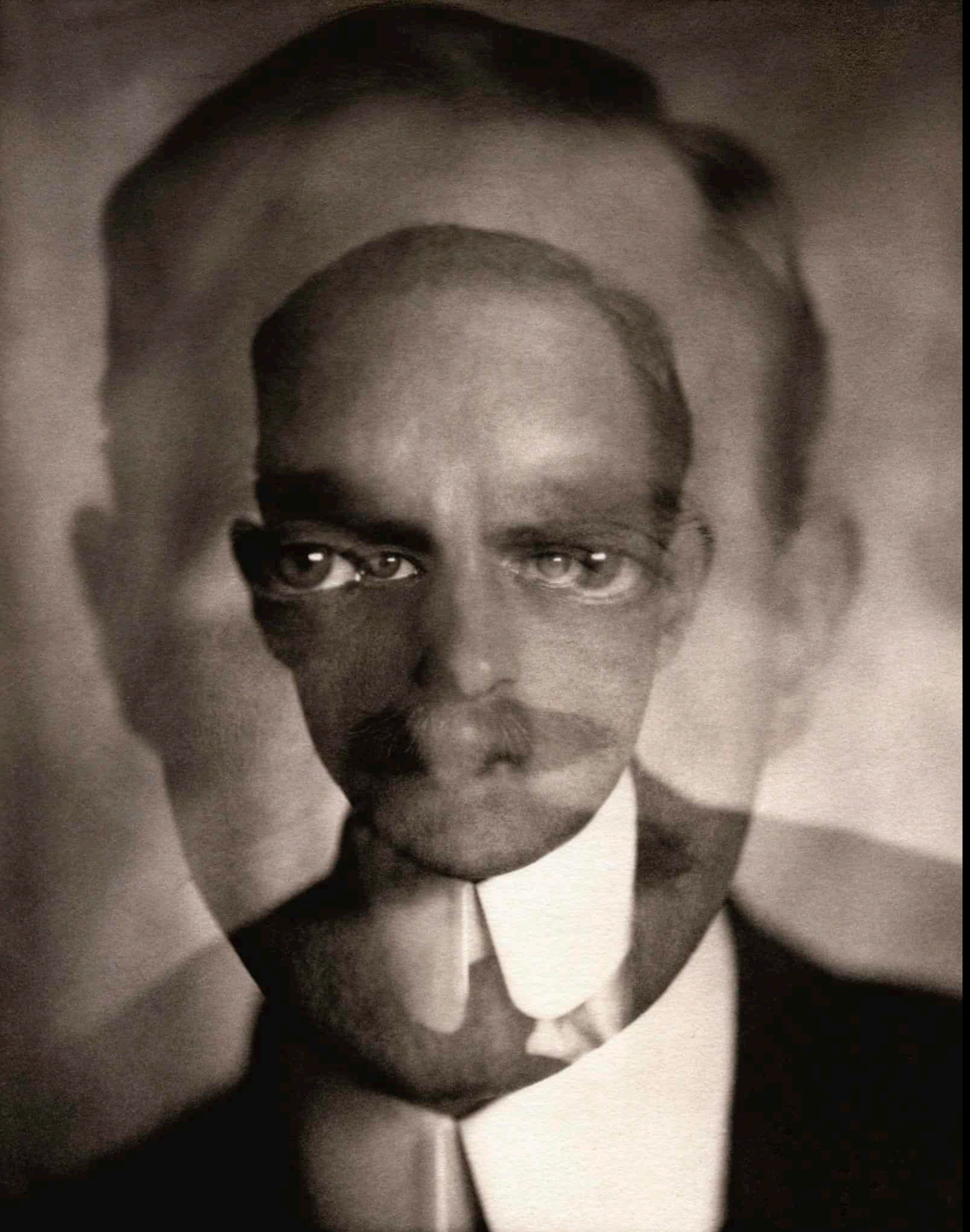
Nota aclaridora: segur que el lector fidel de *Placer* ha reconegut el diàleg o, almenys, ha pensat que ja havia vist abans al personatge de la il·lustració. Efectivament, el diàleg que s'entrellaça en aquest relat es pot trobar, també, a *Placer* nº 14, dedicat a Forugh Farrojzad. Hi ha dos motius pels quals recuperem aquesta història. El primer ja el vaig revelar a *Placer* nº 15, dedicat a Lovecraft, i consisteix en la voluntat d'anar «reparant» alguns dels relats antics; és a dir, la voluntat d'intentar millorar, de forma recursiva (aquí parlava de l'Ulisses i la bufanda de Penèlope per a l'hivern grec), els contes que he escrit al llarg d'aquest temps marcat pels solsticis literaris. El segon és una altra reparació, en aquest cas històrica. El fet és que la inspiració pel diàleg entre els dos amants del relat foren, precisament, dos personatges de Némirovsky. ¿No es reconeix, una mica, a Gabriel Porte, en el paper del maltractador? En fi, no cal furgar més la ferida, el que volia era, almenys, que es reconegués la intenció. I aprofitar per recomanar al lector, altra vegada, que si no ho ha fet ja, si us plau, no deixi de llegir *Suite francesa*.

FLOTOGRAFÍAS

Está usted presente ante la nueva entrega de la saga Flotografías. Quizá la entrega con la que se han acabado de pagar los fórceps. Ahora ya se pueden dar por amortizados y seremos testigos de cómo la permanencia se torna ganancia. ¿Lo han visto? Nuestra lápida es de oro. Esta entrega de Flotografías, quizá una de las más bellas, es otro hito en la tangencialidad de nuestro destino. Hemos renunciado a las imágenes del París de entreguerras y el ocupado por los nazis, también al semidestruido y al horrorizado. Hemos renunciado a las trágicas referencias holocaustales y a sus variados monumentos conmemorativos. Hemos renunciado a la ironía, y a pesar de nuestra desesperación, hemos renunciado a ser una mierda efectista de fácil digestión (sí, esto va por *Jotdown*). Tras nuestra renuncia (así nos referimos al robo con violencia en la neolengua que representa y promulga *Placer*) a todo aquello que nos podía sacar del embrollo que significa pretender tener algo de dignidad, nos hemos decantado, como el vino por la barbilla, por ofrecerles una muestra más o menos representativa de las vanguardias artísticas aplicadas a la fotografía de principios de siglo xx (el bueno, para los más nostálgicos). Supongo que estarán al caso de todo eso que tras la Primera Guerra Mundial y su absurda atrocidad para consigo mismo del ser humano, se instala la idea de la falta de sentido de todo en general y el absurdo que representa una existencia en común abocada a la autodestrucción. Si no estaban al caso, ya lo están, pero sepan que es la última vez que asumo responsabilidades sobre su comprensión del devenir de los tiempos. Dichas ideas, como un calimocho (síntesis) moribundo de romanticismo (tinto cartón) y modernidad (cocacola), da grandes alegrías en general (a los pequeños burgueses) sobre todo mientras hay hielo (los años veinte) en el congelador (Alemania), y en su inocencia (borrachera), desborda la funcionalidad del ser (la supervivencia a través de la autoconservación) para sublimarlo en algo peor (nosotros) pero inmensamente más bello (esta entrega de Flotografías). Disfruten las imágenes, deléitense, la próxima guerra está en camino, es inevitable. Disfrutemos juntos antes de empezar a matarnos de nuevo.

El saludo, 1913. Anton Giulo Bragaglia.

La Rose, 1913. Anton Giulo Bragaglia.



Marius de Zayas, 1914. Alvin Langdon Coburn.

Vortograph,1916. Alvin Langdon Coburn.

Jealousy,1927. Laszlo Moholy-Nagy.

Masques, 1930. Emmanuel Sougez.

Erotique Vilée,1933. Man Ray.

Rayograma, 1930. Man Ray.

Lonesome City Dweller,1932. Herbert Bayer.

Untitled hand, 1934. Dora Maar.

IRÈNE NÉMIROVSKY

VIVIR EN LA HUIDA (Y ESCRIBIRLO)

PARTE II

Para su sorpresa, lo primero que descubrieron Irène, su madre y *Mlle*. Rose al llegar a San Petersburgo fue que los Némirovsky, definitivamente, ya no eran aquellos pequeños burgueses de Kiev. Así lo atestiguaba el lujoso apartamento que el padre había adquirido: todo el primer piso de un antiguo hotel situado en una de las avenidas más elegantes de la ciudad. Ubicado junto a un canal del Moïka, entre el imponente conservatorio de música de la ciudad y el palacio que acababa de adquirir el influyente príncipe Yusupov —quien estaba a punto de contraer nupcias con una sobrina del zar Nicolás II—, el nuevo hogar de la familia era el propio de la nueva y pujante clase social que se abría camino en una Rusia que, en ese inicio de 1913, según palabras del padre de Irène, ahora sí, estaba inmersa de lleno en un proceso de modernización que no admitía marcha atrás, y en la que todo —petróleo, bosques, cereales y, en especial, las acciones bursátiles— se compraba y vendía con un frenesí inaudito. Con el zar concediendo más potestades a los industriales y una Europa libre de todo conflicto —salvo algún pequeño incidente en los Balcanes que no merecía mayor atención— el futuro solo podía contemplarse con optimismo.

Como si las vidas de los Némirovsky y la de la ciudad transcurriesen en paralelo, la urbe se encontraba en aquel momento en pleno apogeo y, obviamente, los padres de Irène no permanecían ajenos a todo ello. Así, una vez finalizada la jornada laboral del banquero, la familia solía destinar las veladas a ofrecer recepciones en su lujoso apartamento, reuniendo en ellas a su círculo de amistades y a las altas esferas económicas de la ciudad. En otras ocasiones, asistían a alguno de los innumerables acontecimientos culturales que tenían lugar en la ciudad, ya fuese, por citar tan solo dos ejemplos, una interpretación de *El lago de los cisnes* a cargo de la célebre bailarina Anna Pavlova o una representación del prestigioso Teatro de arte de Moscú dirigida por Konstantin Stanislavski; no en vano, coincidiendo con la conmemoración del tricentenario de los Romanov, San Petersburgo era, por aquellos días, una de las principales capitales económicas y culturales del continente.

A pesar de todo ello, Irène, al igual que *Mlle*. Rose, en pocas ocasiones pasearía por las calles de San Petersburgo con la misma alegría con que lo había hecho por las de Kiev. Ya el primer día, mientras realizaban el trayecto desde la estación de tren hasta el que sería su nuevo domicilio, al circular a lo largo de la principal avenida de la ciudad —la descomunal Perspectiva Nevski—, o al atravesar la plaza del Palacio de Invierno, dominada por la columna erigida en honor al zar Alejandro I, las dos mujeres no habían podido evitar sentirse abrumadas y añorar, por contraste, el bullicio que reinaba en los *boulevards* parisinos o el exotismo del Obélisque de la place de la Concorde, casi un juguete al lado de la imponente columna alejandrina. Para colmo, casi todo en San Petersburgo parecía imbuido de un halo trágico: la columna en cuestión, por ejemplo, no venía sino a conmemorar la victoria de las tropas rusas sobre las francesas en una guerra no tan lejana, mientras que la monumental plaza en la que se erguía, por una de esas ironías de la historia, no era otra que aquella que, en 1905, tan solo unos pocos años antes de que la familia Némirovsky llegase a la ciudad, había sido el epicentro del Domingo sangriento en que el ejército había abierto fuego contra una muchedumbre que, precisamente, se manifestaba pidiendo para Rusia muchas de las medidas recogidas en la *Déclaration des droits de l'homme*.

Con todo ello, si la imagen que Irène, ávida lectora desde bien pequeña, se había formado de la ciudad antes de llegar a ella, respondía a las lecturas de los textos de, entre otros, su admirado Gogol, y, en especial, de Pushkin; cuando, unos años después, abandonase la ciudad, la recreación hecha por Dostoyevski, en *Crimen y castigo*, de los ambientes húmedos y claustrofóbicos de San Petersburgo, le parecería mucho más ajustada a la realidad. Así, a pesar de los bellos rincones que descubrió en la ciudad y los buenos momentos pasados (en especial, en los jardines monumentales y en el inmenso mercado al aire libre de Gostinni Dvor, en cuyas más de doscientas paradas se podían encontrar productos llegados de todas partes y oírse todas las lenguas del inmenso imperio Ruso), probablemente, una de las escenas urbanas que más impactó a la niña fue aquella que ofrecía cada año el río en primavera. Con la llegada de los primeros días de calor, Irène y *Mlle*. Rose, como tantos habitantes de la ciudad, se acercaban, expectantes, al margen del Nevá para asistir al fenomenal espectáculo que iba a suceder en cualquier momento: tras largas semanas en que el río, a su paso por la ciudad, no era sino una uniforme placa de hielo, súbitamente, llegaba el día en que esa quietud quebraba, dando lugar a unas colosales estructuras de hielo que, tras erguirse brevemente luciendo sus caprichosas formas y colores, acababan engullidas por las mismas aguas que las habían engendrado. Solo entonces, cuando el telúrico estruendo finalizó y los espectadores se alejaron, Irène y *Mlle*. Rose fueron testigos de cómo, de lo más profundo del río, emanaba un súbito hedor: tras los fastos con que había empezado la jornada, finalmente afloraba la materia en descomposición mantenida oculta durante meses.

En junio de 1914, el asesinato, en Sarajevo, del archiduque austriaco y heredero al trono austrohúngaro, Francisco Fernando de Austria, a cargo de un joven nacionalista serbio, supuso la fisura definitiva de esa Europa que el padre de Irène, solo un año antes, creía inmersa en una duradera era de paz y prosperidad, y que se iba a fragmentar definitivamente en dos bloques antagónicos. Como los colosos de hielo del Nevá, dos monstruos iban a erguirse frente a frente en el continente a lo largo de cuatro años tras los cuales solo permanecería el olor a putrefacción.

En el inicio del verano de 1914, sin embargo, el ambiente en Rusia era, todavía, de cierta tranquilidad y se confiaba en que, difícilmente, Alemania pudiese lanzar a su ejército contra las tropas rusas (al fin y al cabo, estrechos lazos familiares vinculaban al káiser y al zar, que llevaban años manteniendo estrecha —y casi, afectuosa— correspondencia en la que, firmando cada uno como Willy y Nicky, limaban las asperezas geopolíticas que afectaban a sus respectivos países; todo ello, en un perfecto inglés —circunstancia que no debe sorprender demasiado si se recuerda que el parentesco que ambos mantenían, también, con la familia real inglesa). Por otro lado, el primer ministro francés, Poincaré, se había desplazado casi de inmediato a San Petersburgo, y su desfile junto al zar a lo largo de la Perspectiva Nevski ante los vítores del pueblo hacía evidente la solidez de la entente francorusa. Sin embargo, contradiciendo todas estas expectativas, el 1 de agosto, Alemania declaró la guerra a Rusia.

Los convulsos acontecimientos que se sucedieron en los siguientes meses ilustraron a Irène acerca de lo volátil e impredecible que puede resultar el destino de una sociedad. Una sociedad, la rusa en este caso, en la que, con el inicio de la guerra, súbitamente se esfumó cualquier atisbo de división interna: de la noche a la mañana, huelguistas y opositores al régimen en general (ya fuesen socialistas, marxistas o anarquistas) desaparecieron de la escena pública, tras décadas de desafío permanente al régimen zarista. Así, el 2 de agosto, como una gran familia, la ciudadanía de San Petersburgo (denominada Petrogrado a partir de ese momento para hacer patente la «desgermanización» del país) asistió de forma espontánea y masiva a los diferentes actos convocados por el zar. Irène y su familia, no fueron una excepción y la futura escritora comprobó como, a veces, literatura y vida pueden llegar a confluir: inmersa como estaba en la lectura de *Guerra y paz*, poco le costó identificar en el encendido y patriótico discurso pronunciado por el zar Nicolás II, las claras referencias al pronunciado en 1812 por Alejandro I, y que Tolstoi había recogido en su obra.

Irène, en ese momento, era ya era casi una adolescente. Provista de una vasta cultura, gustaba de leer —además de los textos propuestos por sus instructores— toda la prensa que tenía a su alcance y luego contrastar sus opiniones con su padre, quien siempre le reservaba un rato para ello a pesar de andar cada vez más atareado (a sus actividades en el banco y la bolsa había sumado su incorporación al Comité de industria de la guerra, creado para optimizar la industria armamentística del país. De forma parecida, muchas de sus más estrechas amistades se iban integrando en las diferentes asociaciones a través de las cuales, la sociedad civil buscaba ejercer su influencia, ya fuese en la Duma o en los círculos próximos al zar). A pesar de que el padre tratase de no inquietar en exceso a Irène, esta no tardó en tomar conciencia de la delicada situación del país: más allá de las noticias que recogía la prensa acerca de la evolución de la guerra y de las proclamas oficiales, bastaba con salir a la calle y observar la presencia creciente de soldados maltrechos, famélicos y mutilados, para hacerse una idea de cuál debía ser la realidad en el frente, mientras que las, hasta hacía poco inéditas, pero cada vez más largas colas ante las paradas del mercado de Gostinni Dvor daban fe de la situación de desabastecimiento en que se empezaba a sumir la ciudad. Era evidente que el descontento social no tardaría en ponerse, de nuevo, de manifiesto; en efecto, al poco tiempo, las huelgas y barricadas volvieron a aparecer en la ciudad, por primera vez desde el inicio de la contienda. En esta ocasión, sin embargo, la oposición a la

→

figura del zar se vio acrecentada por la omnipresente e intimidatoria presencia de la figura de Rasputín y los rumores crecientes acerca de su influencia, tanto en el entorno más íntimo del regente como en las impopulares decisiones políticas que este iba adoptando: encarcelamientos masivos de los opositores, negativa a suavizar —como proponía la Duma— las medidas restrictivas en relación a la comunidad judía (aunque ello respondiese, no tanto a motivaciones de tipo moral como a la voluntad de asegurarse el apoyo de las potencias aliadas, en cuyos gobiernos, la influencia judía era más relevante) y, sobre todo, la destitución al mando de las fuerzas armadas del gran duque Nicolás Nikoláyevich, tal vez el último miembro de la familia del zar que aún mantenía el favor del pueblo, tanto por sus victorias en el campo de batalla como por su talante más aperturista en lo referente a las medidas políticas.

Si la inquietud de Irène iba en aumento, lo mismo sucedía en el caso de *Mlle*. Rose respecto a la situación en su país y, en particular, al estado de su sobrino, enrolado desde el inicio de la contienda y del cual su familia no había vuelto a saber nada. Finalmente, tras mucho meditarlo, y ante la certeza de que, en breve, ello iba a dejar de ser posible, la institutriz se subió a uno de los últimos trenes que, en 1916, partió de Petrogrado en dirección a París. Tras casi una década juntas, Irène y *Mlle*. Rose no tendrían la opción de reencontrarse nunca más, a pesar de que la joven, durante los años siguientes, le enviase multitud de cartas explicándole sus vivencias y los acontecimientos de su país. Cuando los Némirovsky finalmente llegasen a París en 1919, Irène se aprestaría a dirigirse a la dirección donde esperaba hallar a su antigua institutriz, pero solo hallaría un solar en el que debía empezarse a reconstruir un inmueble derruido y nadie sería capaz de darle la menor indicación sobre el nuevo paradero o el estado de salud de su amiga.

La decisión de facilitar a *Mlle*. Rose su regreso a París no tardó en revelarse como la más acertada ante el ambiente cada vez más enrarecido de la capital y los rumores crecientes de posibles complots contra el zar y su familia. De hecho, el año finalizó con el asesinato de Rasputín, del cual, Irène y su familia prácticamente fueron testigos accidentales: al producirse en el palacio del príncipe Yusupov, del cual eran vecinos, no es del todo improbable que Irène o sus padres se despertasen, la noche del crimen, al oír alguno de los cuatro disparos que el príncipe y sus amigos aristócratas precisaron para acabar con la vida del coloso después de que la dosis de veneno que le habían suministrado previamente se revelase del todo insuficiente. Finalmente, el cadáver del monje siberiano pasaría, arrastrado por las aguas del Nevá, por delante de la casa de los Némirovsky.

Al día siguiente, las muestras de júbilo al conocerse la noticia se sucedieron por toda la ciudad, pero Irène —tal vez influida por la manifiesta inquietud de su madre ante la posibilidad de que la Ojrana, la policía zarista, se personase en el domicilio para investigar la eventual implicación de la familia en el crimen acontecido la noche anterior— no consiguió sentirse implicada. Sin embargo, este aparente congraciamiento entre el pueblo y el entorno del zar fue efímero y, ya en las primeras semanas de 1917, se produjeron diversos altercados al finalizar el que sería el último acto multitudinario que, con motivo de la visita a la ciudad por parte de diversas delegaciones extranjeras, protagonizó Nicolás II.

A lo largo del mes de febrero, los habitantes de Petrogrado debieron hacer frente a unas temperaturas excepcionalmente bajas y un desabastecimiento que ya no afectaba solo a los barrios de la parte baja sino al conjunto de la ciudad. Con ello, las manifestaciones se fueron haciendo cada vez más frecuentes, pudiéndose observar, por primera vez, cómo se incorporaban a ellas miembros de la pequeña burguesía: en un ambiente casi festivo, los conductores de los tranvías detenían sus vehículos y unos y otros —conductores y viajeros— se incorporaban a las movilizaciones ante la inusitada pasividad de la policía y los cosacos. Poco a poco, se acrecentaba la certeza de que una revolución estaba en marcha y, a pesar de las dudas acerca de qué nuevo equilibrio de fuerzas se establecería, el padre de Irène, fiel a su natural optimismo y a su confianza en la nobleza del carácter ruso, confiaba en que los cambios se darían sin derramamiento de sangre. Con el pasar de los días, los hechos parecerían darle la razón y así, el 24 de febrero, el puente que comunicaba la ciudad con la isla de Vasílievski (adonde Irène, en ocasiones, había acompañado a Maroussia, su nueva cuidadora, descubriendo, así, las condiciones de insalubridad y hacinamiento en que malvivían la familia de esta y las de los millares de obreros que abastecían las fábricas de la ciudad; escenas que, aun recordándole las vistas, años antes, en el barrio judío de su Kiev natal, todavía la habían impactado más); el puente, decíamos, amaneció abarrotado por millares de obreros que, enarbolando banderas rojas y cantando *La Marsellesa*, se aprestaban a discurrir a lo largo de la Perspectiva Nevski hasta alcanzar la plaza Známenskaia y confluir con los obreros llegados de los otros suburbios, pero también, con buena parte de los habitantes de la ciudad. Así, al final de la jornada, unas doscientas mil almas abarrotaban la plaza. En las jornadas siguientes, las escenas se repitieron, cada vez más multitudinarias y, para sorpresa de unos y otros, ante la inconcreción, tanto de la postura de la Duma, como, sobre todo del zar, la relación entre los manifestantes y las diferentes fuerzas del orden (policía montada y cosacos), fue pasando de la inicial desconfianza mutua a una progresiva confraternización. Finalmente, tras tres días de creciente efervescencia, el 27 de febrero, se produjo la llegada de un regimiento armado a la plaza del Palacio de Invierno que, como en los días anteriores, se hallaba abarrotada de manifestantes. Si en un primer momento se hizo el silencio ante el temor a una posible carga, de repente, sin que nadie pareciese ordenarlo y, casi de forma espontánea, se abrió un pasillo humano por el que los integrantes del regimiento accedieron hasta el palacio: a los pocos minutos, la multitud estallaba en cánticos de júbilo al observar cómo el pabellón imperial era sustituido por una bandera roja.

Irène, que durante todos esos días había permanecido recluida en el domicilio familiar —pero que se mantenía al caso de todo gracias a lo que le iba explicando Maroussia— decidió en ese momento desobedecer las instrucciones recibidas y, ante la indolencia de su madre, salió a la calle para acudir corriendo al siguiente punto neurálgico donde se iba a dilucidar buena parte del futuro del país y donde sabía que se encontraba su padre: el palacio Tauride, en el que se hallaban reunidos los miembros de la Duma. Como Irène, toda la ciudad parecía confluir hacia allá; en el interior del palacio, desde hacía horas, todo eran titubeos y deserciones hasta que, finalmente, uno de los miembros más influyentes, Alexandr Kerenski —el líder de la corriente socialrevolucionaria— tomó la iniciativa de abrir las puertas y salir al encuentro de la muchedumbre para anunciar la formación de un Comité provisional. Mientras —como luego le explicaría su padre a Irène— en otra sala del mismo palacio, socialistas de una corriente más revolucionaria —junto con anarquistas y bolcheviques— se reunían para constituir el primer Soviet. El 1 de marzo, tras unos últimos y torpes intentos por parte del zar Nicolás II de revertir la situación por la vía de la fuerza y de proponer, posteriormente, en unas negociaciones llevadas con no mucha más habilidad, una posible abdicación, el zarismo se vio definitivamente apartado del poder tras cinco siglos dirigiendo el imperio Ruso.

Sin duda, ello significaba un vuelco en la historia del país, y la esperanza —cuando no, la euforia— se adueñó rápidamente de una ciudadanía que, con el fin del zarismo, confiaba en que no tardaría demasiado en concretarse un futuro mejor. El propio padre de Irène, en ese momento presidente del Consejo del banco de la Unión de Moscú y miembro del Consejo de la banca privada de comercio de Petrogrado, así lo contemplaba y, como en un pasado no tan lejano, en el domicilio de los Némirovsky volvieron a darse largas veladas en que se debatía sobre las mejores opciones para enderezar la situación del país y encauzar nuevas medidas de modernización. Mientras, de forma tan rápida como sorprendente, la ciudad parecía recuperar la normalidad: los restaurantes recuperaban sus comensales, las salas de cine volvían a llenarse de espectadores deseosos de ver las últimas películas llegadas de América y, en los teatros, podía asistirse —como hicieron Irène y su padre para celebrar el catorceavo cumpleaños de la joven— al estreno de obras como la última comedia del célebre dramaturgo francés Sacha Guitry (curiosamente, Guitry, aun siendo francés, había nacido precisamente en San Petersburgo durante la larga estancia de sus padres, también dramaturgos, en el teatro de San Miguel de la ciudad y, por una de esas conjunciones de azares que a veces se dan, años más tarde, desempañaría un papel importante en la biografía de la familia).

Sin embargo, en paralelo a estas escenas de normalidad recuperada, no eran pocas las señales que alertaban sobre su fragilidad. No en vano, la guerra continuaba y, por mucho que la prensa procurase ocultarlo, se sabía que cada vez eran más los regimientos enteros que desertaban y que, aquellos que no lo hacían, contaban por millares sus muertos, heridos o prisioneros. La inflación y la situación de desabastecimiento de las principales ciudades del país, por su parte, lejos de mejorar, iban en aumento y las consiguientes tensiones sociales que ello causaba, se traducían en episodios de saqueos en las propiedades rurales y en un número creciente de crímenes contra miembros de la burguesía cuyos cuerpos aparecían desnudos en las calles de los núcleos urbanos.

En el terreno político, a medida que pasaban los meses, se hacía cada vez más evidente la lucha de poder y la dificultad de llegar a acuerdos entre los Soviets y el Gobierno provisional encabezado por Kerenski y, si en julio, una primera tentativa de golpe de estado por parte de los bolcheviques fracasó, forzando la huida de Lenin a Finlandia, el 25 de octubre, las tornas cambiarían definitivamente: la ciudad despertó con los cañones del acorazado Aurora apuntando hacia el Palacio de invierno, señal inequívoca de que Trotski y

→

Lenin, regresado de incógnito desde el país vecino, se habían hecho con el control de la guarnición de la ciudad. Finalmente, Kerenski y sus ministros se vieron forzados a huir y, la noche del 26 de octubre de 1917, el Congreso de los Soviets aprobaba los decretos que establecían la formación de un nuevo Gobierno provisional: el Consejo de comisarios del pueblo, con Lenin como presidente.

Para la familia Némirovsky, ya hacía meses que era evidente que su futuro estaba ligado a la puesta en marcha de las medidas propuestas por los Gobiernos de Lvov y Kerenski y, si la madre, ya hacía semanas que no salía del domicilio por miedo a sufrir alguna agresión, con la llegada al poder de los Soviets, se hizo perentoria la necesidad de abandonar la ciudad en la que habían vivido los últimos cuatro años. Así lo hicieron partiendo una fría mañana de noviembre en un tren de transporte de ganado en dirección a Moscú, ciudad en la que los Soviets aún no se habían hecho con el control y donde el padre confiaba poder establecer nuevos planes de futuro.

Como suele suceder con casi todo aquello que acontece cuando uno tiene quince años, el paso de la familia Némirovsky por Moscú, si bien fue más breve de lo esperado, no por ello careció de trascendencia en el futuro de la escritora. De hecho, prácticamente desde el primer día de la aventura moscovita, Irène dio muestras de algunos de los rasgos de su personalidad que, en adelante, mejor la definirían. Si bien el padre había reservado dos habitaciones en el lujoso hotel Metropole mientras buscaba un alojamiento definitivo para la familia, para cuando esta llegó a la ciudad, el clima de violencia ya se había generalizado por todo Moscú y el director del hotel decidió esconder a sus huéspedes (en su mayoría, familias en la misma situación que la de Irène) en los sótanos del edificio. Ahí pasaron tres largos días, temiendo el asalto del hotel por parte de los bolcheviques mientras afuera el estruendo de los obuses solo se detenía para dejar lugar a los disparos de los francotiradores. Como si se tratase de un oscuro presagio o un sarcástico entrenamiento para lo que el futuro le depararía, Irène consiguió sobrellevar la situación desarrollando una asombrosa habilidad para alternar los momentos de abstracción en que se sumergía en la lectura de algún libro con aquellos en los que ponía toda su capacidad de atención al servicio de una, tan lúcida como compasiva, facultad de observación del comportamiento humano. Así, no perdería detalle de cómo, especialmente en situaciones tan excepcionales como pueden ser las que propicia una reclusión forzada, con el paso de las horas, las relaciones de afecto y de poder se van modulando —tanto en el seno de las familias acomodadas como entre los empleados del establecimiento y, por supuesto, entre ambos grupos (desgraciadamente, desde ese momento y salvo en los contados y cortos periodos de tiempo en los que le sería concedido el privilegio de disfrutar de la vida con despreocupación, a Irène le esperaba un futuro en el que ya no podría permitirse el lujo de prescindir de estas habilidades aprendidas en el sótano del hotel moscovita).

Al tercer día, los bolcheviques asaltaron el hotel, concediendo un plazo de quince minutos a sus ocupantes para abandonarlo, ya que pensaban instalar ahí la sede del Comité de Guerra. Por suerte, el padre de Irène ya había conseguido alquilar un apartamento a la madre de un oficial alistado. Aunque modesto y algo lúgubre, el domicilio contaba con la ventaja de tener un pequeño patio interior y, para alegría de Irène, la mujer había decidido mantener la biblioteca de su hijo. En ella, Irène descubrió algunos de los que pasarían a ser sus libros de cabecera el resto de su vida (los cuentos de Guy de Maupassant y, en especial, *El retrato de Dorian Gray* de Óscar Wilde); durante las primeras semanas, ante la violencia que imperaba en las calles y la absoluta apatía de su madre, se sumergió en su lectura sin prácticamente salir del apartamento. Más tarde, cuando la situación lo permitió, Irène aprovechó para dar algún paseo y descubrir la ciudad, siempre acompañada de Teodosia, la empleada de hogar que había sido contratada por su padre. Como la mayoría de moscovitas en aquel momento, la mujer no escondía su manifiesta aversión hacia los bolcheviques y las reformas que estos proponían, y estaba firmemente convencida de que, con la ayuda de Dios, el zar conseguiría recuperar el poder y devolver el orden. Ignorando el origen judío de la familia Némirovsky, se santiguaba cada vez que oía citar el nombre de Lenin o antes de ponerse a limpiar la fachada del inmueble, para eliminar las pintadas que los revolucionarios habían realizado la noche anterior. La mujer se encariñó rápidamente de Irène y, cuando unas semanas después, Assia sorprendió a todos presentándose en el domicilio anunciando que abandonaba su vida de estudiante burguesa en París para vivir en primera persona el triunfo de la Revolución, Teodosia, poco dada al disimulo y movida, tanto por una punzada de celos provocada por el júbilo mostrado por Irène a la llegada de su tía como por su aversión a las ideas revolucionarias de esta, no escondió su enojo.

A pesar de los recelos de la cuidadora y de lo incierto de la situación, durante los meses siguientes, Assia e Irène recuperaron el hábito de recorrer las calles de Moscú como lo habían hecho en San Petersburgo tiempo atrás. Tan pronto podían frecuentar los bares y cafés donde se citaba la intelectualidad, como adentrarse en la catedral Uspensky donde los obreros, soldados y chequistas que el día anterior se manifestaban profiriendo cánticos de muerte contra la burguesía y la aristocracia, hoy celebraban, junto a estos, la Pascua rusa, orando todos juntos por la resurrección de Cristo.

Mientras, la Historia seguía su curso a su alrededor: en marzo, Trotsky, después de largos meses de negociaciones y luego de comprobar que la revolución obrera, contrariamente a lo que esperaban los bolcheviques, no se extendía al resto de Europa y que las deserciones eran casi la norma entre las tropas rusas, firmaba el Tratado de Brest-Litovsk por el que Rusia, a cambio de la paz, perdía buena parte de sus territorios; en julio, los socialistas revolucionarios trataban de recuperar el poder en Moscú, pero su golpe era detenido de forma violenta y, al poco tiempo, toda la familia del zar y su entorno eran asesinados en su retiro siberiano de Ekaterimburgo. A pesar del fervor revolucionario de Assia, este último acontecimiento inquietó especialmente a Irène. Poco dada a experimentar sentimientos de odio y de espíritu más bien reflexivo, la joven no conseguía identificarse con causa alguna que supusiese el sacrificio de toda una generación: ya se tratase de un joven soldado, mal armado y famélico abatido por las balas enemigas en el frente de guerra o de un adolescente hemofílico que precisase ser asesinado junto a toda su familia en una pequeña localidad siberiana antes de que su enfermedad acabase con él. Para Irène, que por entonces empezaba a escribir, a escondidas, pequeños poemas, no había patria ni ideal social que justificase tales sacrificios.

Mientras tanto, el padre de Irène —como la mayoría de hombres de negocios de su medio— optaba por apoyar económicamente al nuevo Gobierno aportando grandes sumas a las empresas nacionales con la confianza puesta en que la modernización por la que llevaban tanto tiempo suspirando sería posible en la Rusia postzarista. Sin embargo, la realidad parecía poner cada vez más en entredicho sus esperanzas: al fracaso del golpe socialista de julio se sumaban las noticias de las derrotas del Ejército Blanco en los frentes del Sur y en los Urales mientras que, en Moscú y San Petersburgo, cada vez eran más frecuentes las escenas de bacanales en los palacios tomados por las fuerzas bolcheviques y, en las calles, la presencia de la Checa —que había sustituido a la Ojrana zarista como policía política— se hacía cada vez más intimidatoria. Con todo ello, y ante el incierto devenir de los acontecimientos, el padre de Irène, sin advertir de momento a su familia, procuró a lo largo de los meses siguientes hacer llegar pequeñas cantidades de dinero a una cuenta bancaria que había abierto en Estocolmo. Finalmente, en otoño de 1918, ante la certeza de que la situación en el país iría cada vez a peor, tomó la decisión de abandonar Rusia. Procurando no causar revuelo y que nadie les oyese, reunió a Irène, su madre y a Assia en la habitación más apartada del apartamento para explicarles la gravedad de la situación y la necesidad de que, tal y como había organizado, a la mañana siguiente tomasen un tren en dirección a Finlandia, donde él las alcanzaría al cabo de unos días. Assia, como cabía temer, lo acusó de traidor y defendió que tanto ellos como sus bienes debían quedarse en el país y apoyar la Revolución; pero su tío zanjó la cuestión entregándole un billete de tren que debía permitirle desplazarse hasta su ciudad natal, Odessa, donde ya la estaban esperando sus padres. Si la joven llegó o no a tomar el tren, nadie lo llegaría nunca a saber y, cuando la familia al completo se pudo reunir un año después en Francia, nadie había vuelto a tener noticias de ella. Irène y su madre, por su parte, tras pasar toda la noche cosiendo en sus ropas pequeñas bolsas en las que esconder cuantas joyas o tejidos de valor pudiesen, esperaron, por la mañana, al momento en que Teodosia —que, con la firme convicción de los nuevos conversos, había abrazado en las últimas semanas la causa revolucionaria y se había erigido en comisaria de la zona— se hubiese ido al mercado para salir a hurtadillas del edificio y dirigirse a la estación donde tomaron el tren que debía llevarlas al país vecino. Una vez cruzada la frontera gracias a los falsos pasaportes conseguidos por el padre, a pie de estación les estaba esperando un amigo de este para trasladarlas a un pequeño hotel frecuentado antes de la guerra por las jóvenes parejas de enamorados de San Petersburgo y ahora reconvertido en albergue para las familias que, como la de Irène, huían de Rusia sin un destino final decidido.

En cierto modo, las experiencias vividas durante los meses siguientes por Irène y su madre en el pequeño albergue presentaban notables paralelismos con las experimentadas en los sótanos del hotel Metropole a su llegada a Moscú. Así, también aquí, la sensación de cobijo era del todo precaria y, más bien, predominaban los sentimientos de vulnerabilidad y provisionalidad. El estruendo de los cañonazos a lo lejos, el fulgor de los incendios en las noches o el humo de las hogueras que encendían los partisanos que rondaban por la

→

zona hacían inviable abstraerse de la guerra civil que continuaba desarrollándose a pocos kilómetros. Todo eran conjeturas acerca de cómo se estaba desarrollando la guerra en Rusia y las pocas certezas llegaban cuando los hombres, como el padre de Irène, aparecían esporádicamente en el hotel tras cruzar clandestinamente la frontera, provenientes de San Petersburgo o Moscú, a donde volvían a las pocas horas o días, para continuar organizando el exilio de las familias. A pesar de que los combates entre los Ejércitos Rojo y Blanco proseguían en numerosos puntos del país sin que el desenlace final se pudiese prever, y de que no eran pocos los que estaban convencidos que la firma del Armisticio con las potencias centroeuropeas comportaría la intervención de las fuerzas aliadas —como, de hecho, así parecía indicarlo el despliegue de 40.000 hombres de la flota francesa en Crimea—, cada vez eran más los que, como el padre de Irène, pensaban en un exilio definitivo en Inglaterra, Francia o Estados Unidos como la mejor opción de futuro para sus familias.

Mientras ello no se resolviese, un breve e inesperado paréntesis de libertad les fue concedido a Irène y al resto de jóvenes que allí se hallaban. Ante la ausencia de sus maridos (los que no estaban como el padre de Irène tratando de organizar el exilio desde san Petersburgo o Moscú, estaban en el frente, enrolados en el Ejército Blanco) y encontrándose, por primera vez después de generaciones, sin poder disponer de nodrizas, sirvientes e institutrices, las madres de familia a duras penas conseguían hacerse cargo del cuidado de los más pequeños de sus hijos por lo que los mayores, como Irène —que ahí celebró sus dieciséis años— se encontraron libres de toda tutela. Si en circunstancias normales, a esa edad, ese debía ser un tiempo de revelaciones, en su caso, y dadas las particularidades de la situación y lo vivido en los últimos años, ello aún fue más acusado.

En un inicio, Irène, dada su naturaleza, pasó la mayoría de las horas en la biblioteca del albergue leyendo los libros olvidados o abandonados por los antiguos huéspedes, pero, rápidamente, entabló amistad con el resto de jóvenes (entre los cuales, conoció a algunas de las que, con el tiempo, acabarían formando parte de sus mejores amistades) y vivió, también, su primer enamoramiento. En mayor o menor medida, todos los jóvenes compartían el sentimiento de ver revelada la fragilidad de aquellas pocas certezas que hubiesen podido adquirir hasta aquel momento (lo cual, si bien pueda ser válido para cualquier joven de quince o dieciséis años, en determinadas encrucijadas de la historia, adquiere todavía mayor relevancia) y, como búhos deslumbrados en mitad de la noche, se sentían incapaces de tomar decisión alguna respecto a su futuro. No fue el caso del primer amor de Irène: la noche después de la celebración del cumpleaños de la joven, abandonó el refugio para incorporarse al Ejército Blanco. Tras los meses de reclusión vividos en San Petersburgo o Moscú, el resto de jóvenes aún tuvo la posibilidad de disfrutar del interludio que suponía en sus vidas la estancia en el refugio. Ahora que empezaban a intuir que ya no podían confiar en la sagacidad de sus padres a los que —juzgándolos con la dureza con que se suele hacer a esa edad— tachaban de ilusos, malos previsores, o, en el mejor de los casos, indecisos, y sin ningún porvenir al que asirse, los jóvenes resolvían tomar el presente como única certeza.

En el caso de Irène, se daba la particularidad de que era la primera vez que tenía la oportunidad de compartir experiencias y vivencias con compañeros de su edad. Fiel a su carácter y vocación incipiente, no perdió ocasión de observar todo cuanto acontecía a su alrededor, si bien lo hacía guardando un cierto distanciamiento, como quien mira una película o asiste a una representación teatral. Luego, sin comentarlo con nadie, se ocupaba en redactar tres o cuatro folios cada día. En ellos, anotaba todo lo observado: no tanto con el ánimo de llevar un diario de los hechos como, sobre todo, de retratar cuanto le rodeaba; desde los detalles del mobiliario del hotel o del paisaje finés, al vestuario de los demás jóvenes o el de su madre y las demás mujeres. Sin embargo, el mayor empeño, lo ponía en la descripción del comportamiento de unos y otros y, en especial, a aventurar sus posibles motivaciones.

Ese periodo de tiempo, sin embargo, duraría poco y el padre de Irène no tardó en tomar una decisión definitiva. Así, en marzo de 1919, la familia se trasladó a Estocolmo, donde permaneció unos pocos meses antes de embarcarse rumbo a Francia. Aunque ya hacía meses que corrían los rumores acerca del final de la guerra en Europa, la firma del Tratado de Versalles no se produjo hasta el 28 de junio, apenas unos días antes de que Irène y su familia emprendiesen la travesía del Báltico y del mar del Norte por lo que, tanto en la escala que realizó en Inglaterra como a su llegada a Le Havre, en Francia, el barco en el que viajaban fue recibido al son de las fanfarrias, en medio del lógico ambiente de júbilo. Una vez alcanzada Rouen, en el estuario del Sena, la familia se trasladó en tren hasta París. A pesar de las escenas de exaltación que acaban de presenciar y la emoción del retorno a París, al presenciar la quietud y los paisajes de la *campagne* francesa, Irène no podía dejar de evocar los paisajes de su Ucrania natal y sobrecogerse con el pensamiento de los millares de cadáveres que debían esconder los campos de batalla de Verdun o de los Urales. Mientras pensaba en todo ello, antes de que el tren alcanzase la estación de Saint Nazare y, a pesar de, obviamente, no poder responderse la pregunta de cuan sólida y duradera podía ser esta nueva paz, Irène ya había tomado la resolución de no resignarse nunca más a un nuevo exilio.

Nota del Consejo Editorial: Vea el lector que aún conserve sus ojos y la salud mental que, concluida la segunda parte (¡de cinco!) de esta biografía «resumida», estamos en 1919 e Irène Némirovsky tiene 16 años. Como muchas otras cosas en esta revista, está claro que no habrá final feliz... Ante esta tesitura, y temiendo que habrá quien se cuestione si, a pesar de todo, se podría justificar (un poquito...) el uso de la violencia, y ejercer algún tipo de castigo (un poquito sádico, a poder ser...) sobre el autor de esta biografía «resumida», el Consejo Editorial ha ideado una solución; una solución que creemos puede satisfacer a todos (Consejo, autor y lector) y que podría llegar a calificarse no solo de original sino, sobre todo, romántica. El hecho es que, inconscientemente, el autor de esta biografía «resumida» ha perpetrado un documento que, por su extensión, ha dividido en cinco partes. Como *Suite francesa*, precisamente. De la cual, recuerde usted, Irène Némirovsky solo pudo escribir las dos primeras partes; y que son, obviamente, las únicas publicadas... Ya intuye el sagaz (¿y pérfido?) lector a dónde queremos llegar... Pero no piense que el Consejo Editorial es tan cruel como usted, en ningún momento hemos pensado (bueno, quizás un momento muy muy corto...) en suprimir una parte del texto de uno de nuestros autores (¡qué recuerdos, nuestros inicios, cuando fuimos mucho más intervencionistas y teníamos las tijeras de la censura mucho más afiladas! (el tiempo nos ha ablandado, sin duda...)) favoritos. En fin, que hemos optado por una solución intermedia, y que consiste en no incluir las siguientes tres partes en la revista y dejar en sus manos si desea usted continuar con la lectura (agónica y adictiva a partes iguales) de esta obra de tamaña magnitud (o tamaño). Para ello (bajo su responsabilidad (esto depende únicamente de su voluntad (aunque quizás ya es demasiado tarde para apelar a una decisión consciente))), tiene usted que ir más allá del final de este estupendo y ameno número de la revista *Placer*. El resultado de esta operación quirúrgica es lo que nos parece tan original y romántico: tanto el lector fiel como aquel que decida no continuar la lectura (este último lector no existe, por supuesto, disculpe la ofensa) observará con una sonrisa que la biografía está inacabada (acepten la licencia poética de no incluir las tres últimas partes en el documento principal y esconderlas en un anexo) y que, el Consejo Editorial, junto al autor, ha emulado la obra magna de Irène Némirovsky.

PLACER

LA ÚLTIMA HISTORIA

La chica está pálida como la nieve, pero sus ojos son vivos. Dentro del vagón número seis el ambiente es lóbrego, cargado y preñado de miedo, todo ello entre un calor insoportable. Cuando ha subido Irène no se ha fijado en ella, ni siquiera estaba cerca. Además, el asombro de todos era demasiado grande, algunos pensaban que iban a bajar, pero ha sido otra desilusión. «Pero, ¿aún van a subir más personas? ¿no ven que es imposible? ¿dónde estamos?». Al final han subido solo a cuatro o cinco personas más, que se han arremolinado hacia la izquierda. «París, parece que estamos cerca de París». Es a la chica a la que le han preguntado por alguna información más, pero ella ha susurrado que venía de Les Tourelles, y eso no podía ser. «Drancy», ha contestado otra mujer, «esto es Drancy». Ahora el tren avanza de nuevo, mucho más rápido, parece que se acabaron las paradas. Su bolsa, que agarraba con fuerza cuando salieron de Pithiviers, se ha ido deslizando hasta sus pies y se mueve con ella, que imperceptiblemente se ha ido decantando hacia uno de los extremos del vagón, cerca de los nuevos pasajeros. Estos son los únicos que aún parecen asombrados, mientras que sobre el resto la resignación va venciendo la batalla. Irène, sin embargo, aún busca algo con la mirada, va de la ventanita al techo, a los rostros de sus compañeros de viaje, al suelo, de nuevo al techo, a las rendijas de luz. Pone atención a las quejas. Aún se escuchan algunas conversaciones, pocas, y suspiros y un llanto. Los ojos de la chica pálida la han atrapado por fin. Es casi una adolescente. «¿Cómo te llamas?». No sabía que su voz iba a sonar tan rota y amortiguada entre los ruidos del vagón. Un hombre alto que increíblemente lleva una chaqueta puesta, a su lado, la ha mirado brevemente, pero estaba claro a quién se refería. Un rato después alguien se desmaya. Alguien intenta que se organicen un poco, sentarse en el suelo por turnos. Hay dos llantos ahora, uno parece de un niño. La chica e Irène se han acercado más y ahora ya pueden hablar. Es la chica la que habla e Irène la que escucha. Escuchar es ahora mismo su única esperanza. Al principio ha intentado pensar en Lucille y Benoît, pero no puede, y eso la aterroriza aún más que la propia situación. Tiene que evitar a toda costa pensar en su marido y en sus hijas, eso lo sabe. A toda costa evitar pensar en los últimos dos años, y en los últimos días. Ha empezado a repasar todos los personajes de *Suite*, ha revisitado sus notas de forma mental, nada funciona del todo. La ansiedad se le ha apelmazado en el estómago y le causa un dolor que la hace doblarse. Ha tenido que ir más atrás, hacia sus años de juventud, que es algo que le suele funcionar: repasar uno a uno todos los profesores que tuvo en la Sorbona. Pero ha acabado con todos, y desesperada ha vuelto a Finlandia, incluso a Kiev y, finalmente, a su último refugio: las pecas de los brazos de su institutriz, mientras le explicaba aquellos viejos cuentos franceses. Todo se acaba y el viaje no, ¿qué hacen el resto de los viajeros? ¿cómo lo resisten? Pensar en David Golder, ya tan olvidado, pensar en Antoinette... y entonces la ha visto y ha pensado que era ella, la propia Antoinette, la chica de la cara pálida. Le ha tenido que preguntar el nombre para estar segura de que no se está volviendo loca.

En realidad, se llama Raca y, pese a tener dieciocho años, su voz es aún algo infantil. Al menos eso le ha parecido a Irène al principio, cuando hablaban con un tono de voz normal, pero se sentían observadas y han acabado susurrando... Irène apunta mentalmente esas cosas: el tono de voz de la chica, su vestido, y las miradas del resto… ¿son de odio o de desprecio? Cuando escriba sobre todo esto debe tenerlo claro, pero tampoco puede perder mucho tiempo, ahora es más importante que Raca le cuente cosas de su vida, nota que eso le alivia el dolor del estómago (no así el de la vejiga, que está a punto de explotarle). Está oscureciendo. Le pregunta sobre su familia, dónde vivía en París, sobre el colegio, sobre chicos. Raca no es muy precisa con los detalles, pero tiene unas obvias ganas de hablar y eso es más que suficiente. Así no piensan en los gritos en alemán que han escuchado cuando el tren se ha vuelto a parar un rato (¿horas?), pero la puerta del vagón no se ha abierto esta vez. Mientras escucha tampoco piensa en los llantos, ahora más numerosos, pero más amortiguados, ni en el peso del hombre que se va apoyando sobre su espalda, ni en que podría mearse y no se notaría, pues el olor es ya insoportable.

Están cansadas. Es de día y han bebido un poco y compartido unas galletas sin hambre. Ya no hace tanto calor, o eso le parece a Irène. Se ha meado por fin, pero al contrario de lo que imaginaba ha sido una meada escasa y sí que ha notado el fuerte olor de sus propios orines, vaciados e intensificados por el inclemente sudor de las últimas horas (¿días?). Si Raca lo ha notado no ha dicho nada. De hecho, hace también rato que no la escucha con claridad, ¿o es que está callada? Irène ha empezado a dar vueltas y pensaba que no podía sacar una novela de ella, que en la vida de Raca no hay nada excepcional, exceptuando lo excepcional que es encontrarse metida en ese tren. ¿Y si se inventara un personaje para ella, un chico o un hombre mayor que la sedujera? Pero no, ella ya no quiere escribir sobre eso. Necesita una idea mejor. Cuando acabe *Suite*, o entre una y otra novela, le gustaría escribir algo realmente increíble, algo que escandalice a Michel y que deslumbre a Bernard. ¿Pero el qué? Este viaje. Por dios, no, esto lo incluirá en la tercera: *Cautividad*. Sí, seguro, de alguna forma lo incluirá. Pero ella querría algo diferente, algo... ¿fantástico? No, no, no, fantástico no, por favor, ¡qué vergüenza!

Raca está hablando de los últimos días, de su detención en París, pero Irène ya no está interesada y, desesperada, ha empezado a imaginar tramas absurdas, de esas que acaban en un beso o en una batalla. Oh, por favor, por favor, necesito algo antes de que estos calambres me hundan. Eran seis chicas, pero solo a ella se la han llevado, por ser mayor de edad, cree. Martha es la única que ha sido su amiga. Martha guapa. La más guapa era Zélie, eso sí, y además ya la conocía antes de Les Tourelles... Y luego lo de la chica de las fugas, pero bueno, vaya tonta... La historia que nos contó era... Nadie se la creía, claro... Aunque sí que había oído rumores de esas cosas, pero no como ella lo explicaba... En todo caso, Zélie era la única que se la tomó en serio, también vaya idiota... Finalmente, se ha quedado callada. El ruido del tren, el aliento amargo, el dolor en las piernas.

«Cuéntame algo más sobre esa chica que se fugó», dice Irène. Raca contesta: «Bueno, ya te digo que es un poco raro...». «Cuéntamelo», dice Irène casi ahogando las lágrimas.

El tren sigue su marcha y Raca dice que está cansada y que, en realidad, es una historia que ella no se acaba de creer, que algo así no puede pasarle a una chica como ellas, que seguramente se lo inventó, que incluso ella lo explicaba de una forma un tanto rara, porque...

Es entonces cuando Irène escucha la historia más maravillosa, loca y fascinante que ha oído jamás. Ella, que ha leído hasta la saciedad, que ha escuchado tantas conversaciones en los cafés, en las reuniones de escritores, siempre atenta, que incluso en Issy-l'Évêque, en los peores momentos, se sentaba con las viejas y les preguntaba por las familias y las historias del pueblo; ella, capaz de sacarle punta al cuento de un niño, a la noticia de un periódico, de imaginar la historia de los personajes secundarios de las obras de teatro; Irène Némirovsky, nacida para observar y narrar el mundo entero, jamás se ha enfrentado a algo así. La interrumpe un momento mientras en su cabeza ya empieza a formarse la trama. Empezará por la fuga: una chica se fuga de un internado y, durante cuatro meses, en una ciudad invernal y fantasmagórica, no se sabe nada de ella ¡No! Empezará por la ciudad, generando en el lector una sensación de imposible, con una descripción de París ocupada. Una ciudad en el limbo, a la espera de algo, suspendida en el tiempo, llena de gente desconfiada y desesperada, donde tal vez todo es posible. Pero Raca se está apagando, le da agua y otra galleta. Su palidez es extrema. Hay varios desmayos más, o algo peor, y una mujer que grita sin piedad en el otro extremo del vagón. Necesita saber más, y si pudiera, ¡oh si pudiera tener ahora un trozo de papel y una pluma! Le pide que le repita los barrios, las calles, pero ahora la chica parece confusa y le da datos incongruentes y pierde el hilo. Cierra lo ojos. Nota que están muy cerca, y casi le habla al oído. La podría tomar en sus brazos para que no se derrumbe y le siga explicando. La podría abofetear para que no se desmayara. Daría igual lo que hiciera, nadie las mira ya. Está claro que necesita más detalles, al menos escuchar toda la historia de nuevo. Siente como nunca que esa historia tiene que ser contada, y que tiene que ser ella quien la cuente. Será tan maravilloso sentarse a escribir. Sí, sentarse tranquilamente en un gran escritorio, junto a la ventana con el sol de la mañana, descansada y fresca, preparada para ir montando la trama alrededor de esa chica puesta en una encrucijada de tiempo y espacio que nadie podía haber imaginado... ¡Pero tiene que conseguir más detalles! Con los ojos enloquecidos zarandea a Raca. La luz que penetra en el vagón es fuerte y grisácea a la vez. Han parado y se ha hecho un silencio espeso y suspendido. La puerta del vagón se ha abierto estrepitosamente y los instantes de calma se han convertido en una marabunta de ruidos y gritos, puertas correderas que golpean, gente que cae y maletas contra el suelo. Y perros ladrando. Irène es arrastrada hacia afuera, asida por una fuerte mano que la obliga a bajar del tren a trompicones. A su lado, un chico al que no ha visto durante el trayecto ha caído golpeándose la frente y sangra profusamente. Vislumbra las vías del tren, unos edificios toscos, una alambrada, soldados. Más ladridos. Ve a Raca a unos pasos, camina encorvada, a punto de perder el equilibrio. Corre hacia ella porque en ese momento se da cuenta que le falta un detalle, algo crucial, para la novela más asombrosa que el mundo haya visto, y que ella va a escribir en cuanto todo esto acabe. Le cuesta alcanzarla porque el barro atrapa sus botines, deja ir su bolsa, tiene frío y calor.

«¿Cómo se llama?», pregunta. Raca la mira desde otro lugar, no parece ni reconocerla. «Tu amiga, la de la fuga del internado, ¿como se llama?», insiste Irène. Nota que le está gritando por encima del ensordecedor ruido, que alguien la está cogiendo del brazo y que las están separando. «¡Dime cómo se llama!», grita. «Dora», alcanza a escuchar, «se llama Dora Bruder».

PLACER

NIT DE PLUJA

Nit de pluja i de carrers deserts.
Els arbres despullats bramulen a la fosca,
les rates en corquen la fusta podrida,
flàccides, rovellades, fartes de liti i penicil·lina.

Ombres xineses recorren els murs de la ciutat.
Soldats encartonats amb botes de ferro,
suor de peix cru, verdós i corromput,
bufor d'òxid, de buit, de fred i de vellut.

El metall xiuxiueja sota els llums groguencs.
Són robots de carn blana i escates adustes.
No comprenen pas, a les persones estranyes,
i duen armes sorrudes, per nafrar les entranyes.

Un cop sec a la porta esberla la calma,
i un esvoranc engoleix la llar càlida.
Dues nenes aferren les mans de la mare,
i ella tracta de somriure, per darrera vegada.

Els crits ofegats il·lustren la indigna desgràcia.
Els homes empenyen la mare, que no es rendeix,
de lluny acarona les nenes, amb els ulls humits.
El seu amor és més potent que cap brogit.

El temps s'esfilagarsa en petits fragments.
La cel·la és freda, estreta, obscura i llenegosa.
La mare és malalta i molt cansada,
però tracta de no oblidar la vida somniada.

Nit de pluja i de carrers deserts,
els corcs rosseguen les ànimes dels homes,
la foscor augura una redempció impossible,
però un bri de llum s'oposa a l'extinció ineludible.

LAS PARTÍCULAS ELEMENTALES

A veces (por no decir todas las veces), en esta revista (y en la vida), nos perdemos en elucubraciones estériles, que no conducen a ningún lado, y que no responden a las cuestiones verdaderamente importantes (las partículas elementales del título) que deberían preocuparnos. Observen las siguientes líneas: «En agosto de 1942, Irène Némirovsky muere en un campo de concentración a la edad de 39 años. Su marido, Michel Epstein, es asesinado tres meses más tarde en una cámara de gas. El matrimonio tiene dos hijas, Denise y Élisabeth, de 13 y 5 años, respectivamente. Las niñas son escondidas por la familia durante la guerra, y conservan el manuscrito que permitirá la publicación de la novela inacabada *Suite francesa*». Piensen ustedes durante unos segundos. ¿Qué concluyen? O, si no quieren verse tan expuestos, ¿qué creen que concluye la mayoría de la gente, después de leer los datos anteriores? Hagamos un intento: «El nazismo fue un movimiento cruel y perverso que segó la vida de millones de personas inocentes. En este caso, dejó huérfanas a dos niñas. A pesar de la desgracia, las hijas de Irène Némirovsky fueron muy valientes y permitieron que la humanidad pudiera disfrutar, después del Holocausto, de una de las grandes obras de la literatura universal; igualmente, se considera un gran infortunio que Irène Némirovsky no pudiera concluir esta obra». ¿Están de acuerdo? O, ¿hay algún otro punto que quieren añadir? ¿Y bien? De acuerdo, no quiero presionarles. Ya imagino que unas preguntas tan tendenciosas conducen inevitablemente a la sospecha. Sin duda, pensarán, el autor del artículo quiere que los lectores caigan en una trampa. Porque es imposible estar en desacuerdo con la descripción anterior. El Holocausto provocado por el nazismo es una de las mayores desgracias de la historia de la humanidad. Y la muerte de Irène Némirovsky una pérdida irreparable en la historia de la literatura. Sí, sí, de acuerdo, no se pongan nerviosos, no me olvido de las niñas, y de que el drama familiar que sufrieron, de forma tan injusta, es en verdad más importante que la imposibilidad de terminar la novela. Entonces, ¿qué? Voy a poner otro ejemplo, para que lo piensen ustedes. Se trata de un hecho verídico, pero no daré ningún nombre para respetar la intimidad del afectado. Ya les aviso que es demasiado triste, casi insoportable. La verdad es que he estado algunas noches pensando en ello, al acostarme. No puedo decir que conozca personalmente a la persona afectada, pero sí he tenido algún trato con él, y conozco a algunos de sus compañeros. Bien, allá voy. Esta persona es un investigador bastante brillante en el campo de las enfermedades neurodegenerativas. Tiene alrededor de 40 años, está casado y tiene dos hijos pequeños. Pues bien, a causa de su trabajo (ya por un accidente, por una negligencia o por lo que sea) ha contraído una enfermedad mortal. En menos de tres meses, esta persona morirá. ¿Qué se puede decir, después de esto? Efectivamente, no se puede decir nada más. Ya no estamos en 1942, la causa de la muerte es aún más arbitraria y absurda que la limpieza étnica que borró de la faz de la Tierra a más de cinco millones de judíos; pero la pérdida, para la familia de este investigador, es la misma. Esto nos conduce a pensar: ¿cuántas muertes injustas (disculpen la interrupción pretenciosa, pero esto es casi un oxímoron, ya que nunca se debería creer en una muerte justa, incluso en las peores circunstancias) ocurren a nuestro lado? Sí, son muchas. De hecho, en estos tiempos de pandemia, miles de historias parecidas a la que he contado pueden considerarse igual de impactantes. De pronto, sin ningún aviso, ocurre una pérdida irreparable. ¿Qué piensa, o cómo se comporta, alguien que va a morir, en unos días o unos pocos meses? ¿Cómo explica (si puede hacerlo) a sus hijos lo que va a ocurrir? Sí, aquí estaba la trampa. En cualquier caso, es imposible dar una respuesta a estas preguntas. Al menos para mí. Aunque, tengo que reconocer que es posible que el hecho de que tenga alrededor de cuarenta años y tenga dos hijos afecte a mi discernimiento. Y que, probablemente, el prisma con el que observo los hechos que comentamos es distinto al que pueda tener otra persona. No sé. Por ejemplo, siguiendo con el hilo de la pandemia, cuando comento con algunos amigos el tema del confinamiento, llegamos siempre a la conclusión que a nuestra edad (lo dejamos entre treinta y cincuenta) no nos cuesta mucho aceptar este paréntesis. «¡Bah, un año!», dicen algunos. Jandrus (que esta vez ha escrito la biografía, y que se encuentra en el límite superior) dijo, desde el principio: «Pues que este año no cuente, paramos todo y el año siguiente seguimos donde estábamos». En cambio, ¿cómo lo ve un adolescente, cuya vida transcurre tan rápido? ¿Y un universitario, que se lo está perdiendo todo? ¿Y una persona mayor (no voy a hacer bromas con Jandrus, ahora, no es el momento), más cerca... del fin? Así que, indudablemente, la edad y las circunstancias cuentan, y quizás por ese motivo he planteado esta digresión. O quizás no. La verdad es que cada uno ha de ser libre de plantearse las cuestiones que considera elementales en cualquier momento, y sea cual sea su condición. No me gustaría parecer pretencioso, aquí (ya lo soy en muchos otros casos), y dar la impresión que, de alguna forma, lo que quiero es dictaminar qué cosas son importantes y qué cosas no lo son. Decía en otro artículo que Irène Némirovsky (y también Doris Lessing) observaban de forma sutil la condición humana y relataban la «verdad». Ellas eran capaces de vislumbrar las partículas elementales (aquí puedo, ya, reconocer que, quizás, en un artículo bastante serio, incluso lúgubre en algún momento, no es muy acertado el juego de palabras inspirado en el libro de Houellebecq (aunque también es cierto que, precisamente, Houellebecq no haría ninguna concesión y lo escribiría todo con la máxima crudeza posible); pero sí es innegable, creo, que es una imagen de la «verdad» muy potente, y que ayuda a potenciar lo que sea que quería decir en este artículo). Y, ¿qué es lo que sea que quería decir en este artículo? Pues para ser honesto, no lo sé, pero creo que se parece bastante a lo siguiente: aunque la mayoría fallemos siempre en el intento, vislumbrar esta «verdad» debería ser lo primero, en nuestra vida.

CHÉJOV NÉMIROVSKY

Un año antes de que Antón Chéjov muriera en la Selva Negra (1904) nacía en Kiev, territorio del mismísimo Imperio ruso, Irène Némirovsky. Aunque su familia se trasladó a Francia al triunfar la revolución del ’17, y aunque la joven Irène adoptó el francés como su lengua, Irène Némirovsky fue una ferviente admiradora de la vida del gran maestro ruso. Así, no solo leyó toda su obra narrativa y sus piezas teatrales, sino que también hurgó en su correspondencia, textos perdidos y testimonios de personas que lo habían conocido, sobre todo, durante su etapa menos conocida. De esta devoción surge una maravillosa biografía que no vio la luz hasta el año ’46, cuatro años después de la muerte de su autora. Un libro cautivante y un tanto capcioso, quizás a causa de una especie de sentimiento de revancha de Némirovsky hacia el régimen que quería utilizar para sí la figura de Chéjov, del que llegó a afirmar que: «De haber vivido, habría pertenecido al Partido».

Al parecer, los hermanos Chéjov eran cinco. Antón era el del medio, por lo que tuvo dos hermanos mayores, Sacha y Nicolás, y dos menores, María y Miguel, hijos todos de una madre taciturna y cariñosa y de un padre autoritario y admirado hasta la violencia. Vivían en la ciudad de Taganrog, no especialmente reconocida por su limpieza ni por su prosperidad, aunque era uno de los puertos principales del mar de Azov. A pesar de perder la compañía de su familia a los 14 años, ya que el padre tuvo que huir a Moscú para evitar la cárcel, Antón decidió quedarse en el pueblo hasta terminar el bachillerato. En 1879, debido a que le faltaban medios para vivir, escribió unos relatos humorísticos cortos para los periódicos, bajo el seudónimo de Chejonte, hasta que un día recibió una carta del escritor Grigoróvich en la que le aconsejaba dejar el seudónimo y los relatos, y escribir «una obra de verdad bajo su nombre verdadero».

A partir de aquí, Némirovsky nos invita a pasear entre cartas y reflexiones sobre su trabajo como médico, sobre cómo contrajo una enfermedad: «He tenido una hemorragia, pero no es tuberculosa», decía en una de ellas. Pero sí que lo era, no porque lo diga yo, sino que así lo demostró el devenir. Igualmente, parece que Antón que no le dio mucha importancia, y siguió practicando la medicina y escribiendo. La tuberculosis lo acompañaría, sigilosa y traicionera, durante casi 25 años. La biografía de Némirovsky desemboca en pequeños ensayos literarios donde pone al autor ruso en relación con otros escritores. «Los críticos rusos, cuando querían complacer a Chéjov, comparaban sus cuentos con los de Maupassant. Maupassant es un artista maravilloso, injustamente desprestigiado hoy, pero hay que reconocer que sus relatos, demasiado a menudo, parecen mecanismos impecables, mientras que los cuentos de Chéjov son seres vivos, con sus defectos y sus virtudes de seres vivos: la imperfección humana y la misteriosa vibración de la vida». Irène parece haber convivido con Chéjov en la Rusia de finales del XIX, comentando sus decepciones, cuando sus obras no recibían buenas críticas, o los desencuentros amorosos con la actriz Olga Knipper, quien lo acompañó en sus últimos minutos en su lecho de muerte.

«El mundo es hermoso. Solo hay una cosa mala: nosotros». Némirovsky, a lo largo de la biografía, cita y plagia a su admirado autor, al punto de generar confusión entre sus propias palabras y las citas del propio Chéjov, a quien describe hasta el último de sus suspiros con esa misma mezcla de melancolía serena, ironía cotidiana y algo de decepción equilibrada y poco emotiva: «Una mariposa nocturna, enorme y negra, entró en la habitación en ese instante. Volaba de una pared a otra, se lanzaba sobre las lámparas encendidas, caía dolorosamente, con las alas quemadas, y retomaba su vuelo ciego y fatal», narra Némirovsky en claro tono chejoviano, «Luego, encontró la ventana abierta hacia la cálida y oscura noche y desapareció. Chéjov, entretanto, había dejado de hablar, de respirar, de vivir».

IRÈNE Y YO EN EL TREN

Dios mío... qué frío hace... debe ser el miedo. Llevo horas corriendo y mis piernas apenas me sujetan. Menos mal que he encontrado esta cafetería para esconderme. Esconderme... como siempre. Hace tanto que no me siento libre. Y solo quiero eso: ser libre. Como decía mi padre, los deseos se vuelven más pequeños a medida que crecemos. Cada vez vamos deseando menos y menos.

Malditos franceses. Aparte de los rusos, son las personas a quienes más temo. Tanto unos como otros han grabado el terror en mis retinas. Después de que estallara la Revolución rusa, tuvimos que irnos toda la familia a Moscú, donde vivimos escondidos, encerrados a cal y canto esperando que amainase el temporal bolchevique. Mi pasión por la lectura sería el bálsamo durante aquellos meses. Leí todo de Oscar Wilde, Huysmans, Maupassant y el pensamiento de Platón.

Sería en nuestra residencia de San Petersburgo donde la maldita Revolución hizo públicas sus intenciones al poner precio a la cabeza de mi padre, Léon Némirovsky. Ya no valía la pena seguir ocultándose, era más prudente huir. Y, disfrazados de humildes campesinos, con ropas raídas, emprendimos el camino del exilio. En 1919 llegamos a Francia, tras pasar meses de espera en Estocolmo. Con solo 16 años, yo ya sabía el significado de la palabra persecución. Sabía muchas cosas. Demasiadas. Mi infancia fue tan desgraciada... No, no penséis que por ser hija de uno de los banqueros judíos más ricos de Rusia, la vida me fue fácil. Mi madre se encargó de que no lo fuera.

Mamá se llamaba Faïga, pero se hacía llamar Fanny, y nunca pretendió saber lo que era el instinto maternal. El resultado es que la odiaba. Fue una madre que no se ocupó de mí, y que dejó que fuese una institutriz y varios profesores quienes me educasen. Recuerdo aquellos veraneos en que mi madre se instalaba en un gran hotel de la Costa Azul o de Biarritz, mientras el servicio y yo nos alojábamos en pensiones modestas. Papá viajaba, hacía negocios y recorría los casinos de media Europa. De ahí que, desde pequeña, dominase además del francés y el ruso, el polaco, el inglés, el euskera, el finés y el yiddish.

Siempre me gustó escribir. Desde antes de cumplir los 18 años ya había escrito relatos, cuentos y novelas. En todos mis textos, así como en mi comportamiento, dejé claro mi antisemitismo. Era judía pero no me sentía como tal. Me encontraba alejada de sus ritos y costumbres.

En 1926, en una de las muchas fiestas a las que asistí, conocí a Michel Epstein. Nos casamos locos de amor. Entre 1929 y el estallido de la II Guerra Mundial publiqué nueve novelas, muy a menudo de inspiración familiar. Mi modelo literario fue Turgueniev, de quien copié la técnica de documentación paralela o previa a la escritura. Todos me respetaban, mi marido era banquero, tenía dos hijas maravillosas. Me convertí en una autora de gran reconocimiento en la sociedad culta francesa de la época. Pero hace poco he pedido la nacionalidad francesa y me la han rechazado. Las cosas no están bien. No. Incluso me he convertido al catolicismo y he publicado en revistas de corte antisemita para intentar ocultar mis orígenes ante el auge del nazismo que amenaza Europa. Ahora, los alemanes ya están, aquí y el Gobierno fantoche del mariscal Pétain acaba de dictar un primer «Estatuto del judío». Michel se ha quedado sin trabajo y yo no puedo publicar. Me hacen el vacío acusándome de judía. Malditos colaboracionistas. Solo me queda escapar. Escapar de nuevo. Tengo que proteger las dos cosas que más me importan del mundo: mis hijas, Denise y Élisabeth, y mi obra. Acabo de terminar *Suite francesa*. He llenado esta maleta con todos mis manuscritos. Mi tesoro. Estoy esperando que lo recoja la persona a quien le he encomendado también las vidas de mis hijas, para que las esconda en Niza. Mis hijas se salvarán y salvarán de la quema mi obra.

No quiero dejar de pensar porque mientras lo hago es como si el mundo se parase y, si dejo de pensar, el mundo seguirá su curso y la maldad volverá a asustarme. Recuerdo cuando era pequeña y me gustaba acercarme a la ventana y ver atardecer. Siento aún la luz rosada tornándose a azul para teñirse de negro en poco tiempo.

Ahora, mi oscuridad está llena de ruidos de bombas y, aunque sospecho que mis huesos arderán en cualquier campo de exterminio nazi, habrá valido la pena por mantener mi vocación literaria. No me arrepiento. He seguido el camino que yo misma elegí, por más espinoso que fuera, porque no entiendo la vida sin el derecho a desarrollar mis capacidades mentales y mi libertad como mujer. Porque no sé si mi vida será corta y trágica, no lo sé. Pero es mi vida. La que yo he construido con mi esfuerzo y mi inteligencia, sin ayuda de nadie.

PLACER

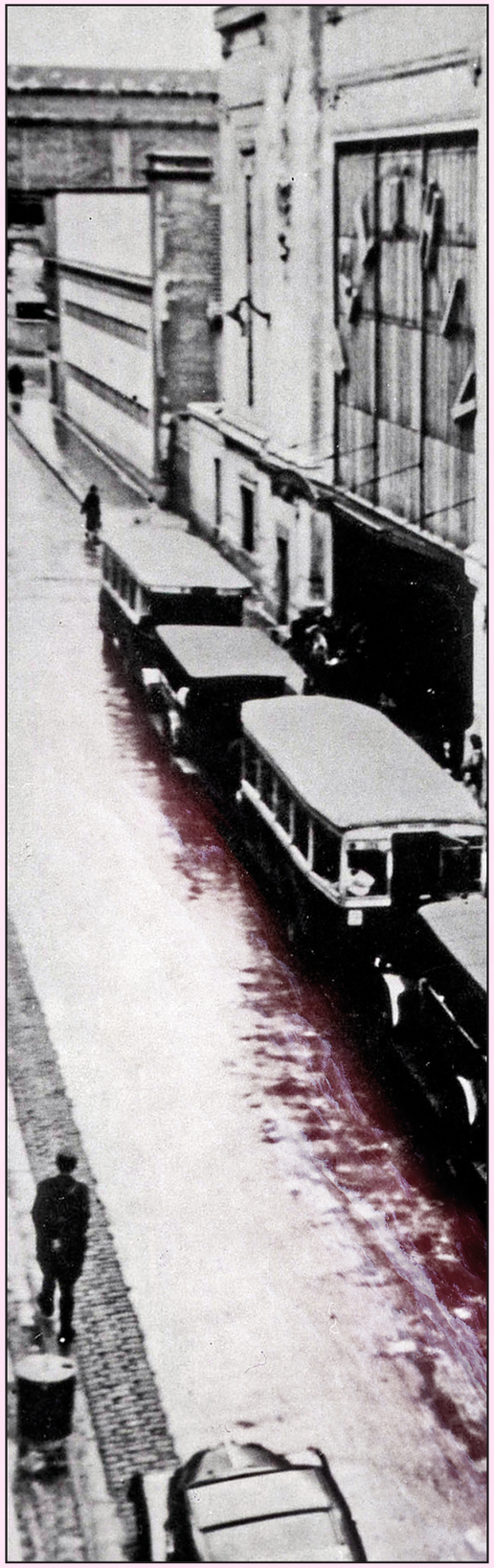
HAY QUE LEER MÁS A IRÈNE

IRÈNE NÉMIROVSKY. LA ESCRITORA INTEMPORAL

«Tengo tu futuro en mis manos», pensó sonriendo el gendarme francés cuando golpeó con la culata de su arma la puerta de la residencia de Irène Némirovsky. Una mujer delgada, con los huesos marcados bajo una piel pálida y amarillenta, con un canoso pelo recogido en un tímido moño y un vestido gastado, abrió la puerta y lo miró a los ojos. La sonrisa del gendarme desapareció y una hosca expresión se apoderó de su rostro. «Está desarmado», pensó Irène. Y tenía razón, el alma del gendarme estaba desarmada ante tanta humildad y resignación. De un fuerte tirón la cogió del brazo y sin mediar palabra la arrastró hacia el camión donde más judíos como ella se apretaban los unos contra los otros, de pie, pisándose, sudorosos y sin un solo lamento. La hicieron subir a empujones y cuando el camión se alejaba de su casa, unas lágrimas ardientes se deslizaron por sus mejillas al contemplar cómo su pasado y su presente desaparecían al ritmo del traqueteo de ese camión que la transportaba a una muerte segura. Atormentada por el futuro incierto al que se enfrentaban sus hijas y su marido, murió asesinada al poco tiempo en el campo de exterminio de Auschwitz por tifus, en condiciones infrahumanas e insalubres. Era el año 1942. Tan solo tenía 39 años. Quién sabe si sucedió así. Quizás no, o tal vez sí. Quién sabe si vio en el rostro del gendarme francés que la detuvo a su personaje Kurt Bonnet de «Dolce», justificándolo, comprendiéndolo. Quién sabe.

Nacida en Rusia en el seno de una familia acaudalada, Irène Némirovsky tuvo que huir del país que la vio nacer para instalarse definitivamente en Francia, país que hizo suyo y al que amó. En Francia conoció a su marido Michel Epstein (asesinado en Auschwitz el mismo año que Irène), y donde nacieron sus dos hijas Élisabeth y Denise. La obra de Irène Némirovsky fue redescubierta en el siglo XXI tras la publicación de su novela inconclusa, *Suite francesa* (2004), que fue llevada al cine en 2014. Sin embargo, la autora fue reconocida y admirada durante su vida desde la publicación de *David Golder* en 1929. Su editor, Grasset, un hombre megalómano y con una potente visión publicitaria, la proyectó en los mejores ambientes literarios, ya fueran de izquierdas o de derechas; más adelante, por crueldades que el destino reserva, fue también quien la delató y lanzó a las garras de los nazis.

Sus novelas, casi todas ellas con tintes autobiográficos, te acercan a su vida, a su desdichada infancia y adolescencia y, lamentablemente, a su final; en cómo la vivió y sobre todo cómo la sintió. Lejos de sentirse resentida con su entorno, lo analiza y lo justifica. En *El baile*, una adolescente dolida se venga de su despiadada madre, «pobre mamá». En *Los perros y los lobos*, en el mismo año en el que a la comunidad judía se le asignaba una condición social y jurídica inferior, escribe: «Hay que tener un corazón más desprendido. Ante la vida tienes que ser como un acreedor generoso, no como un ávido usurero». En *Suite francesa*: «Nunca se acaba de conocer a nadie»; quizás por todos aquellos que la delataron y le dieron la patada cuando más los necesitaba. Su objetiva sensibilidad ante lo que la rodea, le permite incluso excusar una realidad que le va en contra y que la humilla. En su corta vida publicó trece libros y, póstumamente, se publicaron ocho más. Todos ellos coinciden en la misma firma estilística; que Irène tiene y conserva desde prácticamente su primer relato. Utiliza con destreza el método indirecto, describiéndolo todo con exquisito equilibrio entre lo que ve y siente. Su estilo, preciso, concreto y elegante, permite que la narración fluya a través de diálogos y escenas. Llegar a este grado de maestría narrativa no es fácil. Su tenacidad y laboriosidad la ayudan a conseguirlo. Hábil observadora, Irène Némirovsky se sienta en su jardín y contempla con ojos asombrados todo lo que pasa a su alrededor: desde la silenciosa araña que teje su red con alma matemática al pausado pero inalterable desenlace de esa flor que estalla en pétalos de mil colores, o a esa mujer que con sus zapatos taconea la acera, «¿en qué estará pensando?», se pregunta, «tiene el entrecejo arrugado y sus labios



son una fría arista en medio de su rostro marcado por esa nariz aguileña que parece oler los rincones más alejados», o a ese anciano que con pasos cortos, harmoniosos y mirada cabizbaja aparta con su bastón una piedra diminuta que se interpone en su camino. Sonríe. «Todavía tienes energía en tus brazos», piensa. Quién sabe si son/fueron así esos momentos en los que Irène observa. Cuando observa y escribe. Así lo reflejan sus notas, donde deja constancia de lo que ve y siente.

Irène se divierte convirtiendo en un rito imprescindible el crear a sus personajes como si los hubiera visto nacer y crecer. Los conoce y los ama tal como son, sin prejuicios. No solo los describe físicamente, sino que los descompone psicológicamente para que podamos interactuar con ellos, amarlos, odiarlos y sobre todo comprenderlos. Los coloca como actores en escenas pensadas milimétricamente para obtener el resultado que desea. Les hace hablar, les hace andar, les hace abrir una ventana o cerrar una puerta, con gestos o palabras sencillas que llenan de significado todas sus obras. Te presenta a sus personajes para que los descubras, a veces sin aviso y otras poco a poco, párrafo a párrafo, frase a frase, siendo ellos quienes te introducen en la escena dotándola de sentido. «No». Así de rotunda empieza *David Golder*, donde su personaje principal es presentado con una sola palabra, con un acto de negación. De forma parecida, en *Suite francesa* Irène describe la lucha de clases entre una rancia aristocracia y una burguesía nacida de un campesinado en apenas tres líneas: «Mira Amaury —le había explicado la vizcondesa a su marido—, yo no puedo creer que entre ellas y yo exista una diferencia esencial. Por mucho que me decepcionen, porque no te imaginas lo groseras y mezquinas que pueden llegar a ser, sigo buscando alguna luz en su interior».

Los personajes de Irène se enlazan unos con otros en una línea temporal donde no hay nada al azar y todas las partes se complementan formando un todo comprensible bajo un ritmo unificador. Al igual que las notas musicales en una *suite* lo consiguen, Irène casi lo alcanza con *Suite francesa*, de la cual solo completó dos partes («Tempestad» y «Dolce») de las cinco que pretendía escribir. Una Francia colaboracionista con el nazismo no se lo permite. «¡Dios mío! ¿Qué me hace este país? Ya que me rechaza, observémoslo fríamente, miremos cómo pierde el honor y la vida. Y los otros, ¿qué son para mí? Los imperios mueren. Nada tiene importancia. Si se mira desde un punto de vista místico o desde un punto de vista personal es lo mismo. Conservemos la cabeza fría. Hagamos el corazón más duro. Esperemos», escribe en sus notas. *Suite francesa* es su gran y último reto. Está convencida que de la misma forma que «solo la música es capaz de abolir las diferencias de idioma o costumbres de dos seres humanos y tocar algo indestructible en su interior», sus escritos también podrían hacerlo. Vuelca en su novela toda su pasión estilística, como el describir incluso aquellos sonidos que no podemos percibir: «... la sorda explosión de las semillas al germinar» y las constantes comparaciones entre el ser humano y el mundo animal: «Habitualmente, su rostro tenía una expresión impávida y desconfiada, como la de un viejo gato que ronronea junto al fuego. [...] Después de todo, se decía, aquellas grandes migraciones humanas parecían ordenadas por leyes naturales, los pueblos necesitaban desplazamientos periódicos masivos como los rebaños las trashumancia».

Recuerdo encontrarme con Irène en un quiosco, cerca de casa, un día cualquiera, ya tarde, en el que me quedé sin lectura y sabía que la iba a necesitar. Paseé la mirada leyendo en diagonal diferentes contraportadas. Me atrajo la atención una en la que se destacaba entre sus líneas: «Novela excepcional escrita en condiciones excepcionales (Ediciones Salamandra)». Ojeé por encima sus páginas y, por demasiado tiempo, me detuve en un capítulo. No recuerdo cuál. No importa. En ese instante me conquistó a través de su neutral y noble mirada hacia un mundo al que perdonó y ante una humanidad que la decepcionó. Sin palabras, quedé atrapada en las suyas. El mismo año de su muerte dejó escrito: «No olvidar nunca que la guerra acabará y que toda la parte histórica palidecerá. Tratar de introducir el máximo de cosas, de debates... que puedan interesar a la gente en 1952 o 2052». Acertó. *Suite francesa* es una obra intemporal.

AVANT LA SUITE:
À LA RECHERCHE DE LA VÉRITÉ

Sin duda, *Suite francesa* es la novela más reconocida de Irène Némirovsky, a pesar de que no vio la luz hasta muchos años después de su muerte. Como hemos comentado (reiteradamente), uno de los aspectos que elevan esta obra mayúscula es la profundidad de la mirada de la autora, que es capaz de retratar la naturaleza/miseria humana, tanto de los derrotados como de los vencedores, con precisión milimétrica. El hecho es que, probablemente (aquí hay que volver a insistir que las consideraciones que se defienden en esta revista suelen ser/son de una osadía e inconsistencia absolutas), a pesar de la situación tan compleja en la cual intentó escribir la novela, la autora había llegado a su madurez, a la excelencia en lo que se refiere a su escritura. Porque, hay que decirlo, es posible que *Suite francesa* sea el culmen no culminado de su trayectoria literaria, pero, ya antes (el *avant* del título), había mostrado su maestría y sus obras conquistado a los lectores, recibiendo por ello un justo reconocimiento en vida.

De entre sus otras obras, un servidor solo ha leído tres: *El maestro de almas*, *El baile* y *David Golder*. Hace unos días revisé las fechas de su edición, y debo decir que me sorprendió que la «más reciente» fuera *El maestro de almas* (1939); *David Golder* (1929) y *El baile* (1930) son anteriores. Debo reconocer, por otra parte, que no recuerdo demasiado *El baile*, que leí hace mucho, pero sí tengo bastante claras en mi memoria las otras dos novelas, *El maestro de almas*, que leí el pasado verano y *David Golder*, que terminé hace unos pocos días. Así, trataré de explicar el motivo de dicha sorpresa «comparando» (aclaro aquí que en *Placer* no se abunda en la literatura comparada, ente otros motivos porque no sabemos exactamente en qué consiste) estas dos novelas. A ver si soy capaz de exponer correctamente el motivo del artículo (como siempre, un poco demasiado tarde, quizás). Si el lector leyó atentamente el primer párrafo verá que afirmo (con esa tendenciosidad y seguridad falaz que caracteriza este tipo de artículos de *Placer*) que *Suite francesa* podría considerarse el final del trayecto literario de Irène Némirovsky (me refiero, obviamente, a que eleva su escritura al máximo nivel; nada que ver con el desgraciado hecho de que no consiga terminar la obra). De esta forma, debería suponerse que, durante su carrera, la autora fue perfeccionando su escritura, poco a poco, alcanzando a cada obra un nivel superior. Y, en cambio, para mí, *David Golder* está muy por encima de *El maestro de almas*, y no muy lejos de *Suite francesa*.

Bien, está claro que el anterior es un juicio personal, muy subjetivo y, además (y no solo de momento), no fundamentado. Por otra parte, el lector podría argumentar, con razón, que no es infrecuente que las obras iniciáticas de muchos autores se encuentren entre las mejores, o incluso que nunca sean superadas, posteriormente. Me viene a la cabeza, ahora, Javier Marías, que ahora ya no consigo leer y que, en cambio, tiene en *Los dominios del lobo* una obra brutal. Luego, no sé, Salinger y *El guardián entre el centeno* no debe contar, como tampoco *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee. En fin, ahora no se me ocurren más ejemplos, pero el hecho es que esta idea de primera obra maestra, más inocente pero también más auténtica, parece bastante arraigada. Sí, el dominio del lenguaje, de los tiempos, y yo-qué-sé-qué-más, será siempre mayor al cabo de unos años de experiencia; por lo que, en verdad, la comparación entre obras escritas en distintos momentos de la vida de un escritor debería basarse, fundamentalmente, en un aspecto poco cuantificable que, de alguna forma, como se razona en otro artículo de este número, tiene que ver con la «verdad», un concepto ciertamente muy complicado de explicar.

El caso es que, cuando intento comparar *David Golder* y *El maestro de almas*, es en el primero cuando observo esa «verdad», tan inasible. No sé exactamente cómo explicarlo. Por ejemplo, en *El maestro de almas* percibo que la historia del médico pobre y de origen árabe que trata de labrarse un futuro, y que finalmente se convierte en un charlatán, es un tanto forzada. Cierto es que abarcar toda una vida y que todos los pasajes tengan el mismo peso no es sencillo. Tampoco tengo claro que la edición que leí tuviera la mejor de las traducciones (ahora no lo tengo en mi mano para contrastarlo, pero en algún momento no me acababan de cuadrar algunas frases). Pero, en cualquier caso, al margen de que, al menos para mí, la historia no fluya siempre con la misma intensidad, el hecho es que solo en algunos momentos (por ejemplo, cuando el médico concluye que está atrapado: es rico pero consciente que su trabajo y algunas de las prácticas poco éticas que lleva a cabo son a causa de tener que mantener el tren de vida que lleva (el cual, por otra parte, es necesario para poder seguir siendo rico)) se observa esa «verdad». En cambio, todo en *David Golder* es «verdad». Sí, la mujer, tan interesada, puede parecer una caricatura, también la hija, pero no hay duda que David Golder, desde su primer no hasta el último (poco antes de su caída definitiva), emana «verdad»; esto es, emana autenticidad y, de alguna forma, descubrimos que sus revelaciones son universales. Sí, David Golder es un empresario judío, duro, tacaño, enfermo y viejo, muy distinto a lo que podemos ser nosotros (lo digo por mí, al menos, y por el lector tipo de *Placer*, creo), pero todo lo que se muestra de la naturaleza humana, tanto lo bueno como lo malo, forma parte, también, de nosotros (sí, esta es, sintetizada muy torpemente, la «verdad» a la que intentaba referirme). Y, justamente, ahora que lo pienso, quizás lo más extraordinario de *Suite francesa* es que todos los personajes transmiten esa «verdad».

Y, ¿entonces? A ver, vamos a revisar los postulados/hipótesis y posibles soluciones que se han ido desgranando a lo largo de los párrafos anteriores. Por una parte, se afirmó de inicio que *Suite francesa* es la gran obra de Irène Némirovsky, y que lo que escribió antes, de valor innegable, podría considerarse, por otra parte, como una especie de entrenamiento. Luego, se presentó un argumento contradictorio, esto es, que, en verdad, en una de sus primeras obras (*David Golder*) ya habría alcanzado esa supuesta cima, ya que el personaje principal de esta obra consigue que nos identifiquemos con su humanidad, con sus virtudes y sus defectos, a lo largo de todo el relato. Y, finalmente, para terminar, surgió una revelación: en *Suite francesa* se alcanza la «verdad» de forma completa, esto es, desde todos los puntos de vista, desde el prisma de cada uno de los personajes de la novela. No sé, no sé ustedes, pero yo no me atrevo a concluir nada. Quizás lo mejor será apoyarse en nuestro Presidente (el de la asociación literaria, obviamente), amante de las listas literarias (como ya sabrán, si leyeron los números anteriores), y que separaría (con su orden característico) a *David Golder* y *Suite francesa* en categorías distintas (siendo la primera una novela corta), y por tanto no susceptibles de ser comparadas. ¿Qué tal? Ya... Bien, no intentaré defenderme ahora, es demasiado tarde. Ya estamos más cerca del Duodécimo Solsticio, por lo que párrafos y párrafos de mentiras y necedades no desaparecerán a pesar de que muestre algo de arrepentimiento (que tampoco es el caso, la verdad (y esta sí que es «verdad» de la buena)).

EL DESENCANT D'UN MÓN QUE S'ACABA

Irène Némirovsky es va plantejar *Suite francesa* com una composició en cinc parts, una sèrie de cinc novel·les en mil pàgines, però només en va arribar a escriure dos, menys de quatre-centes pàgines. N'hi quedaven tres més per fer, però la van enviar a un camp de concentració nazi. El juliol de 1942 la van detenir i va anar a parar a Auschwitz, on va morir. Sembla impossible, però el manuscrit va quedar oblidat durant més de cinquanta anys, fins que el 1998 una de les seves filles el va trobar i es va publicar l'any 2004. La troballa converteix *Suite francesa* en una novel·la escrita sobre el present dels primers anys de la Segona Guerra Mundial però que s'acaba llegint amb la perspectiva de sis dècades més tard. I impacta la força d'un testimoni com aquest per la sobrietat del to en què es narren uns fets que quan van ser escrits tot just s'estaven vivint.

Potser per això a *Suite francesa* no hi ha èpica ni dramatismes. Hi ha altres coses: desencant davant d'un món decadent que s'acaba i, alhora, una calma i una cruesa a l'hora de mirar el món i explicar-lo que sorprèn. La novel·la explica una època clau de l'Europa del segle XX: comença a París, on descriu el clima d'incertesa que s'hi respirava els dies previs de l'ocupació alemanya, en què milers de famílies surten de la capital francesa amb cotxe o a peu. La primera part de la novel·la és la fugida. I amb la narració de com els francesos procuren fugir mentre els alemanys van ocupant el país, es veu també com cau un món que havia imperat fins aleshores.

Però no hi ha espai per la nostàlgia a la *Suite francesa* de Némirovsky, potser perquè és molt conscient de la magnitud del que està passant i del que està narrant. Segurament per això hi posa certa distància, que li permet descriure un context històric complex aterrant-ho a partir de personatges concrets i de com cadascú es relaciona amb la seva vida quotidiana, a través de les pors i temors marcats per la situació del moment però també a partir dels neguits de cada personatge que van més enllà del dia a dia. D'alguna manera, l'escriptora fa un tractat, també, de la condició humana, situa misèries i grandeses personals en un context límit, on tot plegat adopta una dimensió més tràgica. Aquesta incapacitat per transformar-se i mantenir un esperit mundà desespera el personatge del jove Hubert, que observa com: «El mundo se derrumbaba, ya no eran más que escombros y ruinas, pero ellas no cambiaban. Criaturas inferiores, que no tenían ni heroísmo ni grandeza, ni fe ni espíritu de sacrificio».

Però just a l'inici de l'obra, Némirovsky a l'hora d'explicar el que passa ja avisa també de cert escepticisme general de la gent davant de les catàstrofes imminents: «El día anterior, lunes 3 de junio, por primera vez desde el comienzo de la guerra habían caído bombas sobre París. Sin embargo, la gente seguía tranquila. Las noticias eran malas, pero no se las creían». Un escepticisme col·lectiu que es transmet de generació en generació, segurament, per supervivència a l'hora de no voler adonar-se del cataclisme quan ja pràcticament és al damunt.

Si «Tempestad en junio» és la fugida, la segona part se centra en l'amagatall. A la primera part, el focus està més fixat en un context més coral, amb més personatges que intenten entendre i situar-se en el que els toca viure. Hi ha més gent, més caos, més soroll. En canvi, a «Dolce», la segona part, Némirovsky situa la trama en un petit poble que ja està ocupat pels alemanys i explica la història de la Lucille, que té el marit pres, i viu amb la seva sogra en una casa on s'allotja un soldat alemany, Bruno von Falk, amb qui viuen una història d'amor. Una segona part més pausada, on hi tornem a trobar crítiques a una societat burgesa que ha viscut guardant les formes, però també reflexions sobre el sentit de l'amor o el fet de ser o sentir-se estranger.

De fet, aquesta crítica a la societat burgesa la trobem tant a la primera part com a la segona, i també val la pena subratllar com també situa la mirada en el paper de les dones: «Los privilegios, las exenciones, los enchufes, todo eso era para los burgueses, pensaba ella. En el fondo de su corazón había capas de odio que se superponían sin confundirse: la de la campesina que instintivamente detesta a la gente de la ciudad, la de la criada cansada y amargada por haber vivido en casas ajenas y, finalmente, la de la obrera, porque durante aquellos últimos meses había sustituido a su marido en la fábrica. No estaba habituada a aquel trabajo de hombre, que le había endurecido los brazos y el alma».

PLACER

Però més enllà de situacions concretes, a més d'aturar-se en personatges, detalls precisos i situacions concretes que permeten entendre una situació molt més general, Némirovsky és capaç d'alçar la mirada i recórrer a la natura, per parlar en realitat de tot el que passa, de tot el que ens passa. Hi ha la guerra, els mons s'acaben, però sempre torna la primavera. Ho fa parlant de l'aire de primavera a la segona frase de la primera part, «Tempestad en junio», però també just a l'últim capítol d'aquesta part, on parla de com de durs han estat els hiverns dels dos primers anys de la guerra i ho fa servir com a metàfora per explicar més coses: «En el campo nada había cambiado; la gente esperaba. Esperaba el final de la guerra, el final del bloqueo, el regreso de los prisioneros, la llegada del buen tiempo». Un recurs que també fa servir al final d'aquesta part, a l'hora d'expressar la desesperació per una guerra que no s'acaba, a partir de la tristesa infinita d'una dona del camp que té quatre fills i el marit pres, com s'enfada amb els consells de la gent que li repeteix que tot s'acabarà i que el marit tornarà. Ella no s'ho creu, igual que no pot entendre com la primavera ja no arriba: «¿Cuándo se había visto semejante tiempo en marzo? El mes estaba a punto de acabar y la tierra seguía helada, helada hasta el corazón, como ella». Preguntes simples per explicacions complexes.

Però *Suite francesa* no s'acaba amb la segona part d'una composició inacabada. Just després de «Dolce», hi ha els apèndixs amb notes reveladores de l'autora, datades mentre escrivia les dues primeres parts d'una novel·la que s'imaginava que tindria mil pàgines. A les notes hi trobem pistes del que s'endevina durant la novel·la: el desencant amb una societat que s'enfonsa. i també hi trobem entusiasme a l'hora de construir una novel·la que pugui explicar el que està passant, el que està vivint, i sobretot que perduri. Ho deixa clar amb un revelador: «No hacerse ilusiones: no es para ahora». I ho remata amb un: «No olvidar nunca que la guerra acabará y que toda la parte histórica palidecerá. Tratar de introducir el máximo de cosas, de debates... que puedan interesar a la gente en 1952 o 2052».

Som a 2021 i l'aparent distància que agafa Némirovsky per escriure *Suite francesa* connecta amb uns lectors que saben més coses que l'escriptora en el moment dels fets. Que saben que qui descriu com es desmorona un món concret, acabaria morint al poc temps a Auschwitz. Espanta pensar que aquestes pàgines van passar més de cinquanta anys oblidades. I posa la pell de gallina llegir segons quines reflexions escrites per algú que va viure els fets en primera persona. I que no va poder sobreviure per explicar-los tots. Llegir *Suite francesa* és un privilegi i és fer justícia a la memòria d'Irène Némirovsky.

LA ANÉCDOTA DE UN MANUSCRITO

Entre los inconvenientes de escribir esta anécdota como quiero, el mayor al que me enfrento es que no sé bien quién es el protagonista, el eje central de la historia. Sus intérpretes se me antojan todos esenciales, imprescindibles y, a la vez, sus voces se entrecruzan en una conformidad que no existe más que en mi fabulación.

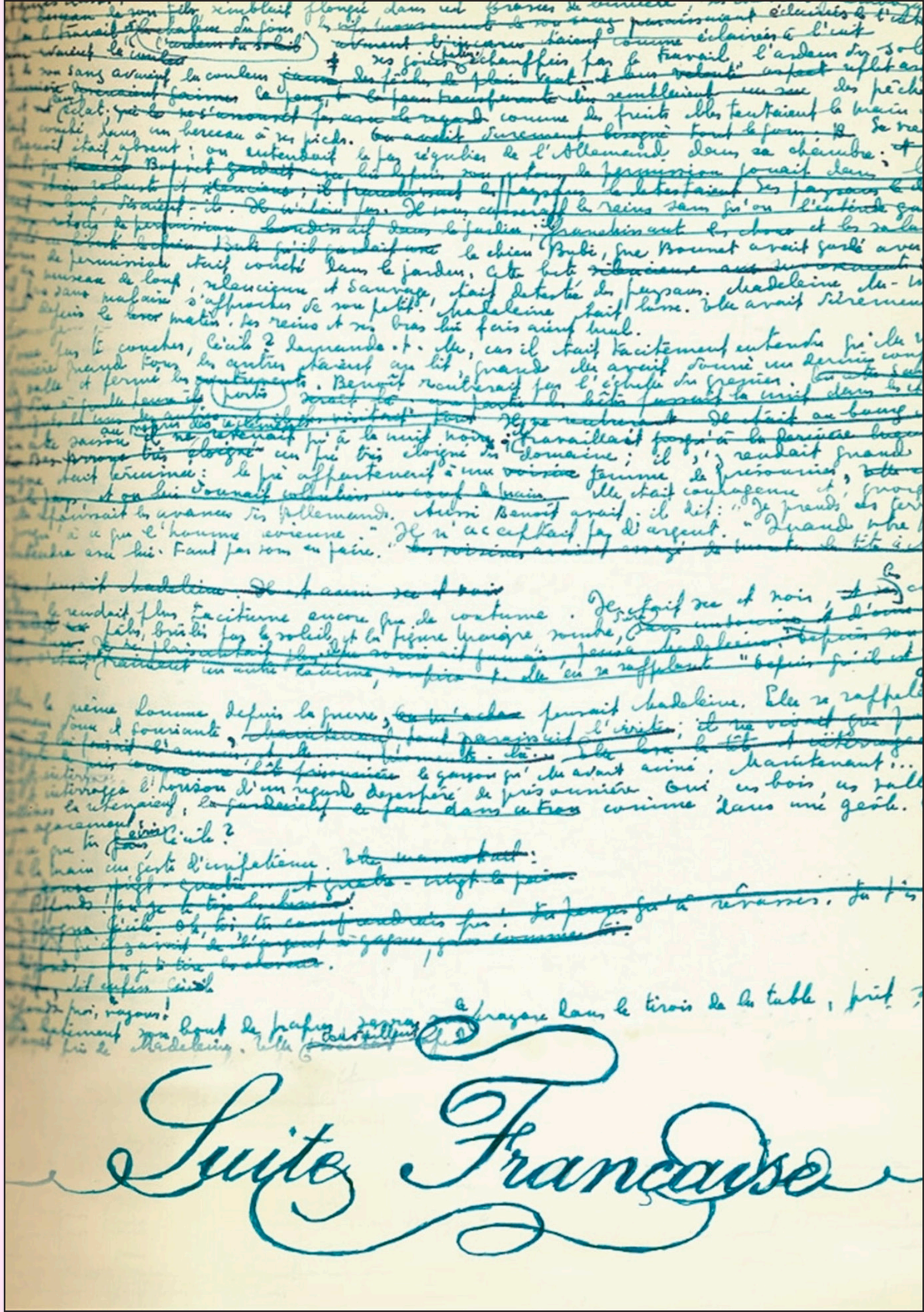
Cuentan las paredes que, en las noches oscuras, en el sitio más sórdido de la historia del siglo xx, ella daba vueltas sobre un vetusto colchón maloliente. Cada vez me cuesta más y más hilar las ideas, sé lo que quiero decir, pero no puedo; si al menos hubiera aquí algo para grabar mis pensamientos, para materializar los recuerdos, aunque de forma imprecisa y desorganizada... Si pudiera acordarme de los últimos días en la Borgoña con Michel y las niñas, ese verano del '42, pero no, por más esfuerzo que haga solo recuerdo el montón de papeles desordenados que dejé en un baúl en alguna habitación de la casa, algunos de ellos con tantos tachones que parecen más un dibujo que las páginas sueltas de una novela, algunos numerados, otros atados con un cordel de algodón, que no resistirá el paso del tiempo. Quien pueda algún día topar con ellos no sabrá qué hacer sin mis instrucciones y, a este paso, jamás podré dictarlas.

«Me voy de viaje, colaborad con vuestro padre, pronto nos veremos», dice. Pero sabe que no será así, aunque no imagina que no volverá a verlas nunca más, ni que abandonará sus papeles, su trabajo, o que morirá en menos de un mes. Y mucho menos que su esposo también correrá la misma suerte, ese año. Piensa que es una detención inoportuna y equivocada, que las presiones internacionales lograrán liberarla, y que podrá escapar de Francia y de toda esta pesadilla. La cuadra en la que se aloja huele a muerte y suena a lamentos nocturnos, no hay constancia de que haya hecho relaciones durante el breve martirio. Pasa desapercibida entre las sombras, que la ayudan y la acompañan en un anonimato que es colectivo. Cuentan las paredes que en las mañanas cálidas de ese verano del '42 no había sonrisas en los andenes de la estación de trenes donde sus hijas iban cada día a esperar que su madre asomara en la ventana de un vagón, confiadas y desamparadas. «Guarda esta maleta», recuerda Denise. Recuerda la voz de Irène, y también recuerda que el beso que le da a Élisabeth es más largo y cariñoso que el suyo. Es la pequeña, es la más frágil, es la que no carga con el legado de su madre. Será un diario, piensa, pero no abre la maleta. «Volveré pronto, pero pase lo que pase cuida de tu hermana y de esta maleta», dice. Alta y señorial se retira sin forcejeos, escoltada por la policía del régimen. Parece que es ella quien obliga a los funcionarios a caminar, quien les marca el camino. «Sé quién soy, sé que es un error, no haré el papel que quieren».

Difícilmente esta anécdota pueda ser más real y más dura. Puedes imaginar a esas dos chiquillas yendo y volviendo de la estación, siempre esperanzadas en un sentido y siempre frustradas en el otro, viendo cómo su padre busca, en vano, complicidades, apoyos, amigos que le ayuden a encontrar a su mujer; sin saber que ya está muerta, que posiblemente el tifus o la tristeza han podido con ella, y que esa búsqueda lo acerca a él mismo al mismo destino, a una cámara de gas. Puedes imaginar la responsabilidad de cuidar la maleta de la madre que ya no está ¿Qué será de mis palabras, de mis personajes, de mi mundo imaginario? Si un día me pasa algo... Sé que algo me pasará. Cuántos años habrá que esperar para abrirla, cuánto es el tiempo de espera cuando lo que uno espera es una certeza tan contundente como la vida, como la continuidad con vida de tu propia madre.

Irène está segura de sí misma, tanto que entregó su primera novela de manera anónima, a riesgo de perderlo todo con tal de no sentir el rechazo por ser extranjera y mujer. Sabía que la calidad de su obra despertaría la curiosidad del editor antes que su avaricia, y así fue. Pero las niñas son pequeñas y necesitan de la ayuda de una maestra, que las esconde un tiempo hasta que logran escapar y encontrarse con su abuela Fanny, la madre de Irène. La abuela las recibe sin contemplaciones (tampoco había tenido muchas con su hija), y las envía a un orfanato. Necesitan tiempo para entender que el legado que llevan consigo es mucho más que un puñado de páginas de una madre segura y bienintencionada. Durante mucho tiempo, Denise no se atreve a abrir el manuscrito. Le trae recuerdos muy dolorosos. Así, muchos años después, junto a su hermana Élisabeth, decide donarlo al Instituto para la Memoria de la Edición Contemporánea, no sin antes mecanografiarlo, para conservar los recuerdos de su madre. Poco a poco, al ir descifrando las palabras con la ayuda de una gran lupa, empieza a aparecer ante sus ojos no un diario íntimo, como ella esperaba, sino un sobrecogedor y lúcido retrato de la ocupación alemana de Francia en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial.

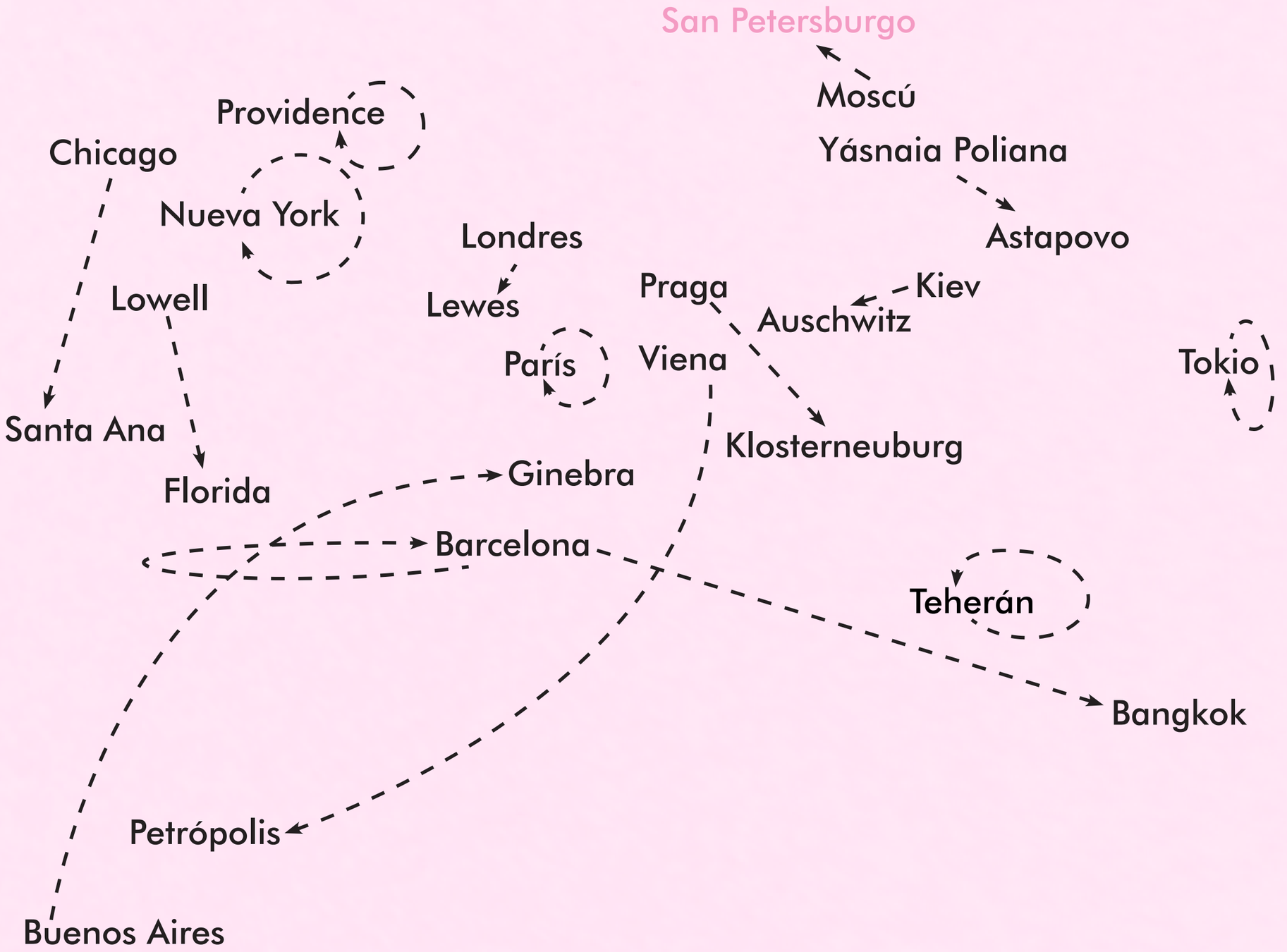
Existen pocos casos en los que una novela resulta tan fascinante como la vida de su autora y su familia, y como la anécdota del propio manuscrito. *Suite francesa* es uno de ellos.



PLACER

VIAJES DE GOZO Y PLACER

En algún momento del tiempo (Tiempo Placer, se entiende), ya avisamos que volveríamos a viajar a uno de los peores momentos de la historia de la humanidad. La última vez, el bueno e inocente Stefan Zwieg acababa de suicidarse junto a su esposa, convencido de que Hitler dominaría el mundo, y decidimos zarpar en un ballenero, lejos de todo, a perseguir a nuestros demonios. Pero ya lo escribimos, una escritora imprescindible esperaba nuestro regreso. El retorno ha valido la pena, creemos. Era imposible hacer justicia a Irène Némirovsky —y menos teniendo en cuenta nuestros múltiples malogros previos—, pero sí pensamos que, aunque de forma tangencial, hemos conseguido honrar un poco su recuerdo. ¿Y ahora? ¿Qué hacemos después de Némirovsky? ¿A dónde vamos después de Némirovsky? ¿Cómo continuar después de la barbarie, después de la trágica muerte de esta mujer? La verdad es que, como dijimos en el prólogo, ya hace unos pocos solsticios que la duda corroe nuestras mentes. Ya hace más de doce meses que observamos con cierta (¿sorprendente?) lucidez que nuestro recorrido punteado a lo largo del globo está cerca del final. Némirovsky no es, pues, el único motivo. Al fin y al cabo, ya hace tiempo que el Consejo Editorial se hundió en el barro. Al principio chapoteamos alegremente, luego nos relajamos y tomamos un baño con el que suavizar nuestra piel, tan sensible (éramos Cleopatra y Marco Antonio, éramos Antoninus y Craso en el *Espartaco* de Kubrick, éramos Dioses del Olimpo) y, demasiado tarde, descubrimos que el barro se secaba y que sería imposible salir. Cualquier movimiento comporta ahora un esfuerzo titánico. ¿Cómo imaginar, entonces, otro viaje de gozo y placer? Pero no teman (o no lo celebren demasiado pronto). No solo algunas deudas quedan pendientes en el elenco de autores placerificados; hay un hecho que muchos tacharán de turbulenta insensatez, unos pocos de indescifrable inteligibilidad, y los más acérrimos de consecuente preclaridad. Hay que llegar, aunque sea a rastras, a un número que perturbe durante un instante el tejido del espacio-tiempo, y que se obre el milagro (ver prólogo) que todos esperamos. En fin, al fin, el fin está próximo. De momento, en lugar de ballenas, nos vamos a cazar mariposas. Y luego...



CRÉDITOS

«Lo que separa o une a la gente no es su lengua, sus leyes, sus costumbres, sus principios, sino la forma en que sujetan su cuchillo y tenedor».

PLACER

emana de la asociación

La Mordida Literaria

y en este número han participado:

Jandrus (*Biografía*)

Vicente Martínez (*Las variaciones Epstein*)

Pedro Vizán (*Irène se atreve* y *La última historia*)

Yasunori-I (Ilustración *El darrer acte*)

Esteban Barbaria (*Chéjov Némirovsky* y *La anécdota de un manuscrito*)

Emy Luna (*Irène y yo en el tren*)

Rosa Jiménez (*Hay que leer más a Irène*)

Carme Verdoy (*El desencant d'un món que s'acaba*)

Carme Ribas (Conseja ortográfica)

Marcos Pérez y Víctor Fernández-Dueñas (Lo demás)

Consejo Editorial:
Víctor Fernández-Dueñas y Marcos Pérez

placer@lamordidaliteraria.com

ANEXO BIOGRÁFICO

IRÈNE NÉMIROVSKY

VIVIR EN LA HUIDA (Y ESCRIBIRLO)

PARTE III

Sumido en plena postguerra, triste y exhausto, el París que Irène y sus padres encontraron a su llegada, en casi nada se asemejaba a la ciudad que recordaban de su estancia en 1912. Tan solo el 14 de julio, la ciudad pareció recuperar cierto brío con motivo del entusiasmo suscitado por el desfile presidido por los mariscales Joffre y Foch. Sin embargo, Irène —que acudió sola a contemplarlo, ante la incapacidad de su madre para sacudirse la abulia de encima— no pudo evitar un escalofrío al rememorar escenas similares de fervor popular, que había presenciado en Kiev y San Petersburgo. El padre de Irène, por su parte, una vez más volvió a dar muestras de su capacidad para sobreponerse a las adversidades, por lo que, gracias a sus gestiones, desde el primer momento la familia pudo disponer de un más que conveniente apartamento al lado de la *place du Trocadero*. En lo sucesivo, subyugado como estaba por las enormes oportunidades de negocio que el país ofrecía, tenía planeado desplazarse con asiduidad a los Estados Unidos, pero antes faltaba consensuar cuál sería el futuro de Irène y su madre. La madre solo deseaba recuperar la vida mundana de la que había disfrutado en la *Côte d'Azur* en 1912 y se mostraba contraria a que su hija retomase sus estudios, confiando en un matrimonio no muy lejano, tal vez con el hijo de algún miembro de la nobleza rusa también exiliado en París. Irène, por su parte, aún sin dar noticias de su vocación literaria, se mostró firme en su voluntad de reemprender sus estudios con el objetivo claro de obtener el bachillerato y poder, así, cursar una carrera universitaria. Ante tal tesitura, el padre, que no veía con malos ojos la posibilidad de que su hija se licenciase en Derecho, decidió finalmente brindarle esta oportunidad y, si bien ella hubiese preferido incorporarse a algún *Lycée* donde relacionarse, como lo había hecho durante la breve estancia en Finlandia, con chicos y chicas de su edad, la joven se vio envuelta de un pequeño ejército de instructores con los que debía tratar de recuperar el tiempo perdido durante la guerra y la huida de Rusia. Una vez cerciorada de la imposibilidad de contactar con la añorada *Mlle*. Rose, la familia puso al mando de la instrucción de Irène a *Miss* Matthews, ante la importancia que el padre otorgaba a que Irène adquiriese un dominio de la lengua inglesa similar al que ya disponía del francés (así, con los años, Irène llegaría a dominar perfectamente el ruso, el francés y el inglés, siendo también notables sus conocimientos de finlandés, castellano, italiano e, incluso, vasco). Como había sucedido con su colega francesa, también en este caso, los lazos que se establecieron entre la institutriz e Irène fueron mucho más allá del ámbito académico, estableciéndose entre ellas un perdurable vínculo de amistad (de hecho, *Miss* Matthews llegaría a ocuparse, años después, de la instrucción de Denise, la hija mayor de Irène y Michel Epstein, su marido). Con todo ello, la madre de Irène se sintió en cierto modo liberada y autorizada a disfrutar del suave clima mediterráneo en otoño e invierno, por lo que ya en el mes de octubre, se instaló en el recién inaugurado hotel Negresco de la célebre *Promenade des Anglais* de Niza. Así, el curso empezó para Irène con su padre en Estados Unidos y su madre en la costa mediterránea, pero después de los vaivenes de los últimos años, retomar una rutina de lectura y estudio en compañía de sus instructores resultaba casi balsámico para la joven, y así se lo haría saber a su padre, cuando a su regreso de Estados Unidos para pasar las Navidades de 1919 y celebrar la entrada del nuevo año, circulasen, a bordo de un lujoso automóvil, por las carreteras que unían París y Niza.

Durante los dos años siguientes, Irène continuó enfrascada en la preparación de su bachillerato sin dejar que las obligaciones familiares a las que se veía sometida cuando sus padres se hallaban en la capital la distrajesen más allá de lo mínimo imprescindible. Lo cierto es que estas, en razón del gran número de exiliados rusos desplazados en París, no eran pocas. Los actos benéficos se sucedían casi sin pausa, organizados por las asociaciones de acogida que habían constituido los primeros exiliados que habían abandonado Rusia antes del inicio del conflicto, y a las que luego se habían incorporado aquellos que, como los Némirovsky, aun partiendo en el último momento, habían podido mantener su estatus social. Ciertamente, ello no era lo más habitual y, como Irène los calificaría años después dando título a una de sus novelas, la gran mayoría de los refugiados semejaban «moscas de otoño» que, ajenas al invierno que acechaba sus vidas, todavía revoloteaban ufanas. Así, Irène, más atenta que asombrada, observaba cómo la gran mayoría de sus compatriotas se obstinaba en instalarse en una falsa realidad construida a base de interpretar según sus anhelos las noticias que llegaban desde Rusia y atribuyendo, cuanto de contrario a sus intereses apareciese publicado en la prensa francesa, a la influencia de los círculos socialistas; de esta forma, fuese cual fuese su situación en París, la gran mayoría daba por supuesto —sin que nadie fuese capaz de explicar cómo ni cuándo— llegaría el día en que podrían regresar a Rusia y todos sus privilegios les serían restituidos. Lo cierto es que, mientras esto no sucedía, a ojos de Irène, resultaba patente la artificialidad de esta uniformidad de pensamiento en el seno de una comunidad tan variopinta; en su opinión, solo la común condición de exiliados y el odio compartido al comunismo podían explicar tal fenómeno. Así, solo en base a ello podía entenderse, por ejemplo, que los Grandes duques se personasen casi a diario, sin manifestar el menor titubeo o rubor, en el despacho del padre de Irène para tratar sus asuntos económicos con él cuando, poco tiempo atrás, le tenían vedado el acceso a sus mansiones en razón de su origen judío. Otros, menos afortunados, tras pasar las veladas evocando con nostalgia su pasado aristocrático o, incluso, su parentesco con la familia del zar, debían madrugar a la mañana siguiente para ejercer de *concierges* o cocheros en los inmuebles y las calles de París.

Unas calles de París en las que años después sería asesinado uno de esos personajes que, como había observado Irène, no por siniestro, dejaba de ser bien recibido en las veladas benéficas: Simon Petliura. Aunque ya eran muchos los rumores (sobre todo tras la publicación de la novela de Bulgákov, *La guardia blanca*, en 1924) que corrían respecto a su implicación activa en los pogromos que tuvieron lugar en Kiev en 1919, y cuyo balance rondaba las 40.000 muertes (en su mayoría, judíos), nadie parecía interesado en indagar demasiado en la identidad del personaje. Irène no hacía sino reafirmarse en su escepticismo al observar estas extrañas complicidades que el exilio era capaz de tejer y se percataba de la facilidad con que un grupo humano podía verse desprovisto de su natural heterogeneidad: bastaba con convencerle de su condición de víctima y ofrecerle un cómodo y sólido paraguas bajo el que cobijarse y protegerse del supuesto enemigo —en este caso, «el demonio Rojo». Solo cuando en 1926, en el barrio de Belleville, un relojero judío de origen ucraniano que había presenciado la masacre de buena parte de su familia en los sangrientos pogromos, reconoció a Petliura y no dudó en asesinarlo, el asunto saltó a la luz gracias a los encendidos artículos que publicó Joseph Kessel. Asimismo, los discursos que el abogado Henry Torrès declamó en defensa del relojero en el juicio que tuvo lugar, acapararon la atención de una opinión francesa que, hasta entonces, había preferido permanecer ignorante de las persecuciones sufridas por la comunidad judía.

Curiosamente, y al igual que había sucedido en Finlandia, quienes mantuvieron un punto de vista más lúcido fueron, precisamente, los más jóvenes, entre los cuales, Irène y alguna de sus amistades (quizás, porque es en la juventud cuando mejor se combinan las dosis justas de experiencia vital y ausencia de obligaciones y compromisos propios de la edad adulta; propiciándose así, una mirada limpia y libre de condicionantes o lealtades debidas). Irène, además, contaba con la ventaja añadida de su dominio del francés que, sumado a su innata curiosidad y capacidad de observación, le posibilitaba establecer, tras la lectura de la prensa parisina cada mañana, un diagnóstico bastante acertado de cuál era la realidad que les rodeaba y adquirir la certeza de que, finalmente, lo más probable fuese que, poco a poco, las potencias occidentales —más preocupadas en asegurarse que las revueltas obreras no se extendiesen en su seno que en recuperar el dinero invertido en intentar derrotar al Ejército Rojo— no tardasen en reconocer a la Unión Soviética. Entre los artículos que primero buscaba Irène cada mañana, se encontraban los publicados en *Le Matin* por Colette, tan célebre por su actividad literaria como por su agitada vida sentimental. Tal vez animada por el ejemplo de la célebre autora, Irène venció su timidez y se decidió a intentar publicar los textos que no había dejado de componer, a escondidas de todo su entorno, desde su etapa en Finlandia. Para sorpresa suya, la aceptación a su publicación llegó casi de forma inmediata: a los pocos días de enviar por correo un conjunto de pequeños relatos a la revista *Fantasio*, recibió una carta en la que el director de la revista, Félix Juven, la emplazaba a una entrevista. Solo cabe esbozar una sonrisa al evocar la escena del encuentro entre ambos: difícilmente el editor podía imaginarse que la autora de los textos fuese una joven emigrante rusa de diecisiete años, mientras que esta, por su parte, había acudido a la reunión con más temor que alegría, convencida como estaba que, para ser publicada, debería desembolsar una suma de dinero de la que, obvia-

→

PLACER

mente, no disponía (lo cual, la obligaría a desvelar su quehacer literario a sus padres). Así, una vez los dos se hubieron repuesto del asombro inicial, acordaron establecer una relación laboral que, de manera discreta, se extendería a lo largo de varios años y permitiría a Irène, reafirmarse en su vocación.

Mientras tanto, el padre de Irène se veía obligado a viajar constantemente y la madre —ya fuese en Niza o en París— llevaba una vida cada vez más disoluta y frívola. No eran pocos los días en que madre e hija solo coincidían a primera hora de la mañana cuando la primera regresaba a casa —con frecuencia, acompañada del amante de turno— y la segunda se hallaba dispuesta a iniciar una nueva jornada de estudio. Incluso entre el círculo liberal en el que se movía la familia, los rumores acerca del comportamiento de la madre de Irène no cesaban de crecer y, si nadie decía nada en público, básicamente se debía a la buena situación económica de la familia y a las influencias del padre. Sin embargo, y a pesar del evidente distanciamiento, las riñas entre el padre y la madre de Irène, constituían más la excepción que la norma. Aun así, la riña que se produjo coincidiendo con el decimoctavo cumpleaños de la joven, en febrero de 1921, sí fue notoria y tuvo notable trascendencia en la vida de la escritora. Aunque Irène, en razón de su timidez y considerándolo anacrónico, ya había manifestado su nulo interés en festejar el acontecimiento, y su madre —siempre preocupada en ocultar su edad— se oponía por completo a una celebración que venía a ponerla en evidencia, la recepción se acabó realizando, ante la firme obstinación del padre. Llegada la noche del festejo, todo parecía transcurrir de la mejor de las maneras: Irène lucía esplendida y, a pesar de su incómodo inicial, disfrutaba conversando con los invitados y recibiendo los halagos generalizados. Sin embargo, todo se torció en el momento en que la madre, obnubilada por los celos, se refirió a Irène como a «su joven hermana», despertando el consecuente estupor y las risas mal disimuladas de cuantos les rodeaban. Al finalizar el festejo, Irène asistió a una de las pocas riñas que sus padres mantuvieron jamás en su presencia y, finalmente, tratando de evitar nuevos escándalos que interfiriesen en la vida de su hija, se decidió que esta se trasladase a vivir, en compañía de *Miss* Matthews, al segundo piso del inmueble. De esta forma, coincidiendo con el inicio de su vida universitaria en *La Sorbonne*, donde había conseguido ser admitida para realizar sus estudios de literatura a partir del curso siguiente, Irène empezó una nueva etapa en su vida en la que podría gozar, por primera vez, de las ventajas —también de las responsabilidades— de disponer de una cierta independencia.

Así, de 1922 a 1925, Irène frecuentó los ambientes universitarios y, si en un inicio, su círculo se ciñó básicamente a los hijos de los expatriados rusos como ella, no tardó en relacionarse con los jóvenes franceses. Sin dejar de asistir a las clases, pronto se percató de cómo le bastaba con esforzarse el tercer trimestre de cada curso para ir avanzando en sus estudios y, en consecuencia, no titubeó en frecuentar, cada vez con mayor asiduidad, los círculos intelectuales del *Quartier Latin* o, disfrutando de la autonomía de la cual sus compañeros de estudios aún no gozaban, les invitaba a organizar encuentros y tertulias en su apartamento. En ellas, si bien casi todos coincidían en renegar del profesorado de *La Sorbonne* y del carácter retrógrado de la metodología seguida y las lecturas propuestas, Irène discrepaba en cuanto a las alternativas barajadas por sus compañeros. Así, mientras estos, al igual que *Miss* Matthews —siempre bien recibida por los jóvenes merced a su jovialidad y locuacidad que, tanto podían deberse a las bondades de su carácter como a los efectos de la morfina o del éter que consumía cuando la primera escaseaba— se decantaban por ensalzar las virtudes de las vanguardias del momento, Irène, que ya había frecuentado círculos similares junto con Assia durante el agitado periodo de tiempo que juntas pasaron en Moscú, recelaba del componente rupturista de estas corrientes, y defendía su preferencia por las lecturas de Proust o Katherine Mansfield, cuya obra acababa de descubrir. Atendiendo a la juventud de Irène y sus amigos, así como a la, absurdo olvidarlo, buena situación económica de sus familias, es fácil imaginar que, la mayoría de las veces, esas discrepancias intelectuales se acabasen limando compartiendo copas y bailes al son de las nuevas músicas que podían disfrutarse en los locales de moda que animaban las noches parisinas de los primeros años veinte.

Con la llegada de las vacaciones estivales, la familia visitaría durante esos años gran parte de las múltiples localidades de veraneo que la burguesía francesa frecuentaba buscando recuperar la alegría de vivir tras los años sombríos de la *Grande Guerre* y la posterior reconstrucción. De Niza y el Mediterráneo (donde prácticamente había establecido su residencia la madre) a Deauville en la costa normanda, pasando por Vittel y otras muchas localidades termales; a lo largo de estos viajes Irène descubriría con detalle tanto la variada geografía de su país de adopción, como, sobre todo, la idiosincrasia de la sociedad francesa que tan bien retrataría, pocos años después, en sus obras. Probablemente, fue del País Vasco francés —al que la familia acudía con asiduidad— de donde la escritora guardó mejor recuerdo. Biarritz, Saint Jean de Luz o Hendaya fueron nombres que quedaron ligados para siempre a la biografía personal de Irène, así como a su obra literaria. Con los años, recordaría con nostalgia los paseos dados con *Miss* Matthews a orillas del Atlántico o por el margen del Bidasoa; con tanta añoranza como amargura, las últimas cenas compartidas con su padre y su madre en los lujosos restaurantes y, con una sonrisa condescendiente, las fiestas y bailes nocturnos compartidos en compañía de sus amigos.

No sorprende que, una vez formada su propia familia, Irène, junto con su marido, Michel Epstein y sus hijas, Denise y Élisabeth —nacidas en 1929 y 1937, respectivamente—, volviesen a escoger el lugar para pasar sus vacaciones. De hecho, como si el destino les quisiese ofrecer un último regalo, sería ahí donde pasarían sus últimas vacaciones estivales juntos. Así, el 3 de septiembre de 1939, el anuncio de la declaración de guerra por parte de Alemania, les sorprendió en Hendaya.

IRÈNE NÉMIROVSKY

VIVIR EN LA HUIDA (Y ESCRIBIRLO)

PARTE IV

Ante la urgencia del momento y las incertidumbres que se abrieron con la declaración de la Segunda Guerra Mundial, Irène y Michel tuvieron que decidir sobre la marcha, acordando finalmente que lo más prudente era que las niñas no regresasen a París. Se apresuraron a contactar con Cécile Michaud, la antigua nodriza de Denise, con la que Irène seguía manteniendo un estrecho contacto. Esta, sin dudarlo un momento, se desplazó a Hendaya para hacerse cargo de las pequeñas y llevárselas consigo al pequeño pueblo de Issy-l'Évêque, en el departamento de Saône-et-Loire donde, una vez casada, se había instalado. En los meses siguientes, con el conflicto ya iniciado, Irène se desplazaría tantas veces como le fuese posible desde la capital al pequeño pueblo, ya fuese en tren o acompañada en coche por Paul, el hermano pequeño de su marido, al no poder Michel librarse de sus obligaciones profesionales en el Banco en que trabajaba. Al llegar la festividad de Pentecostés de 1940, sin embargo, y ante el avance de las tropas alemanas, Irène acordó con Michel no regresar a París, confiando en que él podría reunirse con ellas en breve.

Sin embargo, antes de que ello fuese posible, no pocas cosas sucedieron. Ante la inminencia de la caída de la capital, los responsables del Banco optaron por evacuar la sede, dejando en París tan solo a un administrador. Para colmo de males, Michel cayó gravemente enfermo presentando un cuadro de septicemia del que a duras penas logró recuperarse gracias a los cuidados de Mavlik, la hermana de Michel y Paul. Una vez recuperado, ante la debilidad de su estado y aun sabiendo la alta estima en que los dirigentes del Banco tenían a Michel, el administrador optó, de forma arbitraria, por despedirle. A pesar del disgusto inicial, ello posibilitó que Michel se pudiese reunir con Irène y las pequeñas en Issy-l'Évêque. Lo que no podían imaginarse en ese momento es que, a los pocos días, el pueblo se convertiría en una especie de ratonera para ellos, al prohibir las autoridades alemanas el regreso a París de aquellos judíos que hubiesen huido de la ciudad.

A Irène y a Michel les quedaban dos años de vida (¡Glups! Si no ha leído usted *Suite française*, simule no haber leído esto último, cierre esta pantallita y corra a hacerse con el libro. Creo que es el mejor consejo que puedo darle. Si le apetece, ya volverá por aquí cuando haya recuperado el aliento tras su lectura (y si no vuelve, no sufra: la principal motivación de estos párrafos era, precisamente, aumentar el número de lectores de la obra de nuestra autora aquí placerificada)). Durante estos dos años, Irène, como a lo largo de toda su vida, volvió a hacer gala de su asombrosa capacidad para, sin dejar de organizar el día a día de la familia (lo cual, ante las constricciones de toda índole que las autoridades alemanas iban imponiendo a la comunidad israelí, resultaba cada vez más dificultoso), mantener su actividad literaria. A la composición de *Suite française* hay que añadir el proyecto de una biografía de Chéjov, ayudada por toda la documenta-

→

ción que recopilaba Michel, y la redacción de *Les chiens et les loups*, que sería publicada (como *Suite française*) de manera póstuma (y en que, después de muchos años de no hacerlo, volvería a situar la acción en los círculos judíos). En los pocos ratos libres que le pudiesen quedar (o, más probablemente, al tiempo que se encontraba inmersa en cualquiera de esas actividades) Irène tuvo ocasión de reflexionar y hacer balance sobre todo lo vivido en Francia desde su llegada en 1919: consciente de la gravedad de la situación, resultaba imposible, no tanto recrearse en añorar los buenos momentos vividos, como cuestionarse los posibles errores cometidos e, inevitablemente, ajustar cuentas con el pasado; tanto con el propio, como con el del país. Una cuestión le atormentaba en particular: ¿cómo era posible que no hubiese sabido ver llegar el desastre? Por supuesto, podía comprender la despreocupación y las frivolidades de la joven de diecisiete años que, a su llegada a París, necesitaba dejar atrás el pasado y disfrutar su juventud. También podía perdonar a la joven universitaria que, no queriendo significarse delante de sus compañeros de estudios, no osaba manifestar en público su repulsa, ni a los actos con que los miembros más jóvenes de Action Française saboteaban las clases de los profesores de origen judío de *La Sorbonne*, ni a los cantos intimidatorios que proferían impúdicamente por el *boulevard* Saint-Michel al salir de clase. Aun así, Irène precisaba revisar sus decisiones vitales y, necesariamente, también sus decisiones literarias.

¿Volvería hoy, por ejemplo, a escribir *David Golder*, la obra que, en 1929, cambió definitivamente su vida, catapultándola desde el primer momento al selecto grupo de autores que en ese momento conformaban el estrellato literario francés? Irène no se planteaba tanto esa cuestión con un posible propósito de enmienda —lo cual sería absurdo, además de inútil— como sí, de asunción de unas responsabilidades de las que solo ahora, con la ocupación alemana, adquiría conciencia.

En *David Golder*, Irène recreó, con un detalle y precisión que merecieron la aprobación de su padre (para alivio de la escritora que no le había consultado nada hasta tener la obra prácticamente finalizada), tanto el mundo de las finanzas, las especulaciones bursátiles y las empresas petroleras, como el ambiente frívolo y despreocupado que había podido conocer en sus estancias en Niza, Deauville y, especialmente en Biarritz. Así, es probable que el padre, recordando una experiencia similar vivida por él e Irène años atrás, antes que enojarse, esbozase una sonrisa con la lectura de la escena en que el viejo y enfermo banquero protagonista de la obra es arrastrado por su caprichosa hija al Casino de la ciudad costera donde, ajeno al paso de las horas, acaba pasando toda la noche perdiendo y recuperando sucesivas veces su fortuna y olvidando la presencia de la hija, quien, no estando autorizada a acceder a las salas de juego, ha permanecido en el *hall* de entrada, encantada con la posibilidad de disfrutar de la visión de los variopintos personajes que van desfilando. Casi al alba, cuando el padre, repara en ella, dormida en un diván, la despertará acariciándola con un fajo de billetes a modo de disculpa.

En el caso de la relación entre Irène y su madre, sin embargo, las consecuencias de la publicación de la obra fueron muy diferentes y supusieron la ruptura definitiva entre ellas. Tal y como sus amigas adivinaron a la primera lectura, Irène había concebido el personaje de Gloria, la frívola y mezquina mujer del banquero, como un inconfundible *alter ego* de su madre. Esta, en un inicio, ante el éxito de la obra e intuyendo las oportunidades que ello podía suponer, no pareció darle demasiada importancia al asunto y, por primera vez, mostró algún leve signo de aprobación hacia la vocación de su hija. La novela, en efecto, desde el primer momento, se convirtió en todo un fenómeno, tanto a nivel de reconocimiento popular como en los sectores más especializados. Los críticos literarios más influyentes del momento no dudaron, de forma prácticamente unánime, en mostrar su admiración por el asombroso dominio de la lengua francesa de la joven escritora, así como por la agudeza mostrada en el trazado de los perfiles psicológicos de los personajes y la agilidad de la técnica empleada para hacer avanzar la trama. Como cabía esperar, la admiración despertada aún fue mayor atendiendo a la juventud y la procedencia de la joven y hasta entonces, desconocida escritora, quien, se insistía, tras llevar solo diez años residiendo en Francia, era capaz de escribir una obra en la cual, afirmaban, podían encontrarse notables ecos de *La muerte de Ivan Ilich* de Tolstoi, *Krotkaïa* de Dostoievski o *Le père Goriot* de Balzac (este último elogio, no podía sino renovar en Irène el sentimiento de gratitud hacia su querida *Mlle*. Rose, sobre cuyo fallecimiento ya no cabía dudar, no habiendo contactado con la familia tras el revuelo causado por la publicación del libro). Sucedió, además, que el éxito literario no fue menor que el obtenido por las adaptaciones —cinematográfica y teatral— que se realizaron, a los pocos meses. Sería precisamente en el estreno de la pieza teatral donde se rompieron los últimos vínculos afectivos que aún pudiesen quedar entre madre e hija. De hecho, si Irène aún mantenía alguno, era más por

PLACER

complacer a su padre que por propia voluntad, herida como se sentía por la velada sugerencia que su madre le había hecho apenas un año antes cuando, al anuncio de su embarazo, le había planteado la posibilidad de abortar, no tanto porque pensase que la maternidad pudiese interferir con la actividad literaria de Irène, como por el desasosiego que le provocaba el hecho de sentirse envejecer y convertirse en abuela.

Finalmente, la familia al completo acudió al estreno teatral de la obra y, de hecho, la madre, ataviada con sus mejores galas, apareció flanqueada a un lado por su marido y, del otro, por su amante argentino (lo cual, cabe decir, tampoco era del todo inusual en aquella época). Lo más probable, sin embargo, es que la mujer acudiese sin haberse tomado la molestia de leer la obra de su hija con demasiado detalle. De lo contrario, no se explicaría muy bien su enojo al percibir los primeros murmullos y las miradas irónicas que buena parte del público dirigió hacia el palco donde se hallaba la familia cuando, en el escenario, Harry Baur, el actor que interpretaba el papel de David Golder (y por el cual saltaría a la fama), al recuperarse de su primera crisis cardíaca y descubrir a su mujer más preocupada de hurgar en su cartera que de socorrerle, procedía a lanzarle toda clase de vituperios al tiempo que le recordaba la larga lista de títulos y bienes de los que podía hacer gala gracias a él. La tensión aún iría a más cuando, en una de las escenas finales, Gloria le anunciaba a su marido que Joyce no era en realidad hija suya, sino de su amante. Irène, apretando instintivamente la mano de Michel, comprendió al instante todo lo que se escondía tras la mirada furibunda que su madre le lanzó en ese momento.

Todo había acabado entre ellas: ni tan siquiera en 1940, cuando ya todo hacía presagiar lo peor e Irène intentó contactar con ella en Niza, donde la mujer, siempre previsora y astuta, se había podido refugiar al inicio de la contienda gracias a haberse nacionalizado letona (nadie sabía muy bien cómo ni cuándo; probablemente en alguna breve estancia realizada, junto a su marido, en Riga) beneficiándose así, del trato de favor que la Francia ocupada ofrecía, a instancia de las autoridades alemanas, a los ciudadanos de los países bálticos; ni tan siquiera entonces, decíamos, la madre se apiadó de su hija y su familia. De igual forma, en 1945, una vez que la guerra finalizó y ya nada tuviese que temer, cuando Denise y Élisabeth, sus nietas, aparecieron en la puerta de su lujosa casa de la mano de Julie Dumot —la amiga de la familia que las había localizado en el hospicio donde las niñas habían permanecido ocultas desde la desaparición de sus padres— la mujer tampoco mostró mayores signos de humanidad. Ni el hecho de que Denise estuviese gravemente enferma, ni tomar noticia del trágico destino de su hija y su yerno, le hicieron variar de postura, denegando todo auxilio a las pequeñas y abandonándolas a su suerte.

Recordar todo lo que acompañó a la publicación de *David Golder* obligaba a Irène a revisar, también, su relación con el mundo editorial —y, en general, los círculos literarios— desde aquel lejano 1929. Así, al tomar conciencia de la mezquindad del comportamiento de Bernard Grasset —ahora que tanto necesitaba de su ayuda— una mueca de disgusto venía a desdibujar el inicial esbozo de sonrisa que podía asomar en el rostro de la escritora al rememorar el primer encuentro entre ambos. Apenas había transcurrido poco más de una década, pero ¡qué lejos quedaban aquellos días! Tras la negativa de Fayard (que ya había publicado —con escasa repercusión— una novela corta suya, *Le malentendu*) a publicar *David Golder* a no ser que se aviniese a suprimir una cincuentena de páginas, Irène había decidido enviar una copia del manuscrito a la prestigiosa editorial Grasset, entre cuyos escritores figuraba Paul Morand (por quien sentía una profunda admiración y con el que creía presentar ciertas afinidades, tanto en las temáticas tratadas, como en la técnica literaria empleada). Temiendo ser rechazada, decidió junto a Michel, realizar el envío escondiendo su autoría bajo la firma de este último, de manera a evitar que su prestigio —por escaso e incipiente que este fuese— se pudiese ver afectado. Irène estaba en ese momento embarazada de Denise, su primera hija y, habiéndole prescrito, su médico, reposo absoluto durante los últimos meses del embarazo, no fue hasta unas semanas después del alumbramiento que el matrimonio acudió, sin demasiada confianza, a la oficina de correos para comprobar si la editorial había enviado alguna respuesta. Con gran asombro, descubrieron una decena de cartas dirigidas a nombre de Michel Epstein en las que se le invitaba a personarse, lo antes posible, en la rue des Saints-Pères, sede de la editorial. De forma parecida a como había sucedido tiempo atrás en la editorial Fantasio, también en esta ocasión, resulta difícil imaginar si quien experimentó mayor desconcierto fue el reputado y experto editor o la joven escritora. Si Grasset, durante los meses de espera, había imaginado —atendiendo a la temática del libro y el profundo conocimiento de la alta sociedad francesa que en él se mostraba— que Michel Epstein bien podía ser el seudónimo de algún importante banquero ya jubilado que había decidido emplear las horas libres en poner, negro sobre blanco, sus experiencias

→

y conocimientos; en ningún caso podía esperar encontrarse ante una joven de origen ruso y de apenas veintiséis años. Esta, por su parte, ocupada como había estado en su reciente maternidad, poco podía imaginarse que la editorial —además de enviar las cartas— llevaba semanas publicando anuncios en prensa para localizar a un tal Michel Epstein y que el contrato para la publicación de *David Golder* llevaba tiempo redactado y esperando la firma del autor. Editor experimentado, Grasset, al comprobar las reacciones de sorpresa y admiración que Irène despertaba entre los miembros de la plantilla de la editorial que ese día se hallaban en la oficina, y que llevaban semanas intrigados en descubrir la identidad del autor del relato, en seguida diseñó la campaña de lanzamiento del libro: se trataba de ensalzar, tanto el aspecto juvenil de la autora —emplazando a Irène, incluso, a mentir sobre su edad—, como su origen ruso.

A finales de los años veinte, y como bien previó Grasset, ello solo podía jugar en su favor. Si Francia, exangüe al final de la *Grande Guerre* se había podido rehacer a lo largo de la última década, en gran parte era gracias al trabajo y el sacrificio de aquellos millares de compatriotas de Irène de origen más humilde que habían tenido que huir de los pogromos (junto con polacos e italianos que escapaban de la pobreza de sus países). Por otro lado, la burguesía más adinerada —a la cual, los bolcheviques habían puesto en serios problemas financieros negándose a reembolsar los préstamos que estos les habían realizado— no podía mirar sino con simpatía e incluso fascinación al entorno más próximo de Irène; por todo ello, junto a su exotismo y condición de víctimas del comunismo, la antigua nobleza rusa constituía el centro de atención de las fiestas de la alta sociedad francesa de la época. En definitiva, en 1929, tanto en las clases populares como en las más pudientes, todo lo que guardase relación con Rusia estaba de moda y era bien recibido.

Por lo demás, y como vendrían a darle razón la unanimidad de las críticas y el rápido éxito de ventas, Grasset no albergaba ninguna duda acerca de la calidad literaria de Irène, quien se convirtió, casi de la noche a la mañana, en toda una celebridad y, de paso, en uno de los autores cuyas obras, en los siguientes años, más ingresos proporcionarían a la editorial. De repente, los periodistas literarios no cesaban de desfilar por el domicilio familiar, ávidos por conocer a la joven prodigio, y la gira de promoción que organizó el editor constituyó todo un éxito. Durante los años que siguieron, Irène era esperada con expectación en los salones literarios y sus charlas despertaban el aplauso generalizado, incluido el de buena parte de los escritores más célebres del momento. No fueron pocos aquellos con los que Irène y Michel entablaron una sólida amistad; entre estos, el citado Paul Morand (quien más tarde, le encargaría diferentes artículos), o Jean Cocteau. Del grado de afecto que se estableció entre este último y la joven pareja da idea el poema que el escritor compondría para Irène, *Le bilboquet d'Irène*, o el hecho de que el matrimonio, en buena medida, en 1937 escogiesen para su segunda hija, el mismo nombre que el de la heroína de *Enfants terribles*, publicada por Cocteau unos años antes: Élisabeth.

¿Cómo podía ser que ahora, y a pesar de que en 1933 Irène abandonase la editorial, Grasset no contestase a una sola de las cartas que, desde Issy-l'Évêque, Irène le enviaba advirtiéndole de lo precario de su situación y solicitando su ayuda? Por supuesto, tanto Irène como Michel eran conscientes de que Grasset, cómodamente instalado en el París ocupado, no había tenido grandes problemas para mantener la actividad de su editorial y que, de hecho, sin el menor rubor, no había dudado en poner en marcha una nueva colección —*A la recherche de France*—, destinada a publicar los panfletos colaboracionistas de Drieu La Rochelle, Georges Suarez o Jacques Driot. Aun así, no podían hacerse a la idea de que el editor no fuese capaz de intentar socorrerles en la medida que le fuese posible y, aparentemente, hubiese olvidado como, a diferencia de lo que habían hecho los principales escritores de la editorial —«las 4 M de Grasset»: Maurois, Mauriac, Morand y Montherlant—, Irène y Michel (a pesar de que para entonces, Irène ya había dejado la editorial) no habían dudado en apoyarle y testificar en su favor en los pleitos legales que, contra él interpusieron, en 1934 y 1935, buena parte de los socios de la editorial y varios miembros de la propia familia Grasset, buscando incapacitarle y hacerse con el control del negocio, ante sus repetidas excentricidades y las erráticas decisiones empresariales tomadas.

Ante la decepción e indignación que el silencio de Grasset le provocaba, Irène no podía sino felicitarse por la decisión tomada en 1933, harta de las veleidades del empresario y del trato condescendiente de los viejos académicos, de contactar con el editor Albin Michel, a la par que dejar de frecuentar los salones literarios. Cansado de la superficialidad que reinaba en esos círculos, el matrimonio prefería priorizar la compañía de aquellas amistades que más apreciaba. Entre estas, destacaban las figuras de Tristan Bernard, cuyo buen humor siempre resultaba un soplo de aire fresco, o Sacha Guitry. De hecho, había sido a través de este último que el padre de Irène había conocido a la que sería su compañera, Julie Dumot, una antigua secretaria del artista, originaria de la región de Les Landes. Criada en el medio rural, su natural pragmatismo y sentido de la realidad le hacían mantener una mirada objetiva —a veces, incluso sarcástica— respecto a los círculos que, por sus profesiones y estatus, solían rodear, tanto a Sacha Guitry como al padre de Irène. Entre la escritora y Julie se estableció rápidamente un sólido vínculo de complicidad y confianza que perduraría en el tiempo y se acabaría revelando fundamental en el devenir de las pequeñas Denise y Élisabeth.

Desde el primer momento, la relación entre Irène y Albin Michel resultó de lo más fructífera, y con la excepción de 1937, año de nacimiento de Élisabeth, la escritora le proporcionó una nueva obra a razón de una por año; entre ellas, *Le vin de la solitude* o *Jezabel*. En esta última, Irène volvió a ajustar cuentas —esta vez, de forma definitiva y, ciertamente, lacerante— con su madre, a través del personaje central: una mujer incapaz de asumir el paso del tiempo y la pérdida de la juventud que, llevada por su delirio, acaba siendo responsable indirecta de la muerte, tanto de su hija —al obligarla a dar a luz a escondidas— como, veinte años después, de la de su nieto, cuando este consigue dar con ella.

El trato entre el veterano editor e Irène fue siempre de extrema cordialidad y la escritora solo podía guardar hacia él un sentimiento de extrema gratitud. Así, por ejemplo, el empresario —siempre que Irène respetase los compromisos con él adquiridos— nunca puso mayores trabas a que colaborase con otras editoriales y revistas. De este modo, Irène publicó, por la misma época, varios relatos en *La Revue des Deux Mondes* o en *Gringoire* y, a instancias de Morand, diferentes colaboraciones en *Gallimard*. Al reparar en estas contribuciones —especialmente, las realizadas en *Gringoire*— Irène volvería a cuestionarse la idoneidad, o no, de las decisiones tomadas a lo largo de la década precedente. En efecto, no podía ocultarse a sí misma que, en el momento de aceptar colaborar con *Gringoire* (y en otras publicaciones similares), era perfectamente consciente de los postulados, abiertamente antisemitas, defendidos por el editorialista de cabecera de la revista y publicados, obviamente, con la aquiescencia del director de la misma, Hector de Carbuccia. De hecho, esa marcada disparidad entre la línea editorial y los contenidos literarios de la publicación, desencadenó una agria polémica —y, finalmente, la ruptura de relaciones— entre De Carbuccia y Joseph Kessel, prestigioso escritor de origen judío e íntimo amigo de Irène y Michel y que, precisamente, había propiciado la incorporación de Irène a la revista. Sin embargo, también era justo reconocer que, desde que la familia se había tenido que refugiar en Issy-l'Évêque, De Carbuccia era de los pocos que, dejando de lado sus diferencias ideológicas, había tratado de ayudar a Irène y Michel. Aun así, a Irène le atormentaba la duda de si, en su momento, debía haber hecho como Kessel y adoptar una actitud más beligerante, declinando la opción de colaborar con publicaciones como *Gringoire*. Al mismo tiempo, se percataba de cómo, sin que supiese ella misma precisar cuánto de premeditado había en ello, en esta segunda etapa de su producción literaria (la que seguía a su incorporación a la editorial de Albin Michel), había ido situando la acción de sus relatos cada vez más entre los círculos tradicionales de la sociedad francesa (a diferencia de lo que sucedía en las novelas de su etapa en Grasset, que transcurrían, en su mayoría, en los círculos judíos o rusos que le eran originarios). Para acrecentar aún más su desazón actual, Irène no podía evitar cuestionarse hasta qué punto, los pormenorizados y despiadados retratos que, en su ingenuidad, había ofrecido en *David Golder* y los demás relatos de esa etapa inicial, no debían obligarla a asumir su parte de responsabilidad en el auge del antisemitismo del que hoy, ella misma y su familia, eran unas víctimas más.

Un antisemitismo que, para desolación de Irène, no solo era cada vez más notorio y agresivo en los escritos de aquellos colegas suyos que, independientemente de su calidad literaria, nunca se habían molestado en ocultarlo (el caso más paradigmático, probablemente fuese el de Céline que, si en 1933 ya había publicado *École de cadavres*, en 1942, con el beneplácito del Gobierno de Vichy, reeditaba en la editorial Denoël el execrable panfleto *Bagatelles pour un massacre*). Ahora se percataba, con mayor dolor, que, aunque en su momento le hubiese pasado por alto, esa pulsión también estaba latente en las obras de no pocos de los autores que, hasta hacía bien poco, tanto la habían celebrado: Brasillach, Drieu la Rochelle, Chardonne, Giraudoux e, incluso, sus apreciados Morand o Cocteau, entre otros.

Si Grasset, desde el punto de vista humano, supuso una decepción para Irène, en el caso de otro de sus editores habituales, Jean Fayard, su comportamiento todavía resultó más miserable. Si bien en abril de 1940 había contactado con Irène y le había hecho encargo de una nueva obra, entregándole, en el momento de la firma del acuerdo, la mitad de los 60.000 francos acordados, cuando la escritora le hizo llegar el manuscrito, Fayard, escudándose en los decretos promulgados en septiembre y octubre, se negó a pagarle la suma

→

debida (entre otras ignominias, esos decretos venían a endurecer aún más la situación de la comunidad judía francesa, estableciendo la obligatoriedad de proceder a su censo y dando detalle de la larga lista de actividades laborales que les eran vedadas a partir de ese momento). A pesar de que Irène obtuvo finalmente una sentencia firme a su favor por parte de la *Société des Gens de Lettres* —a la cual había solicitado arbitrio en el litigio— Fayard, seguro de su fuerza, se limitó a contestar con una escueta carta en que no le escatimaba los insultos y la amenazaba con proceder a exigir la devolución del dinero percibido en un primer momento.

¡Qué reconfortantes resultaban, por contraste, el comportamiento y la dignidad mostrados por Albin Michel! Aunque ya anciano, y habiendo delegado gran parte de sus funciones en su yerno, Robert Esménard, desde el primer momento había hecho gala de su clarividencia y su voluntad de velar por Irène y Michel. Así, poco antes de la declaración de guerra por parte alemana y ya retirado en Hendaya, previendo posibles complicaciones futuras, había enviado a Irène una emotiva y sincera carta; no tanto para manifestarle su sincera admiración, como para dotarla de un testimonio escrito que —ojalá no hiciese falta— pudiese serle de utilidad en caso de encontrarse en apuros por su doble condición de judía y extranjera. Igualmente, se ofrecía a dar fe, si en cualquier momento o circunstancia hiciese falta (por ejemplo, para facilitarle la obtención de la nacionalidad francesa), de la honestidad del comportamiento de Irène desde que habían iniciado su colaboración en 1933 y de la importante contribución que la obra de la autora suponía para la literatura francesa. Más adelante, él y su yerno lo dispusieron todo para obtener la autorización de las autoridades a la publicación de *Les chiens et les loups* y, burlando la ordenanza del 26 de abril de 1941 que obligaba a depositar en una cuenta bancaria bloqueada todo el dinero debido a los autores israelíes, conseguirían hacer llegar una mensualidad de 3.000 francos a Irène. A pesar de todas las cábalas hechas por el matrimonio, esa acabó siendo la única fuente de ingresos con la que debieron subsistir en Issy-l'Évêque. Para hacerlo posible, la editorial firmó un contrato ficticio con Julio Dumot (con quien Irène había conseguido contactar al llegar al pequeño pueblo y a quien había conseguido convencer para que dejase París y se reuniese con ellos, de manera a hacerse cargo de las niñas si alguna desgracia les pudiese suceder a ella y Michel). Irène no podía evitar sentir un escalofrío recorrer su espalda solo de pensar qué habría sido de ellos si no hubiesen contado con estas almas bondadosas a su alrededor y la suerte de la familia hubiese dependido de miserables como Grasset o Fayard.

IRÈNE NÉMIROVSKY

VIVIR EN LA HUIDA (Y ESCRIBIRLO)

PARTE V

A pesar del desasosiego que estas reflexiones le provocaban, Irène procuraba que ello no interfiriese con su quehacer y, manteniéndose fiel a su disciplina, una vez las tareas domésticas organizadas, mañana y tarde salía caminando del pueblo hasta dar con algún rincón tranquilo en los alrededores donde aislarse y continuar avanzando en las obras que la ocuparon a lo largo de esos dos años: la biografía de Chéjov (a partir de la documentación que le conseguía Michel) y la novela *Les feux de l'automne* que, finalmente, serían publicadas de manera póstuma. El grueso de su trabajo, lo dedicó, sin embargo, a la escritura de «Tempête en juin» y «Dolce», los dos relatos que componen *Suite française* (concebida en un inicio como una pentalogía en la que, con su escalofriante clarividencia, Irène retrató —para mayor dificultad, al tiempo que la sufría— la realidad de la Francia ocupada). Al regresar a Issy comprobaba con alivio la naturalidad con que las pequeñas se adaptaron a la vida en el medio rural, especialmente, Élisabeth, demasiado pequeña todavía como para intuir alguno de los muchos peligros que sobre ellos se cernían. Así, las niñas afrontaron con un espíritu casi lúdico las sucesivas mudanzas que la familia tuvo que realizar en el pueblo: de casa de los Michaud —los primeros que acogieron a las pequeñas— al hôtel des Voyageurs, donde la familia se alojó hasta poder alquilar una casa cuyas grandes dimensiones suponían más una desventaja que otra cosa, ante la imposibilidad económica de, ni tan siquiera poder amueblarla, mantenerla caliente en los meses de invierno o conseguir iluminarla correctamente, a pesar de los esfuerzos que Michel le dedicaba a todo ello. Irène, lejos de desalentarse ante la evidente torpeza e incapacidad de su marido para acondicionar la maltrecha casa o sus infructuosos intentos por cultivar el pequeño huerto aledaño, cuando lo observaba concentrado en esas tareas se daba cuenta de cómo seguía albergando los mismos sentimientos que la habían llevado a enamorarse de él en 1925, cuando su amiga Daria Kamenka —hija de un eminente banquero y socio del padre de Michel— los había presentado.

Más allá de la pasión propia de los primeros meses de todo enamoramiento, y de la fortuna que tuvieron de vivir su noviazgo y primeros años de matrimonio en el París de los años veinte, desde el primer momento, entre Michel e Irène se estableció una complicidad que ninguna de las dificultades que les aguardaban en el futuro consiguió debilitar. Por otro lado, Irène, hija de un padre que, si bien la amaba y había velado siempre por ella, solía estar ausente y una madre que nunca la quiso, no tardó en percatarse de que —a pesar de las notables similitudes que se daban en las trayectorias vitales de los Némirovsky y los Epstein— nunca hasta entonces había tenido la oportunidad de sentir el sosiego que proporcionan los lazos familiares cuando a estos se les da la oportunidad de manifestarse en toda su plenitud. Por ello, desde bien temprano, Irène se sintió profundamente afortunada y agradecida ante la ternura con que la familia Epstein la acogió en su seno, desde el mismo momento en que Michel les hizo saber de sus sentimientos hacia ella. En contraste con los años frívolos de su etapa universitaria, una vez comprometida con Michel, no podía imaginar mayor placer que el que experimentaba nada más cruzar el quicio del domicilio de los Epstein en París y percibir el bullicio en que convivían abuelos, hijos y nietos. Le encantaba pasar ahí jornadas enteras, disfrutando de la atmósfera que reinaba, las comidas familiares y las largas horas de sobremesa en las que iba descubriendo las múltiples anécdotas familiares. Como su familia, también los Epstein habían tenido que abandonar Rusia deprisa y corriendo en dirección a Francia. Cuando lo rememoraban, el relato del periplo del mayor de los hermanos, Samuel (diez años mayor que Michel, casi de otra generación) y su mujer Natacha resultaba especialmente sobrecogedor. En 1920, se habían refugiado en Crimea, pero para cuando la derrota del Ejército Blanco ya era evidente y habían tomado la decisión de embarcarse en uno de los últimos buques de la armada inglesa dispuesto a acoger a bordo aquellos refugiados que trataban de alcanzar Constantinopla, ya era demasiado tarde. Samuel y Alexandra, lejos de amilanarse por el hecho de emprender la huida con una hija de solo tres años (o tal vez, precisamente por el hecho de ser padres y querer asegurar un futuro a la pequeña) emprendieron entonces un periplo que a Irène, cada vez que lo escuchaba, le recordaba sus lecturas de Julio Verne: tras atravesar el Cáucaso hasta Bakú en tren, se embarcaron en un petrolero con el que alcanzaron la costa de Mesopotamia. Como buenamente pudieron, consiguieron más tarde llegar a Bagdad y Basora y, tras atravesar buena parte de Persia a caballo, alcanzaron finalmente Bombay desde donde embarcaron rumbo a Inglaterra. Una vez instalados en Francia, Samuel desarrolló su carrera profesional en la potente industria cinematográfica francesa, llegando a producir, entre otras, algunas de las películas de René Clair.

Mavlik (cuyo verdadero nombre era Sophie, pero a la que todo el mundo llamaba así desde que, de bien pequeña, haciendo ya gala de su fuerte carácter, exigiese que la llamasen con el mismo nombre que el elefante del zoo de San Petersburgo que la tenía fascinada) en seguida congenió con Irène, forjándose entre ambas una estrecha amistad. Aunque viuda al poco de ser madre, nunca se había dejado llevar por el desánimo, ni resignado a llevar una vida apartada. Por el contrario, sin descuidar sus obligaciones, se las ingeniaba para poder disfrutar de todas las oportunidades de diversión que las noches parisinas ofrecían a inicios de los años treinta en París. En los encuentros familiares, las dos mujeres siempre encontraban los momentos para, entre risas, compartir confidencias y, así, Irène, excelente confidente, acabaría siendo, probablemente, quien más estaba al caso de todos los amoríos de su cuñada, ya fuesen de sexo masculino o femenino (y entre estos últimos, su admirada Colette).

La relación entre el matrimonio y el menor de los hermanos, Paul, no fue menos cálida. Así, antes del nacimiento de Denise, no era infrecuente encontrar a los tres compartiendo charla con Joseph Kessel o el resto de amigos literatos de Irène a última hora de la tarde en alguno de los *bistrots* de Montmartre que solían frecuentar. Tampoco era extraño que los tres acudiesen juntos a alguno de los locales de moda como el Ca-

→

sino de París cuando alguno de sus artistas favoritos, como Joséphine Baker o Maurice Chevalier, estaban de gira por la ciudad (para desconsuelo de Irène y Michel —y según les había explicado Paul—, en 1940, si bien los establecimientos seguían abiertos a pesar de la guerra, al pasar por delante de ellos, se podía leer un cartel con la inscripción *Interdit aux chiens et aux juifs*). Una vez nació Denise, también compartieron los veraneos en Hendaya y, como hemos visto, cuando se inició la guerra, fue Paul quien se hizo cargo de llevar a Irène de París a Issy durante los primeros meses y, cuando Irène y Michel ya no pudieron regresar a la capital, hizo de intermediario en las negociaciones entre Irène y las diferentes editoriales, tratando de evitar que estas dejasen de abonarle los derechos de autor o se aviniesen a publicar nuevas obras (topando con todas las dificultades y reticencias que ya hemos comentado).

Ahora que Irène y Michel apenas disponían de dinero con que subsistir, Irène se preguntaba si, en el pasado, no habían pecado de excesiva frivolidad o despreocupación cuando en los encuentros de la familia Epstein se hacía referencia, entre risas, a lo que ellos habían dado a bautizar como «El asunto del oro sueco». Así, de vez en cuando, el suegro de Irène se recreaba explicando cómo (aunque las cosas no le iban precisamente mal, y de ahí el desenfado con que lo explicaba) no era descartable que, en un futuro no muy lejano, una importante cantidad de lingotes de oro viniese a incrementar el patrimonio de cada uno de los miembros de la familia. En efecto, durante la guerra, el Banco Azov-sur-le Don —del cual, el padre de Michel era uno de los principales directivos— se había encargado de tramitar el envío de diecisiete toneladas de oro correspondientes al préstamo que el estado sueco había solicitado al zar para hacer frente a las deudas que el país había contraído con la Cruz Roja. Cuando el Banco, poco después, tuvo que disolverse como consecuencia de la convulsa situación en Rusia, el futuro suegro de Irène y su socio Boris Kamenka (el padre de la amiga gracias a la cual se habían conocido Michel e Irène) se habían encargado de reconstituir el Consejo de Administración en París. Obviamente, una de las primeras medidas que los dos socios adoptaron fue la de reclamar a Suecia el reembolso de la cantidad debida. Tres procesos judiciales llegaron a desarrollarse (interviniendo, incluso, el rey escandinavo) tras los cuales, sin refutarse el fundamento de la demanda, se solicitaba a los dos hombres que aportasen mayores evidencias que confirmasen su condición de únicos representantes legales del Banco y la no existencia de otros eventuales beneficiarios. Obviamente, en la huida, los dos hombres no habían podido hacerse con la integridad de los archivos del Banco, por lo que el proceso se eternizó y antes de que el Tribunal de La Haya —hasta donde había llegado el pleito— dictaminase sentencia firme, el padre de Michel falleció, en 1939, casi al tiempo que empezaba la nueva guerra y todo el proceso se paralizó. De vez en cuando, y cuanto más oscuros parecían los presagios, Irène intentaba librarse de ellos fantaseando con la idea de que, aunque Michel y ella llegasen a faltar un día, el futuro económico de Denise y Élisabeth no debía preocuparle pues cabía la posibilidad de que a cada una le correspondiesen, ni más ni menos que cuatro toneladas de oro.

Sin embargo, aun y preocupándole, no era el futuro económico de sus hijas lo que más atormentaba a Irène. Al fin y al cabo, se decía, en este sentido, la situación que ella misma y su familia habían vivido en 1919, probablemente presentaba mayores interrogantes que la actual y, a pesar de ello, su padre bien había conseguido enderezarla en poco tiempo. En cualquier caso, recordando la dureza con que ella y el resto de jóvenes que habían coincidido en el albergue finés al huir de Rusia habían juzgado a sus padres, Irène no podía evitar un sentimiento de inquietud por cómo, si conseguían sobrevivir, Denise y Élisabeth valorarían en el futuro las decisiones que a lo largo de los años habían adoptado ella y Michel. ¿Les podrían perdonar alguna vez que, precisamente ellos, con todo lo que habían visto y vivido, no hubiesen percibido la llegada del horror y no hubiesen hecho más por ponerlas a salvo? Atormentada por ello, Irène intentaba encontrar respuestas a la pregunta de cuál era el motivo de su firmeza en la decisión tomada —en aquel tren que, a su llegada al país en 1919, la había trasladado de Rouen a París— de no abandonar Francia nunca más. No habían sido pocas las voces que le habían aconsejado recapacitar sobre esa decisión, empezando por la de su padre quien, ya desde el primer momento, y en repetidas ocasiones, le había sugerido que, de trasladarse a Estados Unidos, su futuro presentaría mayor seguridad y oportunidades. Con pesadumbre, ahora se percataba que, de no haber fallecido en 1932 de un infarto, su padre a buen seguro habría sabido hacerle ver la peligrosa deriva que se estaba dando en la vida social y política en Europa, y en Francia en particular. Tal vez, quien estuvo más cerca de persuadir a Irène y Michel sobre la conveniencia de emigrar, fuese Alfred Adler. Prestigioso psiquiatra, discípulo de Freud y tío de Michel, cada vez que acudía a París desde Estados Unidos para dar alguna conferencia o acudir a algún congreso, no dejaba de advertir al joven matrimonio

PLACER

al respecto. Probablemente, por su triple condición de emigrante, judío y comunista, era quien observaba con mayor objetividad las señales de alerta que se multiplicaban en la vieja Europa y de las que su sobrino y su mujer no parecían percatarse.

Al reflexionar sobre todo ello en sus paseos por las afueras de Issy, Irène no podía evitar recriminarse su ingenuidad pasada, y ahora apreciaba en su justa medida la gravedad de sucesos como, por ejemplo, aquel del que ella misma había sido casi testigo accidental y que, ahora se percataba, había marcado uno de los puntos de inflexión en la deriva en la que se sumiría el país: el asesinato, el 6 de mayo de 1932 —en el mismo hotel en que ella estaba presentando su nueva obra, *Mouches d'automne*— del presidente de la República, Paul Doumer, por parte de un joven de nacionalidad rusa como acto de venganza, argumentaría, ante la inactividad de las democracias europeas frente a la constitución de la Unión Soviética.

Dos años después, Alexandre Stavisky (conocido empresario judío de origen ucraniano y del cual ya hacía tiempo que circulaban numerosos rumores sobre las estafas y sobornos por los que, se sabía, había conseguido hacerse con el silencio de los medios políticos, tanto de izquierda como de derecha), se suicidó tras hacerse público un nuevo fraude realizado a través del Crédit Municipal de Bayonne, fundado por él mismo. Al revuelo que todo ello suscitó en la prensa y la opinión pública, le siguió una serie de manifestaciones a cargo de grupos de ultraderecha en las que no faltaron las imprecaciones contra la plutocracia judía. Las protestas callejeras se alargaron durante prácticamente un mes sin que la policía decidiese actuar hasta la noche en que los manifestantes amenazaban con asaltar la place de la Concorde y la Cámara de los diputados. El balance final de los altercados de esa noche fue de diecisiete muertos, unos dos mil heridos y, en el plano político, la caída del Gobierno de Camille Chautemps. La secuencia de los hechos, a Irène, no podía sino evocarle el recuerdo de cuanto su padre le había explicado respecto a lo sucedido en 1905 en Kiev, cuando su domicilio casi había sido asaltado por una muchedumbre enfebrecida. Aun así, en ese momento, Irène había sido incapaz de percibir el evidente y significativo contraste entre todos estos sucesos y las reacciones, totalmente opuestas, que había provocado, años antes, el asesinato de Petliura y cómo, todo ello, ponía de manifiesto el cambio producido en la opinión pública francesa respecto al trato dispensado a los expatriados de origen ruso y judío. Por otro lado, el auge del nacionalsocialismo en la vecina Alemania, la llegada al poder de Hitler en 1933 y las duras medidas antisemitas promulgadas en el país vecino —junto a las previsibles consecuencias que todo ello podía deparar en el resto del continente— aún hacía más flagrante la candidez mostrada por Irène y Michel a lo largo de esos años a la hora de valorar los peligros que se avecinaban.

Sin que se sintiese eximida de culpa por ello, Irène era consciente que, tanto en el terreno personal como profesional, todo ello había coincidido con los que, probablemente, habían sido sus años de mayor plenitud: Denise crecía sana y fuerte e iniciaba su formación bajo la tutela de *Miss* Matthews (a la que Irène no había dudado en contactar), Michel estaba cada vez mejor considerado en la Banque des Pats du Nord donde había sido contratado como responsable de las relaciones con el exterior al poco de llegar al país y ella iniciaba su colaboración con Albin Michel. Aun así, todavía hoy, Irène era incapaz de precisar hasta qué punto su decisión de no volver a situar, precisamente a partir de ese momento, la acción de sus relatos en los círculos judíos y trasladarlos a los ambientes de la burguesía francesa no respondía a un ejercicio de autocensura y a una voluntad de mantener una discreción por la que también parecía optar buena parte de su entorno. En efecto ante la promulgación de las leyes de Núremberg en Alemania y las vejaciones que, para la comunidad judía, estas suponían, una parte importante de los intelectuales israelíes del resto de Europa habían llegado a la conclusión que la mejor opción era mantener una prudente discreción: confiaban en que las izquierdas saldrían en su defensa y pensaban que adoptar una actitud más beligerante por su parte solo conduciría a que las derechas y la opinión pública les acusasen de encender las hostilidades, y de ser ellos los responsables de conducir a Europa a una nueva guerra, con el único propósito de proteger a sus correligionarios.

Inevitablemente, ahora se planteaba si no hubiera sido más honesto y valiente por su parte adoptar en ese momento una posición más combativa y de mayor denuncia, pero lo cierto es que los hechos no daban a entender que ello hubiese supuesto mejor opción. Así por ejemplo, se preguntaba hasta qué punto el ascenso al poder del Front Populaire con el socialista Léon Blum a la cabeza y, en especial, las encendidas reivindicaciones que este había hecho de sus orígenes judíos (tal vez, erróneamente persuadido de que el prestigio alcanzado desde que, décadas atrás, iniciase su actividad política con su implicación en la defensa

→

de Zola en el juicio vinculado al caso Dreyfuss y el hecho de que su familia tuviese la nacionalidad francesa desde varias generaciones atrás, le colocaban en una posición de fuerza), lejos de suponer un toque de atención a la opinión pública y un contrapeso a las tesis fascistas, no habían supuesto, por el contrario, un elemento más de confrontación en la crispada situación política del país. De hecho, en adelante, los incidentes se sucedieron cada vez con mayor frecuencia. En 1936, sin ir más lejos, unos militantes de extrema derecha que acompañaban el cortejo fúnebre de un importante militante de Action Française asaltaron y golpearon brutalmente al político, al topar el coche en el que este circulaba con el cortejo y ser rápidamente reconocido. Poco después, las trifulcas saltaron de las calles a las instituciones. Ni tan siquiera las paredes del palais Bourbon, sede de l'Assemblée Nationale supusieron un bastión lo suficientemente sólido como para contener al antisemitismo de, entre otros, Xavier Vallat —futuro Comissaire des affaires juives y discípulo aventajado de Charles Maurras y Léon Daudet— quien no titubeó en hacer alusión directa, en pleno hemiciclo, a la condición de judío del jefe de Gobierno y presidente de la República. El daño parecía ya definitivo, y los periodistas de las publicaciones más afines a las tesis de la extrema derecha (pero no solo estos) procedieron a publicar, a modo de inventario y sin el menor escrúpulo moral, las listas de todo aquel que tuviese origen judío, tanto entre los miembros del Gobierno de Blum y el resto de diputados, como entre los círculos intelectuales. Para ello, no dudaron en falsear los datos genealógicos de varios de los reportados de igual forma que, cuando ello resultaba imposible o demasiado inverosímil, tampoco vacilaron en atribuir al afectado, la misma codicia y voluntad de corromper la esencia del país que, según ellos, caracterizaba al individuo de raza judía (en efecto, el salto cualitativo estaba dado y ya no se trataba tanto de un asunto de religiones como de «razas»).

Habiendo sucedido todo ello antes del inicio de la guerra, costaba menos explicarse las desoladoras noticias que Paul y el resto de miembros de la familia de Michel les hacían llegar ahora desde París (donde, a diferencia de Irène y Michel, los Epstein habían decidido permanecer y a donde les instaban a volver, convencidos como estaban de que las posibilidades de auxilio y de pasar desapercibidos eran mayores en la capital que no en Issy, donde todo se sabía y no era descabellado temer una delación si las autoridades alemanas endurecían aún más su política o, simplemente, se producía algún malentendido con algún vecino malintencionado). Irène y Michel, sin embargo, pensaban todo lo contrario y les insistían en que tratasen de reunirse con ellos y se alejasen de un París en el que, para su horror, se sucedían las más variopintas muestras de antisemitismo, tal y como Paul les explicaba cuando conseguían contactar. Así —sin que cupiese ya hablar de sorpresa— Paul les habló de la bochornosa exposición organizada por el Institut des affaires juives en el palais Berlitz y cómo esta había recibido la visita de más de 100.000 parisinos solo en los tres primeros días de exhibición, al tiempo que el ministro de Educación animaba a las escuelas a llevar ahí a sus alumnos. Presidida a su entrada por una araña gigante —cuyo simbolismo costaba poco descifrar— entrelazando en sus extremidades un globo terráqueo que parecía irremediablemente sentenciado, la exposición no tenía otro objetivo que alertar a la población parisina acerca de la omnipresencia de los intelectuales judíos en la vida pública francesa y los peligros que ello suponía. Así, el programa de mano y los artículos que aparecieron en la prensa tras la inauguración advertían de la necesidad de desenmascarar todos aquellos individuos que (como aquellos cuyos retratos fotográficos eran el objeto de la exposición: políticos como Jean Cassou; literatos como André Maurois o Tristan Bernard, o periodistas como Pierre Lazareff entre otros muchos) se dedicaban a «transmettre, surtout dans leurs œuvres, leur inquiétude sociale et leurs perversités sexuelles. Ils sont, par tempérament, destructeurs de tous les idéaux, vieilles coûtumes françaises, mœurs honnêtes de la province, respect de la patrie et des croyances. Le plagiat et le scandale ne sont pour eux que des moyens de se pousser. Cette race s'infiltre à la façon du serpent et envenime tout ce qu'elle touche».

Inevitablemente, a Irène cada vez le costaba más reconocer en esta Francia los valores por los que la había admirado y amado desde bien pequeña, hasta el punto de hacer de ella su patria de adopción. Aunque sonase paradójico, descubrir lo erróneo de esas asunciones devenía, para Irène y Michel, un cierto consuelo al comprobar como todas las gestiones hechas para obtener la nacionalidad francesa resultaban vanas y quedaban sin respuesta (a pesar de que, precisamente ahora, era cuando más lo precisaban y de que contaban con las mejores recomendaciones y el supuesto aval de toda la contribución de la obra de Irène a la literatura francesa). En efecto, si bien Michel se había apresurado en el momento del nacimiento de Denise y Élisabeth a asegurarse que la nacionalidad francesa les era otorgada, Irène y Michel, sin que supiesen

explicarse muy bien el porqué, no se habían decidido a solicitarla hasta que, como ahora constataban, ya era demasiado tarde. Como también era demasiado tarde para pensar en escapar, no ya a Estados Unidos, sino incluso a la vecina Suiza donde —como les habían aconsejado y explicado los Michaud— hasta pocas semanas atrás, a buen seguro algún vecino de Issy les habría podido guiar a través de las montañas. Sin embargo, tras la precipitada partida al frente ruso de los soldados de la Wehrmacht que habían permanecido en el pueblo desde el inicio de la ocupación y su remplazo por miembros de la Gestapo y de la SS; la posterior sustitución del alcalde —con quien mantenían cordial relación— por un hosco campesino de mirada despreciativa y el hecho de que cada vez, eran menos los vecinos que les dirigían la palabra, a Irène y Michel no se les escapaba que su situación resultaba cada vez más desesperada. A pesar de todas las experiencias de huida vividas desde su infancia, Irène y Michel se preguntaban, cada vez con mayor inquietud, si una nueva oportunidad les sería dada —sino a ellos—, por lo menos a sus dos hijas.

Procurando no caer en el desánimo, Irène intercalaba la escritura apresurada de *Suite française* con la redacción de instrucciones precisas respecto a todo lo referente a Denise y Élisabeth (como ya había hecho en las notas que había redactado un año antes, cuando, al contactar con Julie Dumot para proponerle de unirse a ellos en Issy-l'Évêque, había temido que, a su llegada, Michel y ella ya hubiesen sufrido alguna tragedia). Con todos los errores, faltas de lucidez y descuidos que, ahora le resultaba evidente, había cometido en el pasado, Irène no se habría perdonado nunca el haber descuidado el futuro de sus hijas, como su madre se había desentendido siempre del suyo.

Nota del autor: Esta biografía de Irène Némirovsky se ha realizado, esencialmente, a partir del material publicado por la hija menor de la escritora, Élisabeth Gille, en *Le Mirador* (*Mémoires Rêvées*), la biografía novelada de su madre que apareció en *Presses de la Renaissance*, en el año 1992. Quien haya tenido la paciencia de llegar hasta aquí, como único consuelo, ya puede decir que conoce la difusa frontera entre burdo pastiche, tosco resumen y flagrante plagio, pero, si en alguna medida he conseguido despertarle las ganas de descubrir la obra de Irène Némirovsky, doy por bueno el veredicto (sea cual sea).

Nota del Consejo Editorial: Unas pocas cuestiones, para terminar (ahora sí que sí): 1) Sí, el lector puede (y debe) suspirar con alivio: la biografía «resumida» ha terminado; desconocemos el motivo, pero el Consejo Editorial ha decidido no mantener ningún contacto con el autor después del envío de este texto de tamaña magnitud (o tamaño), por si acaso. 2) Efectivamente, es usted un héroe, quizás el único, el elegido; usted, y solo usted, ha llegado hasta el final y, sorprendentemente, sus ojos siguen en su lugar, no se han caído, ni ardido, ni implosionado en su cerebro, esparciendo todo su ser por las paredes del comedor. 3) Y entonces surge una cuestión, una epifanía más bien: ¿y si hay otros ahí fuera? ¿y si alguien más, ahí fuera, ha conseguido terminar esta biografía «resumida»? Ese alguien es su alma gemela, debe encontrarlo/a a toda costa y pasar el resto de su vida junta a él/ella (ya dijimos que la solución del anexo era romántica, mucho más que Tinder). 4) Todo lo anterior es broma, *Monsieur* Jandrus, como usted ya sabe. Este trabajo monumental ha valido la pena, el interés de esta pieza que revisa buena parte de la primera mitad del siglo XX es innegable. Y si no está convencido de ello (sabemos que en algún momento tuvo sus dudas), piense en el gozo del Consejo Editorial tratando de encontrar una solución original y romántica a tal desafío, y, sobre todo, en el placer de comentar (con gran comedimiento, hay que decirlo, ya que sería posible seguir insertando puntos toda la noche...) un texto de tamaña magnitud (o tamaño). 5) En definitiva, *Monsieur* Jandrus, solo tenemos palabras de agradecimiento y le instamos a continuar por este insólito camino junto a Nosotros (todos caímos al barro y ya nadie queda límpido y puro). Así que ya lo sabe, lo esperamos (también a usted, estimado lector) en el siguiente número (el 17 (y penúltimo) número monográfico de *Placer*).